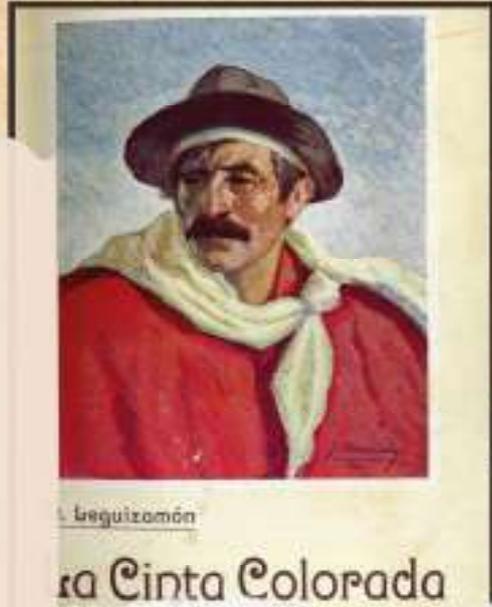


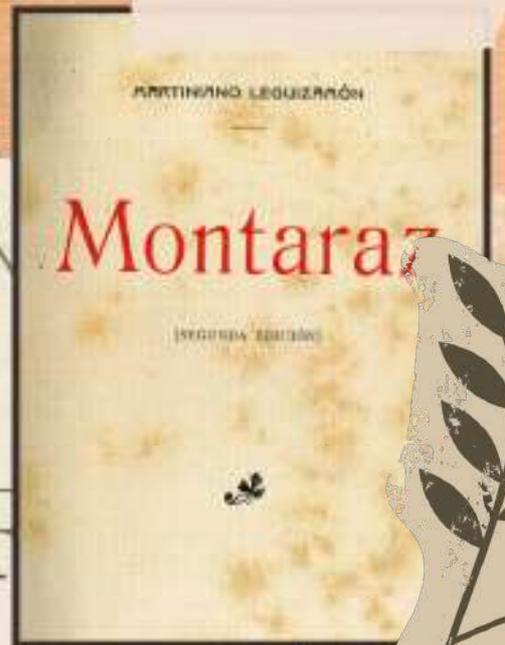
Hablemos de

# Historia <sup>nº3</sup>

CUESTIONES TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS DE LA HISTORIA



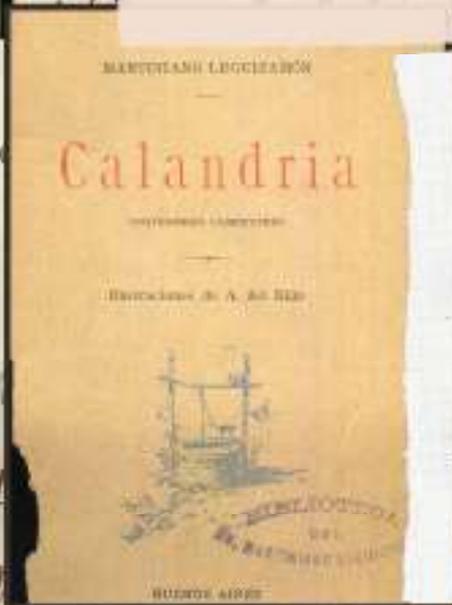
MARTINIANO LEGUIZAMÓN



Montaraz

(SEGUNDA EDICIÓN)

DE LA TIERRA



Calandria

(PRIMERA EDICIÓN)

BUENOS AIRES



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ENTRE RÍOS  
FACULTAD DE HUMANIDADES, ARTES Y CIENCIAS SOCIALES



*Hablemos de*

# Historia

N° 3

TERCERA ÉPOCA | AÑO 2 | N° 3 | DICIEMBRE 2024

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ENTRE RÍOS  
FACULTAD DE HUMANIDADES, ARTES Y CIENCIAS SOCIALES

UADER | FHaYCS

Universidad Autónoma  
de Entre Ríos

Facultad de Humanidades,  
Artes y Ciencias Sociales

Revista digital <Hablemos de Historia>. Tercera época / Año 2, N° 3 / Julio-Diciembre 2024 / Paraná. Libro digital, PDF

ISSN-L 1666-5414. Publicado por las Secretarías de Investigación y Posgrado de la Universidad Autónoma de Entre Ríos (CP: 3100)

Esta obra está bajo una **Licencia Creative Commons Atribución- No Comercial- Compartir Igual 4.0 Internacional**.



EL CONTENIDO Y LA FORMA DE LOS ARTÍCULOS SON EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD DE SUS AUTORES Y NO COMPROMETEN NECESARIAMENTE LA OPINIÓN DE LA REVISTA.

# Índice

<b>Editorial</b>	
<i>Griselda Pressel</i> _____	9
<b>La voluntad humana y el poder en la dinámica histórica: De Tucídides a Foucault</b>	
<i>Alejandro A. Damianovich</i> _____	12
<b>Ocupación y circulación prehispánica en las tierras que originarán el territorio provincial entrerriano</b>	
<b>Pre-Hispanic occupation and circulation in the lands that will give rise to the provincial territory of Entre Ríos</b>	
<i>Blanca María Isabel Gioria</i> _____	37
<b>Un largo y complejo camino: entre la historia y la literatura</b>	
<i>María Inés Laboranti</i> _____	59
<b>El dulce encanto de la montonera. Historia y ficción en la primera etapa de la Obra de Félix Luna</b>	
<b>The sweet charm of the montonera. History and fiction in the early work of Félix Luna</b>	
<i>Ariel Mamani</i> _____	73
<b>Pintarse ante los ojos lectores de la mujer amada. Un ejemplo de escritura epistolar como forma del control afectivo entre amantes, 1854-1859.</b>	
<b>To paint yourself before the reading eyes of the woman you love. An example of epistolary writing as a form of affective control between lovers, 1854-1859.</b>	
<i>Paula Caldo</i> _____	87
<b>La historia, la literatura. La historia cultural: apuntes para unas prácticas en torno a la narratología historiográfica</b>	
<b>History, literature. Cultural history: notes for practices around historiographic narratology</b>	
<i>Jaime Peire</i> _____	110
<b>Entrevista a Silvia Tieffemberg: “La literatura me interpela y me entusiasma: hablar de literatura latinoamericana colonial, es disputar el sentido por el origen”</b>	
_____	129

**Revista Trama. Cuadernos de historia y crítica, n ° 4. Traducción: La historia y la novela, Dominick LaCapra**

*Cristina Godoy y María Inés Laboranti* \_\_\_\_\_ 140

**Arce, F., Martiniano Leguizamón, en El sol de Concordia, domingo 7 de mayo de 1972.** \_\_\_\_\_ 157

**Reseña de “Periódico El Mocoví (1908-1909), fundado por Alcides Greca. Edición facsimilar y transcripción”. Compilación y estudio preliminar: María Florencia Antequera. Mendoza, Biblioteca Digital UNCUYO, 2024.**

*Ariel Alberto Eiris* \_\_\_\_\_ 163

**Pérez Campos Ana Bella: “Abel Bazán y Bustos”. Un hombre visionario con mirada profética. Paraná: Arzobispado de Paraná (2023), 186 páginas.**

*Prof. Ignacio Neto* \_\_\_\_\_ 166

## **CUERPO EDITORIAL**

---

### **DIRECCIÓN**

Griselda Elisa Pressel

### **COMITÉ EDITORIAL**

Darío Velázquez

Maximiliano Camarda

Pablo Quintana

Diego Olivera

Gisela Correa

Ana Bella Perez Campos

Rosario Leriche

Evelyn Heinze

### **COMITÉ ASESOR**

Griselda Liliana De Paoli | Ex Directora de la Revista Hablemos de Historia  
Universidad Autónoma de Entre Ríos

Nidia Areces

Universidad Nacional de Rosario

Carlos Barros

Universidad de Santiago de Compostela

Darío Barrera

Universidad Nacional de Rosario/ CONICET

Juan Andrés Bresciano

Universidad de la República

Juan Carlos Piora

Universidad Adventista del Plata

Amelia Galetti | Ex directora de la Revista Hablemos de Historia  
Universidad Autónoma de Entre Ríos.

Gonzalo Pasamar

Universidad de Zaragoza

Fabián José Herrero  
Universidad Autónoma de Entre Ríos/ CONICET

Sonia Rosa Tedeschi  
Universidad Nacional del Litoral/ CONICET

### **TRADUCTOR DE INGLÉS**

Edmundo Eric Bellmann Eguiguren

### **DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**

Gisela N. Arola

## **AUTORIDADES**

---

### **UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ENTRE RÍOS FACULTAD DE HUMANIDADES, ARTES Y CIENCIAS SOCIALES**

#### **Rector**

Abog. Luciano Filipuzzi

#### **Vicerrector**

Prof. Román Scattini

#### **Decano**

Lic. Daniel Richar

#### **Vice decana**

Prof. Virginia Biorda

#### **Secretario de Investigación**

Esp. Javier Ríos

#### **Coordinador de la Carrera de Historia**

Dr. Darío Velázquez

# Editorial

En esta nueva entrega la revista *Hablemos de Historia* convoca a los lectores a una travesía donde, el conocimiento histórico comulga dialógicamente con otras disciplinas que hacen y enriquecen la producción del discurso historiográfico. Es más, le dan sentido al desafío propio de la disciplina histórica que propone develar el pasado humano desde el presente, pasado que no es sino en el acto de la investigación histórica sutilmente develado. Decimos sutil y con opacidades ya que no se presenta revelado, sino que es una cantera, celosa guardiana dormida cargada de retazos que nos desafían en el armado de una urdimbre sesgada y parcial de la totalidad del devenir del pasado.

Escribir la Historia es una práctica que interpela al historiador cuyo objeto de su investigación no le es ajeno a su propia esencia, él mismo es en parte ese pasado que busca reconstruir; el devenir de sociedad, el de individuos. En esa labor de la práctica historiográfica se pone en juego el saber hacer, interpretar los vestigios, otorgarles inteligibilidad y sentido a lo que ya no está. Al decir de Dosse, un desafío que consiste en adecuar en el lenguaje del hoy aquello que fue creado en “...otro presente distinto al suyo y hacer que sea legible por sus contemporáneos.” (Dosse, 2009: 53)

El desafío del historiador es pues un enigma que se va descubriendo en el camino de la investigación donde surgen nuevas alternativas y planteos. En ese trayecto el diálogo interdisciplinario es un valioso aliado que ofrece herramientas para avanzar en la interpretación del pasado. Un buen ejemplo de esta práctica fue De Certeau quien “...caminó toda su vida entre las disciplinas; le gustaba decir que sólo era un viajero, que preservó siempre la libertad de dar un “paso lateral”, para hacer de su obra un cruce de nuevos horizontes interdisciplinarios.” (Napoli, 2013) Proponiéndonos estas posibilidades de abrir diálogos en una faena colaborativa interdisciplinaria este nuevo número de la revista ofrece una serie de trabajos que comulgan con esta línea.

En el inicio Alejandro Damianovich nos propone reflexionar la trama tensionada entre la voluntad humana y las relaciones de poder desde las miradas, distantes y a su vez cercanas, de Tucídides y Foucault. Por su parte, Blanca Gioria, entabla una conversación entre geografía, historia y arqueología, para dar cuenta de la deconstrucción y construcción del espacio social en las vinculaciones surgidas entre las comunidades de los pueblos originarios y los europeos, en el territorio entrerriano en el siglo XVI.

Un espacio donde la Literatura y la Historia tienen su encuentro es el Dossier “Historia y Ficción” coordinado por María Inés Laboranti. El binomio abre un abanico de

posibles caminos, de conexiones y conjunciones. La literatura como fuente de la historia, la historia de la literatura, las formas de lectura y circulación de las obras literarias, las producciones literarias públicas y privadas nos acercan a modos de pensar, ser y parecer de sociedades, grupos e individuos en distintos contextos del pasado.

Las riquezas de perspectivas se plasman en la introducción al dossier, Laboranti hace un recorrido sobre los debates que entran en tensión acerca de la ficción, la memoria, el lenguaje, lo lingüístico, la semiótica, el discurso, el contexto en el largo siglo XX. Introducción que da paso a los artículos que versan sobre distintas aristas. Ariel Mamani, sobre la producción del historiador Félix Luna, que combina la investigación historiográfica sobre la que se sustenta un relato ficción posando la mirada en el fenómeno del caudillismo y la montonera en el espacio rioplatense. Sigue, una exquisita representación sobre las tramas amorosas del siglo XIX, hilo conductor de la investigación que Paula Caldo analiza a través de las cartas de amor que Prilidiano Pueyrredón escribió a Alejandra Heredia entre 1853 y 1859. Un tercer artículo de Jaime Peire recupera un profundo y reflexivo intercambio con Hayden White sobre Literatura e Historia donde la impronta testimonial del autor brinda matices de frescura en una travesía que refiere a temáticas nodales sobre aspectos de la evolución del desde el Giro lingüístico hacia la historia de las emociones. Cierra esta sección una entrevista a Silvia Tieffemberg quien gentilmente brindó aspectos de su experiencia como docente-investigadora en el campo de la literatura latinoamericana colonial donde se entrecruzan distintas representaciones literarias, historiográficas, artísticas desde una estética dialógica.

Completando el número un apartado dedicado a la relectura siempre vigente de LaCapra traducción de Laboranti y Godoy. Continúa un espacio que va al rescate de la figura homenaje de la portada, Martiniano Leguizamón, representante de fuste del ensamble de la literatura y la historia, que nos ha legado a los entrerrianos una identidad de querencia al terruño y su gente en los albores del siglo XX. Miscelánea evocada por Facundo Arce en un artículo periodístico publicado en 1972. Como cierre dos reseñas, una por Ariel Eiris centrada en el “Periódico El Mocoví (1908-1909), fundado por Alcides Greca. Edición facsimilar y transcripción” compilado por María Florencia Antequera y, la dedicada al libro de Anabella Pérez Campos: “Abel Bazán y Bustos”. Un hombre visionario con mirada profética” a cargo de Ignacio Neto.

Es hora de invitar a nuestros lectores a introducirse en una lectura vehiculadora de interpelaciones donde se abran las posibilidades al debate y la reflexión.

**Griselda Pressel**

## **Bibliografía**

Dosse Françoise (2009) Paul Ricoeur y Michel de Certeau. *La historia: entre el decir y el hacer*, Trad. Hebe Cardoso, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.

Napoli, Diana. (2013). *Michel de Certeau: la historia o la teatralización de la identidad*. *Historia y grafía*, (40), 103-132. Recuperado en 15 de marzo de 2025, de [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1405-09272013000100005&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-09272013000100005&lng=es&tlng=es).

## La voluntad humana y el poder en la dinámica histórica: de Tucídides a Foucault

Alejandro A. Damianovich<sup>1</sup>

*Cita sugerida: Damianovich A. (2024) La voluntad humana y el poder en la dinámica histórica de Tucides a Foucault; Hablemos de Historia, Año 2, N° 3, Universidad Autónoma de Entre Ríos: Paraná.*

---

### Resumen

El trabajo aborda un asunto sobre el que los historiadores seguramente hemos meditado alguna vez, si es que nos interrogamos sobre las formas en que se desenvuelve la historia, los motores que la impulsan y la manera en que el hombre se comporta dentro de esa trama. ¿Qué peso adquiere la voluntad humana en la definición de los procesos históricos? ¿Qué importancia revisten las relaciones de poder dentro de esa dinámica?

Para aproximarnos a algunas de las teorías concebidas desde el pensamiento occidental, referidas a estas cuestiones, proponemos el ejercicio de confrontar las ideas de dos figuras relevantes de la cultura europea, separados en el tiempo por casi dos milenios y medio; Tucídides (s. V a.C.) y Michel Foucault (segunda mitad siglo XX), aunque, como señaló Toynbee, “pese a lo que pudiera sostener la cronología”, el mundo de Tucídides (de la guerra del Peloponeso) y el de principios del siglo XX (cuando estallaba la primera guerra mundial) parecían ser filosóficamente contemporáneos”, con los límites que trataremos de precisar para el caso de Foucault.

**Palabras clave:** Tucídides-Foucault-Historia-Poder-Voluntad humana.

### Abstract

The work addresses an issue that all historians have meditated on at some time, if we ask ourselves about the ways in which history unfolds, the engines that drive it and the way in which man behaves within that plot. What weight does human will acquire in the definition of historical processes? How important are power relations within this dynamic?

To approach some of the theories conceived from Western thought, referring to these issues, we propose the exercise of confronting the ideas of two relevant figures of European culture, separated in time by almost two and a half millennia; Thucydides (5th century BC) and Michel Foucault (second half of the 20th century), although, as Toynbee pointed out, “despite what chronology might support”, the

<sup>1</sup> Academia Nacional de la Historia Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe

world of Thucydides (of the Peloponnesian War) and that of the early 20th century (when the First World War broke out) seemed to be philosophically contemporary”, with the limits that we will try to specify for the case of Foucault.

**Keywords:** Thucydides-Foucault-History-Power-Human will.

## Introducción

Convulsionado nuevamente el planeta por dos grandes guerras que comprometen la vida y el futuro de cientos de miles de ucranianos y palestinos; conocidas por todos a través de los medios y de las redes sociales las dramáticas imágenes de la destrucción, la muerte, el hambre y el desamparo, vuelve a plantearse uno de los debates centrales de la filosofía de la historia, signado por la pregunta en torno a la incidencia que reviste o deja de revestir la voluntad humana en el devenir histórico. ¿En qué medida es el hombre artífice de los hechos y procesos históricos? ¿Hasta dónde las intencionalidades humanas están condicionadas, o aún determinadas, por la estructura histórica en la que le ha tocado vivir a cada generación?

La cuestión no es exclusiva del plano filosófico, sino que forma parte de las mentalidades colectivas de cada época y cultura. Como señala José Pablo Feinmann, durante mil años, los de la Edad Media europea,

la historia se detiene porque ya no es la historia de los hombres, es la historia de los hombres que esperan el cumplimiento de la Promesa para acceder al Reino de Dios [...] los hombres habían delegado la tarea de hacer la historia en la divinidad y no la habían asumido ellos mismos (Feinmann, 2008, p. 16).

Con la modernidad, sigue razonando Feinmann, llega

el momento en que los hombres se hacen cargo de la historia, que dicen: la historia la hacemos nosotros [...] La modernidad es la historia de la vanidad y del orgullo humanos, pero también del coraje humanos, de la valentía humana, de la decisión humana: dejar de lado a Dios y hacerse cargo los hombres mismos de la historia (Feinmann, 2008, p. 16).

Esta convicción estaría subyacente en el pensamiento de Descartes, aunque no lo diga, cuando postula su “pienso, luego existo”, y cuando concluye en que de lo único que no puede dudar es de su duda, estaría matando a Dios, porque de lo único que no está dudando – señala Feinmann- es de su subjetividad.

Aunque Vico contradice a Descartes y a su “duda metódica” en 1725 al decir que el conocimiento histórico es posible y es una de las formas más sólidas del saber, pone también al hombre en el centro de la historia precisamente porque advierte que el hombre sólo es capaz de conocer acabadamente aquello que él mismo ha hecho. Cuando Vico se ocupa del derecho o de la lengua italiana e indaga sobre sus orígenes, no le hace falta plantearse la pregunta de si ese derecho y esa lengua real-

mente existen. Como Collingwood señala, la pregunta carece de sentido: *El idioma italiano es exactamente lo que la gente que lo usa piensa que es*. Esta evidencia ya fue vista por Tucídides en los orígenes de la historiografía, en un contexto ideológico en el que pesaba el pensamiento de los sofistas.

Contrariamente a estas ideas, en la segunda mitad del siglo XX, Michel Foucault, como antes Levi Strauss, negará que la historia sea el producto de la voluntad humana y descalificará al humanismo contemporáneo. Su planteo va más allá de la simple y común objeción de que las individualidades sean generadoras de historia en tanto estén condicionadas por el contexto social o por la cultura en la que han nacido. Foucault apunta a la existencia de un sistema o de un inconsciente colectivo que está por encima o por detrás de los hombres y que determina sus acciones y la historia.

Frente a semejante planteo pareciera poco probable encontrar un nexo entre las ideas de Tucídides y Foucault, considerando el papel preponderante que el primero le otorga a la voluntad humana en el desenvolvimiento histórico. Sin embargo, ambos van a prestar atención a un factor que los aproxima: las relaciones de poder como motor del desenvolvimiento histórico, factor que, adquiere diverso significado en cada caso, en tanto difieren sus propias representaciones de lo histórico, pero que constituyen, no obstante, un punto de encuentro.

A poco de indagar sobre la acción humana a través del tiempo, surge el principio elemental de que el hombre es capaz de proyectar sus propias acciones con la idea de hacer realidad sus intencionalidades. Estos proyectos cubren un amplio abanico de posibilidades que van desde el elemental propósito de vivir sin sufrimiento hasta la idea de dominar el mundo. Claro que, por simple que parezca esta constatación, diversas construcciones filosóficas y antropológicas a lo largo de la historia la han hecho menos evidente. Detrás de los hechos históricos existe, por lo tanto, una trama de sueños y proyectos, voluntades en juego e intencionalidades activas o al asecho, programas de acción y estrategias políticas, planteos y saberes hegemónicas que dan sustento a tales programas, y toda una trama de conflictos y solidaridades que han hecho posible, sumados a ciertas contingencias azarosas, que los hechos y los procesos hayan sido esos y no otros. De allí que Collingwood haya podido decir que *toda la historia es historia del pensamiento*, como una forma de dotar al acontecer humano de un sentido y significado. La historia no se agota en la exterioridad de los hechos, sino que es necesario penetrar en las intencionalidades de los actores y en las formas en que lograron hacerlas prevalecer por sobre aquellas que tendían a que la historia tuviera otra dirección.

El hombre, tanto en el pasado como el presente, no siempre logra los objetivos que se plantea, aun cuando se trate de ese elemental propósito de vivir sin sufrimien-

to. Es que las intencionalidades de unos se contraponen con demasiada frecuencia a las de los otros. Surge de esta realidad, verificable por cualquier individuo en la vida cotidiana, que las acciones humanas están condicionadas por inevitables conflictos de poder, si entendemos que el poder es la facultad de lograr en los otros determinadas conductas que hagan posible el cumplimiento de nuestras intencionalidades.

Frente a este concepto de poder, ¿qué podemos decir de la libertad? Si aceptamos que la libertad es la facultad de administrar nuestras propias conductas para preservar nuestras intencionalidades ¿no estaríamos ante una forma de poder? Mal podríamos interactuar libremente en nuestro medio social sino pudiéramos sostener nuestras propias intencionalidades relativas a nuestra vida privada y pública, frente a las interferencias que intenten los otros en forma individual o colectiva.

Sin embargo, aunque estén íntimamente relacionadas, el poder y libertad son categorías de distinta naturaleza. La libertad es inherente a la condición humana, mientras que el poder es una manifestación externa que se construye. Nadie controla todo el poder y nadie está absolutamente desprovisto de una cuota de poder, por mínima que sea. Todos los hombres poseemos voluntad propia en tanto somos libres y podemos elegir, proyectar y tomar decisiones, pero para ello debemos construir una cuota de poder que nos permita lograr resultados acordes con nuestras intencionalidades. De cualquier manera, ha sido el concepto de libertad y no el de poder, el que mayores elucubraciones ha generado dentro de la Filosofía de la Historia.

El devenir histórico, en tanto producto de las acciones humanas, transcurre conforme se desenvuelvan las relaciones de poder entre los hombres, entendiendo que el poder puede asumir formas extrínsecas e intrínsecas, según esté dirigido a influir sobre las conductas ajenas o a preservar y administrar nuestras propias conductas, siempre en función de hacer realidad nuestras intencionalidades. Esta evidencia movió a la reflexión de numerosos pensadores que vieron en el desenvolvimiento del poder una categoría de alto contenido explicativo de la dinámica política y social, y, en menor medida, de la dinámica histórica. Encontramos una primera exposición de este pensamiento en la Grecia del siglo V (AC), expresada en las argumentaciones de los sofistas y en la “Historia de la Guerra del Peloponeso” de Tucídides y en el siglo XX hemos visto a Michel Foucault desarrollar la microfísica del poder, aunque negando que las intencionalidades humanas intervengan en la definición de la historia.

El propósito de este trabajo consiste en destacar este aspecto de la obra de Tucídides, como un antecedente remoto producido en un contexto histórico determinado, de las modernas teorías que sobre el poder se plantean desde la filosofía, la sociología y la ciencia política, teorías que han encontrado en Michel Foucault, desde la filosofía de la cultura, a su máximo exponente en la segunda mitad del siglo XX, con

las profundas asimetrías que remarcaremos oportunamente.

## I – La voluntad humana y el devenir histórico en el pensamiento del siglo XX

Diversas construcciones filosóficas y sociológicas contemporáneas han puesto en duda la capacidad del hombre para definir el sentido de la historia. Desde las ideas fatalistas de la antigüedad que sujetan al hombre al determinismo del destino, pasando por el providencialismo de Bosuet, hasta el nuevo determinismo del materialismo histórico y del estructuralismo, las posiciones han sido variadas, aunque coincidentes en que el margen de acción de la conciencia y la voluntad humana en el desenvolvimiento histórico es casi nulo, o constituye una ilusión.

En la producción social de la existencia, señalan Marx y Engels en *La ideología alemana*, los hombres establecen relaciones determinadas, necesarias e independientes de su voluntad (Alvarez-Uria y Varela, 1991 p. 19 – 29)<sup>1</sup>. Durkheim, aunque desde otra perspectiva, afirmará al respecto que la vida social debe explicarse, no por la concepción que se hacen los sujetos que participan en ella, sino por causas profundas que escapan a su conciencia, pensamiento que es suscripto también por Weber que se muestra igualmente contrario a la explicación psicológica de los hechos sociales (Alvarez-Uria y Varela, lb.).

El estructuralismo vino a afirmar esta visión de la historia. El antropólogo Claude Levi Strauss señalará que los hombres actúan siguiendo imposiciones secretas de la vida colectiva, a las cuales obedecen sin conocer su razón de ser y ni siquiera su existencia. Los hombres no son seres aislados y libres, sino que viven dentro de estructuras ineludibles creadas por la convivencia social (Francovich, G., 1973 y Puglisi, G., 1972, p. 98 y ss.). Luis Althusser, por su parte, va a propiciar una relectura de la obra de Marx, reivindicando para el autor de *El Capital* la condición de fundador del estructuralismo, al introducir en el principio de causalidad el concepto de determinación de las estructuras (Francovich, lb. y Puglisi, G., 1972).<sup>2</sup> Michel Foucault irá, como veremos, más lejos todavía, anunciando el inminente “final del hombre”, en tanto idea creada por la ilustración, negándole todo protagonismo consciente y voluntario en el devenir histórico.

---

1 Los autores establecen nexos entre el pensamiento de Foucault y el de los clásicos de la sociología: La historia de Foucault –señalan- es la historia de Marx, de Nietzsche, Durkheim y Weber, corregida y afinada para comprender el presente.

2 La interpretación de Cassani y Pérez Amuchástegui sobre el supuesto determinismo histórico del marxismo, difiere sustancialmente de la de Althusser: “(...) el materialismo histórico no postula nada parecido a un desarrollo automático de la historia determinado por situaciones económicas sujetas a leyes inexcusables, ni pretende tampoco prever el porvenir. Es cierto que postula regularidades, pero no a título de leyes necesarias sino como “leyes de tendencia”. Y el mismo Marx ha aclarado que esas leyes de tendencia serían ineludibles sólo en el caso en que no interviniesen los hombres”. (Cassani y Pérez Amuchástegui, 1970, p. 195).

Vivimos en el interior de un pensamiento anónimo y apremiante que es el de una época y de una lengua –señaló Foucault en una entrevista de 1966- Vivimos dentro de un sistema de relaciones que se mantienen y se transforman independientemente de las cosas que vinculan” (Francovich, pp. 31-47).

Sin embargo, desarrollará una teoría del poder para describir la microfísica de las relaciones humanas, a la que nos referiremos más adelante.

Frente a estas ideas, Jean Paul Sartre, que ya había producido lo principal de su obra a la hora de la aparición del estructuralismo de los 60, no niega la existencia de las estructuras como sistemas autónomos que presiden la unificación social, ya que vivimos dentro de una red de relaciones en que cada cosa se define por las otras, pero, coherente con su construcción filosófica, considera que las estructuras constituyen el dominio de la pasividad humana, representan lo inerte, lo estratificado de la vida social. Contienen los gérmenes de su muerte. Si acepta el hecho de que el hombre sea producto de las estructuras, advierte que es el hombre quien las hace funcionar y quien no puede dejar de dominarlas. Cada generación adopta una posición frente a las estructuras y eso le permite cambiarlas, en un proceso continuo a lo largo del tiempo. Mientras que, según su análisis, el hombre es un agente, el estructuralismo quiere reducirlo a la condición de un elemento pasivo.<sup>3</sup>

El español Xavier Zubiri, va a plantear la “*dialéctica de las posibilidades*” en el desenvolvimiento humano frente a la realidad, en un constante diálogo entre incitación y respuesta que lleva al hombre a producir *proyectos* constantemente. Como estos proyectos suelen no concretarse, al menos en toda su extensión, la realidad lleva a generar nuevos proyectos de parte de quienes generaron los primeros y de quienes confrontaron con ellos. Así se explicaría la dinámica histórica, aunque Zubiri no hace referencia a las relaciones de poder que este proceso conlleva (Zubiri, 1948).<sup>4</sup>

Desde el campo específico de la teoría de la historia, en un intento por responder a la pregunta “¿para qué sirve la historia?”, Collingwood responde: “para el autoconocimiento humano”. (Collingwood R. G., 1977 p. 20) No pretende con esto aseverar que la tarea del historiador sea la única que permita conocer al hombre, pero sí es posible señalar que la historia es la ciencia que permite conocer lo que puede hacer el hombre a partir de lo que ha hecho. Marc Bloch, por su parte, siguiendo la tradición de Michelet y Fustel de Coulanges, considera que es el hombre el objeto de la Historia, “*mejor dicho: los hombres*”, agregando que el historiador “*allí donde huele la carne*

3 Entrevista publicada en *L'Arc*, de fines de 1966. (Francovich, pp. 63-64)

4 El pensamiento de Zubiri ha influenciado en la Argentina a Antonio J. Pérez Amuchástegui, quien se apoya en él para exponer su teoría de las intencionalidades humanas como motor de la historia. (Pérez Amuchástegui, 1979, pp. 44-51).

*humana, sabe que está su presa*" (Bloch, M. 1978, p. 25)

Desde otra perspectiva, Arnold Toynbee, neoprovvidencialista, parte de la base de que la historia es humana, pero también divina, en lo que se asemeja a Vico. Aunque ceñida a un plan Divino, la historia es asunto de los hombres, en tanto han sido dotados de libertad. (Cassani, J. L. y Pérez Amuchástegui, A. J., 1970, p. 205)

La mirada renovadora de Marc Bloch y Lucien Febvre dio forma a la escuela francesa de Annales en su primera época. Pero luego, hacia 1950, Fernand Braudel (Braudel, 1968) dio a la escuela una nueva orientación, en la que se advierte la influencia del materialismo histórico, aspecto que le permitirá integrarse a la nueva corriente estructuralista de la siguiente década. Así Braudel va a relegar el aspecto humanista de la mirada de Bloch, privilegiando el análisis de las estructuras por sobre el de los acontecimientos a partir de su teoría de la duración de lo histórico. El hombre se diluye en estos análisis, se desprecia el papel del individuo frente a lo social, y predomina el enfoque de una historia cuantitativa y anónima. La influencia de Braudel va a marcar a la historiografía contemporánea, dándole a la Historia un lugar fundamental en el espectro de las ciencias sociales, pero relegando la incidencia de las intencionalidades y acciones humanas a un lugar insignificante. Durante el reinado de Braudel el género biográfico no despertó otro interés que no fuera meramente literario.

El modelo braudeliano impactó también en la filosofía, especialmente en Foucault, como destaca Aguirre Rojas. Su noción de "epístemes", como "campo de los posibles", constituye un nuevo modelo de investigación y de interpretación de la historia de las mentalidades, principal objeto de interés de los terceros Annales de los años 1969 a 1989, aun a contrapelo de la línea innovadora seguida por los historiadores franceses, logrando con ello la aprobación de Braudel que lo declaró como el único heredero de la historia de las mentalidades practicada por Lucien Febvre (Aguirre Rojas, 1996, pp. 225-226).

Es que en los 80, comenzó a cuestionarse el estructuralismo en el campo de la Historia. Poco a poco la escuela francesa inició su tercera época, a la par que aparecían tendencias neopositivistas. Los nombres de Jacques Le Goff y Pierre Nora (1980 y 1991) pasaron a identificarse con las nuevas tendencias que reciben la denominación de *Nouvelle Histoire*. En Italia comenzó a desarrollarse la microhistoria y pronto cobró fuerza la mirada antropológica del pasado, mediante nuevos abordajes de historia cultural y de las mentalidades (Kelly, en Olaberri y Capistegui). Se comenzó a oponer la historia narrativa frente a la "historia problema", y el género biográfico volvió a tener sentido. Aunque estas nuevas miradas encuentran sus impugnadores, especialmente en aquellos que advierten una marcada fragmentación de la historia,

frente a la mirada abarcadora e integral de la época de Braudel, la características común de todos estos esfuerzos parece girar en el retorno a la valoración del hombre como protagonista de la historia, aun cuando el concepto de estructura no haya perdido vigencia<sup>5</sup> y un autor tan relevante como Wallerstein sostiene que cuando el sistema mundo funciona normalmente, actores y estructuras reproducen sus contradicciones sin introducir cambios significativos. Los actores adquieren real protagonismo histórico convirtiéndose en agentes tan solo cuando el sistema entra en crisis y se generan instancias de transformación estructural (Bresciano, 2023).

Las miradas postestructuralistas han permitido una relectura de los textos de la historiografía griega de la que surgen ciertas afinidades como la importancia de la alteridad en Heródoto; la relación entre historia y memoria, en lo que también se resignifica a Heródoto; la jerarquización de la historia narrativa que revaloriza tanto a Heródoto como a Tucídides; la incursión actual en historia reciente, como lo hicieron ambos historiadores griegos; la resignificación del método inquisitivo-crítico a partir de la hermenéutica contemporánea; y el tema del poder, en que Tucídides aparece como precursor influenciado por los sofistas. Así, François Hartog, en *El espejo de Heródoto* (2003) centra el análisis en la mirada del otro en la obra del historiador griego. Aquí señalaremos la visión de Tucídides sobre el tema del poder y de la acción humana en la dinámica histórica.

## II – La problemática del poder en el debate contemporáneo

A la hora de establecer el objeto de estudio de la Historia como ciencia conviene destacar la definición de Bloch. *La Historia es la ciencia de los hombres en el tiempo*. Es decir, no estudia al hombre intemporal, sino al hombre en acción, en un contexto temporal determinado, capaz de responder a los condicionantes de su época y capaz también de generar cambios. Esta mirada es compatible con el estudio del hombre que proyecta su futuro, los mecanismos de los que se vale para intentar que ese futuro sea realidad y los resultados de la interacción humana derivados del conflicto que generan las relaciones de poder. Es decir que la problemática del poder se nos presenta como asunto central en el objeto de estudio de la Historia, en tanto constituye el sistema de relaciones humanas mediante el cual los proyectos o intencionalidades encuentran la posibilidad de concretarse en un interminable conflicto entre los hombres.

Durante el siglo XX, la cuestión del poder constituyó uno de los temas relevantes de análisis filosófico, sociológico y político. Ya estaba instalado en el pensamiento de Max Weber, quien se detuvo en destacar la imposibilidad de construir un concepto

5 Sobre las críticas a la Nouvelle Histoire, ver el trabajo de Carlos Barrios *La Nouvelle Histoire y sus críticos*, en <http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/nouvelle.htm> [fecha de consulta: 16/04/2006]. (Conf. Barros, C., 1996, pp. 21-44)

de Estado o de política, sin determinar una articulación entre ellos y la idea que se tenga del poder. A Weber se le deben muchas de las categorías que marcaron el pensamiento posterior, como las de dominio, legitimidad y las de sus tipos ideales (Weber, 1991, pp. 6569). Define el poder como la oportunidad de un individuo de hacer triunfar en el seno de una relación social su propia voluntad contra todas las resistencias, y la dominación como la oportunidad de hallar personas dispuestas a obedecer la orden que se les ha dado. (Freund, 1986, p. 198).

Diversos sociólogos y pensadores posteriores continuaron con el análisis de la cuestión del poder, penetrando en sus diversas manifestaciones sociales, más allá o más acá del poder político que había constituido la principal preocupación de Weber. Bertrand Russell señalará que *“el concepto fundamental de la ciencia social es el poder, del mismo modo que en la ciencia física el concepto fundamental es el de la energía, y lo define como la capacidad de realizar los deseos”*. (Russell, 1970, pp. 13-14). Para Herbert Goldhamer y Edward A. Shils<sup>6</sup> (Passano, 1978, pp. 48-51), *“se puede decir que una persona tiene poder en la medida en que influye en el comportamiento de los otros en base a las propias intenciones”*. En la visión de Harold D. Lasswell y Abraham Kaplan<sup>7</sup> (Passano, 1978, pp. 52-55) el poder es un valor y es también una relación de tríada entre peso, esfera y campo de poder:

El peso del poder es el grado de participación en el proceso de decisión; la esfera del poder está constituida por los valores cuya formación y cuyo goce son objeto del poder; el campo de poder consiste en las personas sobre las que se ejerce el poder.

Por su parte, Robert A. Dahl<sup>8</sup> (Passano, 1978, pp. 56-58) pone el énfasis en el poder como relación social, destacando la necesidad de establecer, en cada caso de análisis, la base, los instrumentos, el grado y los objetivos de poder. También David Easton<sup>9</sup> (Passano, 1978, p. 59) señala que *“el poder, como se ha reconocido desde hace tiempo, es un fenómeno de relación, no algo que cualquiera posee. Se basa en la capacidad de influir en las acciones de los otros”*. Pero Easton establece una diferencia entre poder e influencia al señalar que, si bien *“el poder se basa en la capacidad de influir en las acciones de los otros, no toda influencia debe ser considerada poder”*. En abierta contradicción con la idea de Russell, Easton señala que,

si el poder se concibe tan ampliamente, entonces cualquier rela-

6 El texto seleccionado por Passano de Herbert Goldhamer y Edward Shils se titula Algunas definiciones respecto al problema del poder.

7 El texto de Harold Lasswell y Abraham Kaplan se titula El poder como valor.

8 La selección de Robert A. Dahl se titula “El poder como relación”.

9 El párrafo de David Easton, tomado de El sistema político, Comunitá, Milán, 1963, p. 127., se titula: “Definición del poder”

ción ilustra una situación de poder y cada ciencia social debe ser considerada como estudio del poder. Según su razonamiento, el poder se presenta en la medida en que una persona controla, mediante sanción, las decisiones o las acciones de otra” (Passano, 1978, p. 59).

Wright Mills<sup>10</sup> (Passano, 1978, pp. 60-63) luego de definir al poder como

decisión tomada por los hombres en relación con el aparato en el que viven y con los eventos que forman la historia de su época, reflexiona sobre el hecho de que existen aparatos sociales que cambian sin que intervengan decisiones explícitas. Pero cuando tales decisiones intervienen (o cuando, aun sin intervenir pudieran haber intervenido), el problema de quien las toma (o no las toma) es el problema basal del poder.

Esta última idea es de gran importancia para la mirada del historiador y será útil a la hora de analizar el pensamiento de Michel Foucault.

Talcott Parsons<sup>11</sup> (Passano, 1978, pp. 64-67) contradiciendo a Dahl y a Mills, presenta una definición del poder que gira en torno a los conceptos de generalización y legitimidad, concluyendo en que

el poder es una ventaja generalizada o un recurso dentro de la sociedad. Debe ser dividido o distribuido, pero también debe ser producido y tiene funciones colectivas, así como distributivas. Es la capacidad de movilizar los recursos de la sociedad para el logro de fines para los cuales ha habido, o puede haber, un compromiso “público” general.

Para Ralf Dahrendorf,<sup>12</sup> existe una diferencia importante entre poder y autoridad. Mientras el poder está esencialmente vinculado con la personalidad de los individuos, la autoridad siempre es inherente a las posiciones y roles sociales. La autoridad se diferencia del poder en tanto representa la legitimidad, pero es a su vez generadora de conflictos en tanto debe ser distribuida (Passano, 1978, pp. 68-71).

A su vez, Carl J. Friedrich señala que el poder es en parte posesión y, también en parte, relación. En el primer caso nos estaríamos refiriendo a la posesión de un cargo político, a la institucionalización del poder. En el segundo estaríamos frente a un líder que interactúa en un grupo o en una sociedad. Así puede Friedrich diferenciar los conceptos de dominación e influencia, según nos refiramos a una u otra situación<sup>13</sup>

10 El texto de Charles Wright Mills se titula “Definición del poder”.

11 El texto se titula “Definición del concepto de poder”.

12 Texto titulado: “Autoridad y poder”.

13 Párrafos seleccionados bajo el título de “El poder”.

(Passano, 1978, pp. 72-75).

Bobbio (1996) hace notar que en la filosofía política se formulan tres tipos de teorías fundamentales sobre el poder: sustancialistas, subjetivistas y relacionales. La idea de Hobbes, según la cual *“el poder de un hombre son los medios que tiene en el presente para obtener algún aparente bien en el futuro, se presenta como representativa del primer tipo”*. (Bobbio, 1996, pp. 103-104) La teoría de Locke, en cambio, es subjetivista, ya que presenta al poder como una capacidad del sujeto para obtener ciertos efectos. Las teorías relacionales son las que predominan en el análisis político contemporáneo y son las que sostienen que el poder es una relación en dos o más sujetos, en la que uno obtiene del otro, conductas que este, de otra manera, no habría realizado.

Para Pierre Bourdieu (2000) las relaciones de poder se desarrollan dentro de *“campos sociales que presenta como espacios de juegos históricamente constituidos, con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias”*. (Bourdieu, 2000, p. 12) Explica su funcionamiento a partir de los conceptos de capital, interés y estrategia. Cada campo específico se define a partir del capital que está en juego. El capital está constituido por *“el conjunto de bienes acumulados que se producen, se distribuyen, se consumen, se invierten, se pierden”*. (Bourdieu, 2000, p. 12) Existen tantos campos como espacios de juego, el económico, el social, el cultural y cada uno da lugar a otros. Estas luchas ponen en juego aspectos intrínsecos y extrínsecos que son inseparables. Por ejemplo, en el campo científico se aspira a acumular tanto capital científico como poder simbólico. El *habitus* está constituido por las prácticas de continuidad instaladas en el campo, pues quienes compiten coinciden en que el capital que se distribuye dentro es importante. En la construcción de Bourdieu cobra también valor el concepto de poder simbólico, como *“un poder de hacer cosas con palabras”* (Bourdieu, 2000, p. 12) que construye la verdad e impone determinada visión del mundo social, estableciendo las reglas del juego. Esta visión y estas reglas son consideradas legítimas cuando las estructuras objetivas del orden social son internalizadas por los agentes y moldean su *habitus*.

En esta línea de pensamiento, en la que el concepto de poder cobra una importancia radical, las ideas de Foucault encontraron campo propicio para su valoración, a la vez que se rescataron las de Tucídides, que ya habían sido ponderadas por Nietzsche, quien, en *La voluntad de poder*, define el bien como *todo lo que subraya en el hombre la sensación de poder, el deseo de poder, el poder mismo*. Quizá sea Nietzsche el nexo entre nuestros dos hombres: Tucídides y Foucault, pero sólo indirectamente, pues si el ateniense influyó en el filósofo alemán, no consta que haya llamado la atención de Foucault. Se trata más bien de una cadena de influencias, ya que es unánimemente admitida la de Nietzsche sobre Foucault.

### III – El poder en la filosofía de la historia de Tucídides

El ateniense Tucídides escribió un libro sobre su propia época, que es, sin embargo, considerado como un modelo historiográfico, iniciador, junto al de su predecesor Heródoto, de la historia científica, por su método y por su concepción de lo histórico. *La Historia de la Guerra del Peloponeso*<sup>14</sup> aunque centra como monografía su atención en este asunto, es además una historia de su tiempo. La obra, distribuida en ocho libros, está fundada en una pesquisa rigurosa de testimonios, casi siempre orales, y escrita con una prosa sobria que resulta apropiada para expresar, junto a fecundas ideas, la crónica política y militar de su época.

Hay en el libro una concepción filosófica de la historia que no está desarrollada en forma sistemática, sino que aparece diseminada en breves formulaciones y subyacente en la narración de los hechos. En ella se plantea que la historia es el resultado de los conflictos de poder entre los estados y que, aun cuando estudiemos una época concreta, como la de la Guerra del Peloponeso, la posesión de esa clave, que es la “ley de los sucesos humanos”, ha de significar “una adquisición para siempre”.<sup>15</sup>

Se ha creído ver en esta expresión de Tucídides la postulación de una historia cíclica, por lo que los hechos pueden preverse porque de alguna manera se repiten. De allí surgió la idea del pragmatismo de Tucídides, dirigido a ofrecer en la verdad histórica una orientación permanente para la conducta política.<sup>16</sup> Sin embargo, nada autoriza a señalar que este era el pensamiento de Tucídides.

Aunque no aparecen en la obra expresiones taxativas de índole filosófica, el pragmatismo de Tucídides parece apuntar en otra dirección. La historia no se repite, sino que es siempre la misma, en tanto constante expresión de las relaciones de poder

14 Hemos consultado tres ediciones de la obra de Tucídides: *La Historia de la Guerra del Peloponeso*, aparecida en Buenos Aires, bajo el sello de Emecé Editores en 1944. (Traducción del griego por Diego Gracián – Tomos I y II). La publicada por la Librería y Casa Editora Hernando S. A., Biblioteca Clásica Hernando, Madrid, 1952/55, (Tomos I al III) con Introducción y traducción de Francisco Rodríguez Adrados). Y la esmerada *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Editorial Credos, Barcelona, 2006 (Tomos I al V). (Introducción general, traducción y notas de Juan José Torres Esbarranch).

15 La amplitud y profundidad del concepto va de la mano con la calidad de la traducción. El párrafo tan repetido de Tucídides dice según la versión de Francisco Rodríguez Adrados (Madrid, Librería y Casa Editora Hernando, Biblioteca Clásica Hernando, 1952/1955, tres volúmenes): “(...) me conformaría con que cuantos quieran enterarse de la verdad de lo sucedido y de las cosas que alguna vez hayan de ser iguales o semejantes según la ley de los sucesos humanos, la juzguen útil. Pues es una adquisición para siempre y no una obra de concurso que se destina a un instante”. La versión de Diego Gracián y Alderete (S. XVI), había consignado: “Mas aquellos que quisieren saber la verdad de las cosas pasadas y por ellas juzgar otras tales y semejantes que podrán suceder en adelante, hallarán útil y provechosa mi historia; porque mi intención no es componer farsa o comedia que dé placer por un rato, sino una historia provechosa que dure para siempre” (Buenos Aires, EMECÉ Editores, 1944, dos volúmenes) La traducción de Torres Esbarranch dice: “(...) cuantos quieren tener un conocimiento exacto de los hechos del pasado y de los que en el futuro serán iguales o semejantes, de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana, si estos los consideran útil, será suficiente. En resumen, mi obra ha sido compuesta como una adquisición para siempre, más que como una pieza de concurso para escuchar un momento”. (Editorial Credos, Barcelona, 2006 (Tomos I al V).

16 Así lo plantean Jorge Luis Cassani y Antonio J. Pérez Amuchástegui (1970, p. 38).

entre las naciones. La utilidad de su libro radica, según su propósito, en mostrar ese principio aplicado a una época. De allí que sirva “para siempre”, en lo que coinciden las traducciones que apuntamos a pie de página. “Así –señala Le Goff- la historia sería inmóvil, eterna, o más bien tiene la posibilidad de constituir el comienzo eterno de un mismo modelo de cambio”. (Le Goff, 2005, p. 78) Y por ello Toynbee, cuando vivió la experiencia del estallido de la primera guerra mundial, comprendió que Tucídides “había pisado antes ese mismo terreno”. Y señala:

Él, y la generación a la que pertenecía, habían estado antes que yo, antes que mi propia generación, en el estadio de la experiencia histórica al que, respectivamente, mi propia generación habíamos arribado; en realidad su presente había sido mi futuro [...] Pese a lo que pudiera sostener la cronología, el mundo de Tucídides y el mío propio acababan de probar que eran filosóficamente contemporáneos (Nota de Torres Esbarranch, en: Tucídides, 2006, t. I, p. 58).

La cuestión no es menor. Si la historia se repite en forma cíclica, estaríamos sujetos a designios superiores a la dimensión humana que establecerían la dinámica de esa sucesión de períodos semejantes. Si la historia es siempre la misma, aun cuando esté permanentemente “en tránsito”, conforme a la concepción de Dominick Lacapra, (2006, p. 15) y no hace más que reproducir eternamente la trama de las relaciones de poder entre los hombres, queda reducida a un asunto de su propio dominio. La tercera alternativa es la que plantea Vico: el hombre es el protagonista de la historia, como actor consciente y libre, pero la providencia divina establece la sucesión eterna de tres etapas sucesivas y reiteradas (divina, heroica y humana) dentro de las cuales se desenvuelve esa acción de los hombres.

Las ideas de Tucídides se inscriben –como lo han señalado Romero (1952) y Chatelet (1963)- en la corriente de los sofistas. Si analizamos fragmentos de Gorgias, Protágoras<sup>17</sup> y, fundamentalmente, Trasímaco<sup>18</sup> con su concepción de que *el poder precede al derecho*, las afinidades aparecen prontamente. *El hombre como medida de todas las cosas*, en tanto fórmula que sintetiza el pensamiento de la escuela, parece animar la concepción de una historia devenida a la medida del hombre, es decir, del hombre que impone su voluntad mediante la lógica del poder. Véase la expresión de Protágoras cuando señala que “(...) lo que a cada Estado le parece justo y bello, efectivamente lo es para él, mientras que tenga el poder de legislar”. (Protágoras, 1965, p. 84) El método antilógico de Protágoras es el que aplica Tucídides en los diálogos que

17 Consultamos los Fragmentos y testimonios de Gorgias y Protágoras, publicados en la colección de Aguilar, Buenos Aires, 1966 y 1965.

18 Nacido en Calcedonia, Asia Menor, fue contemporáneo de Gorgias y rival. Sus obras se han perdido. Por fragmentos transcritos en libros antiguos se sabe que planteó la lógica del poder como motor de las relaciones humanas en las que impera el derecho del más fuerte.

reconstruye, en los que la razón solo concurre para poner en evidencia lo irrelevante de cualquier argumento que no pueda ser sostenido por la fuerza.

Si reconocemos esta proximidad del pensamiento de los sofistas con Tucídides y acordamos en que este no sostuvo la idea de una historia cíclica en la que los hechos se repiten de una forma más o menos similar, nos estaremos formando una imagen diferente del ateniense con relación a la que algunos historiadores de la historiografía se han representado.<sup>19</sup> La mirada de Tucídides, como la de los sofistas, no es sustancialista. No busca un conocimiento de aquello que fuera inmutable, permanente y sustancial, sino que, como los sofistas sostuvieron, lo único permanente de la historia radica en que es producto de la acción humana signada por las relaciones de poder.

Si hay un sustancialismo en Tucídides lo encontraremos en su concepción del poder, en tanto lo concibe como algo que alguien, un hombre o un estado, posee.<sup>20</sup> Es verdad que los griegos buscaban el conocimiento de algo que fuera uno, eterno, infinito e inmutable. Pero los sofistas descreían de esto y Gorgias señalará que *nada existe*, para completar la idea diciendo que *si algo existiera sería incognoscible y que, si algo existiera y fuera cognoscible, sería incomunicable*. Frente a esto, el hombre se constituye en la medida de todas las cosas y la verdad y la justicia no tienen otra entidad que la que surge del poder que las sostiene.

El diálogo entre los atenienses y los de Melos muestra esta dinámica de la historia en forma descarnada. *“Si Atenas parece inicialmente dispuesta a negociar con los de Melos –dice Romero (1952) – es en la certidumbre de que al final impondrá su voluntad”*. (p. 82) Más allá de la fina dialéctica desplegada por los interlocutores a lo largo del diálogo que iba a preceder a la guerra, es la lógica del poder la que sustenta el discurso ateniense. *“En la discusión de los asuntos humanos –se dice en un pasaje– la justicia solo interviene allí donde es equivalente el poderío para hacerla valer”*<sup>21</sup> (Tucídides, 1944, t. II, p. 81).

Esta lógica del poder sobre la que se fundaba el imperialismo ateniense del siglo

19 Véase lo que señalan Cassani y Pérez Amuchástegui: *Tucídides introduce la noción extrahistórica de la inexorable repetición de los hechos en forma más o menos similar, y con ello se pone “a tono” con el pensamiento de su época que sólo aceptaba el conocimiento de aquella que fuera inmutable, permanente, substancial*. (1970, p. 55). Los autores, por lo visto, no vinculan a Tucídides con los sofistas.

20 Véase la clasificación de las teorías sobre el poder ya consignada de Bobbio.

21 En la traducción de Gracián dice: “(...) las cosas justas y razonables se debaten por derecho y razón, cuando la necesidad no obliga a una parte más que a la otra; pero cuando los más flacos contienden sobre aquellas cosas que los más fuertes y poderosos les piden y demandan; conviene ponerse de acuerdo con estos para conseguir el menor mal y daño posible” (Tucídides, 1844, t. II, En la traducción de Gracián dice: “(...) las cosas justas y razonables se debaten por derecho y razón, cuando la necesidad no obliga a una parte más que a la otra; pero cuando los más flacos contienden sobre aquellas cosas que los más fuertes y poderosos les piden y demandan; conviene ponerse de acuerdo con estos para conseguir el menor mal y daño posible” (Tucídides, 1844, t. II, p. 94).

V, aparece a cada paso en la obra de Tucídides. Véase el discurso de los embajadores de Atenas ante el Senado de Esparta (Tucídides, 1944) previo al inicio de la guerra, en el que se dicen cosas como esta:

siempre fue y se vio que el menor obedezca al mayor, y el más flaco al más fuerte; (...) Nadie antepuso jamás la razón al provecho de tal modo que, ofreciéndosele alguna buena ocasión de adquirir y poseer algo más por sus fuerzas, lo dejase. (...) los hombres más razón tienen de ensañarse cuando les hacen injuria que cuando les tratan por fuerza, porque al injuriarles se entiende que hay igualdad de justicia de ambas partes, más cuando interviene fuerza, bien se ve que hay superior que la hace por su voluntad (Tucídides, 1944, t. I, pp. 75-83).

Véase también el consejo del rey espartano dirigido al senado con el propósito de postergar la guerra hasta que la ciudad dispusiera de mejores recursos, ensayando la diplomacia entre tanto: *“Cuando vieren que nuestros aprestos de guerra se acomodan a las razones que les damos y que son bastante para poner en ejecución lo que de palabra les exponemos, se inclinarán más a otorgar nuestra demanda”* (Tucídides, 1944, t. I, pp. 75-83).

El principio de Trasímaco de que el poder precede al derecho, está presente en todos estos parlamentos, y en ellos formulada la norma universal de que la historia se desenvuelve según esas relaciones de poder.

La influencia de Tucídides en el pensamiento occidental es sustantiva. Según se lo interpretara, muchos intentaron llevar con sus ideas agua para su molino. Para el historiador de la historiografía conviene una relectura de su obra en el sentido genealógico propuesto por Foucault, pero sin perder de vista la episteme del siglo V, en la que pudo desarrollarse esta concepción de la historia animada por el pensamiento de los sofistas.

#### **IV – El poder en el pensamiento de Michel Foucault**

La obra de Foucault reconoce tres etapas: la arqueológica, la genealógica y la ética, a cada una de las cuales corresponde una idea central que se transforma en eje de su reflexión. En los tres casos practica una ontología histórica, en el primero en relación con la verdad, en el segundo en torno al *poder*, y, en el tercero con respecto a la ética. Es decir, en los tres períodos, analiza las formas de subjetivación como producciones históricas, sea cuando nos constituimos en sujetos de conocimiento, cuando nos convertimos en sujetos que actúan sobre los demás, o cuando nos erigimos en agentes morales. (Alvarez-Uria y Varela, 1991, p. 8; además, Díaz, 2005, p. 13).

Para Foucault, la voluntad humana está delimitada por estructuras de las que el hombre no es consciente. Estas reciben el nombre de *epistemes* y son territorios de significación coherente que dan sentido a una época. Tales estructuras son inconmensurables e implican rupturas antes que continuidades. De allí que Foucault descalifique el principio de una historia lineal, direccional, que implique cualquier forma de progreso. Nada indica que una episteme sea mejor que la siguiente o la anterior. Cada una contiene un sistema de coherencia diferente que surge a su vez de una determinada relación entre saber y poder. Cada episteme constituye un “*campo de los posibles*” discursos contruidos o pensables en una época dada. “*Qué es lo que es posible pensar y qué es lo que no es posible pensar desde le episteme renacentista, clásica o moderna?*” Imposible no vincular estas preguntas con los intereses de la “historia de las mentalidades”, por lo que Braudel señaló que era precisamente Foucault el único continuador de la historia de las mentalidades practicada por Lucien Febvre (Aguirre Rojas, 1996, pp. 225-226).

Estas ideas suponen un antihistoricismo, en cuanto niegan la idea de proceso, pero son historicistas en cuanto relativizan las formas de verdad a las ideas de coherencia de cada episteme. En este esquema de pensamiento, las acciones humanas, las individualidades, los acontecimientos, los cambios institucionales, aparecen como asuntos superficiales. Sin embargo, las formas en que se manifiestan las relaciones de poder constituyen un asunto central.

La preocupación por el poder corresponde, como queda dicho, a la segunda etapa, la genealógica.<sup>22</sup> Para Foucault el poder no es algo singular, ni bipolar, sino múltiple, porque es un juego de fuerzas. Un juego que excede la violencia, que comprende acciones sobre acciones en un diagrama dinámico de relaciones. Estas se caracterizan por la capacidad de unos para “conducir” las acciones de otros. Se manifiesta como una relación entre acciones, entre sujetos de acción libres, ya que, para Foucault, si uno de los participantes no es libre, no existe una verdadera relación de poder, sino que aparece una “saturación” en una de las partes. No se trata de una relación antagónica sino una incitación recíproca, una “provocación” permanente, pues las relaciones de poder contienen efectos activos y reactivos. Las fuerzas afectadas tienen capacidad de resistencia. Los diagramas de poder constituyen sistemas físicos en continuo desequilibrio

El interés de Foucault pasa por los mecanismos del poder, según las siguientes tesis: a) el poder pasa a través de dominados y dominantes. b) El poder no es una propiedad, es una estrategia; no se posee, se ejerce. c) Poder y saber son de distinta

22 “Genealogía” significa “conducir el análisis a partir de una cuestión presente”. (Alvarez-Uria, y Varela, 1991, p. 8. y Foucault, 1992, p. 138). Llamamos *genealogía* –dice Foucault- *al acoplamiento de los conocimientos eruditos y de las memorias locales que permite la constitución de un saber histórico de la lucha y la utilización de ese saber en las tácticas actuales.*

naturaleza, pero interactúan. d) El poder, en esencia, no es represivo; es productivo (Foucault, 1992, p. 181).

Al centrar su interés sobre los mecanismos del poder, privilegia la pregunta sobre ¿cómo se ejerce el poder?, por encima de aquellas que plantean ¿qué es el poder? o ¿por qué hay poder? Para ello establece reglas metodológicas: A) No estudiar el poder sólo como forma de represión o prohibición, mirar sus efectos positivos (lo que produce). B) Analizar el poder y sus técnicas en términos de su propia especificidad y no reducirlo a la consecuencia de la legislación y la estructura social. C) Realizar un análisis ascendente del poder, es decir una microfísica del poder; esto llevará a ver el poder no como un dominio homogéneo de un grupo o clase sobre otro sino como una organización circulante similar a una red. D) No analizar el poder en el nivel de la “intención o decisión consciente”, no preguntar lo que cierta gente desea y por qué desea dominar a otros; preguntar en cambio cómo funcionan las cosas en el nivel de la sujeción presente, en el nivel de esos procesos continuos e ininterrumpidos que someten a nuestros cuerpos, gobiernan nuestros gestos y dictan nuestras conductas, de esos procesos que nos constituyen como sujetos (Foucault, 1992, p. 151).

Las líneas generales del pensamiento de Foucault sobre el poder resultan sumamente sugestivas para el historiador, especialmente cuando se reflexiona sobre el hombre como protagonista de la historia. Aunque Foucault considera que el hombre es una invención de la modernidad y anuncia que, en tanto idea, está pronto a desaparecer, sus reflexiones sobre el poder como productor de realidad, constituyen una herramienta de análisis de indudable utilidad. Si bien desprecia el estudio de las intencionalidades humanas, cosa que el historiador actual difícilmente esté dispuesto a admitir, el análisis microfísico del poder, su relación con el saber y con la producción del discurso, resulta esclarecedor, en tanto presenta al poder como relación de fuerzas en permanente ebullición que conforman un diagrama cambiante de acciones y reacciones que atraviesa a dominantes y dominados. Su método genealógico, en cuanto sostiene la necesidad de una ontología histórica para el análisis de las ideas centrales de poder y de ética, constituye una revalorización de lo histórico. También resulta ilustrativa su idea de que el poder no implica necesariamente un correlato punitivo, asunto que produjo la reacción de quienes pensaban como David Easton.

En cambio, resultan limitativos, aunque coherentes con su pensamiento, su negación a la pregunta sobre ¿qué es el poder? o ¿por qué hay poder?, asuntos, especialmente el segundo, que deben preocupar al historiador. Su afirmación de que no hay poder cuando entre dos actores uno es esclavo, también merece objeciones, pues el esclavo, aun carente de libertad, es una fuente de proyectos reprimidos que pueden estallar, como ocurrió durante la revolución de Haití en 1791. Los esclavos de la víspera pasaron a ser los gobernantes y la clase privilegiada, cuando se hicieron cons-

cientes de las fortalezas que disponían frente a los franceses y las hicieron efectivas en la acción, es decir, mediante relaciones de poder.

Pero la principal objeción que aparece a los ojos del historiador actual pasa por la negación que Foucault plantea sobre la importancia de la voluntad humana en el devenir histórico. Contra la idea que surge del pensamiento de Tucídides, del de Vico, o del de Collingwood, Foucault, como Lévi-Strauss, niega que la voluntad humana, expresada mediante relaciones de poder, constituya un motor dinámico de la historia, en tanto el hombre está determinado por las estructuras en las que se encuentra inmerso.

Aun dentro de los seguidores del pensamiento de Foucault, como el palestino Edward Said, hay quienes plantean su discrepancia con respecto a la negación de que la voluntad humana grave sobre los procesos históricos. Como orientalista, Said advierte que esto no es así, y sostiene la existencia de un “plan consciente y una intencionalidad detrás de la dominación occidental de oriente” (Walia, 2004, p. 40).

El pensamiento de Foucault ha sido alcanzado por la crisis de paradigmas que afecta a las ciencias sociales desde las últimas décadas del siglo pasado. El estructuralismo en el que se inscribe, aun cuando el mismo Foucault pretendiera negar esta pertenencia, ha sufrido esta crisis de manera significativa. Esto ha sido especialmente notable en el campo de los estudios históricos y ha afectado las construcciones teóricas de Braudel y de la segunda época de la Escuela Francesa de Anales, que se reconoce como estructuralista (Aguirre Rojas, 2006, p. 88).

## **V – Simetrías y asimetrías en las teorías del poder de Tucídides y de Foucault.**

Con dos milenios y medio de diferencia, Tucídides y Foucault, parecen haberse preocupado por los mismos asuntos, aun cuando las respuestas que ensayaron a sus interrogantes fueran disímiles. Comencemos por las simetrías: tanto Tucídides, en razón de su marco teórico inspirado en los sofistas, como Foucault, en tanto relativista, presentan la verdad como producto de las relaciones de poder. El poder produce verdad. Para ambos, la preocupación por el poder es asunto sustancial en la comprensión del estudio de las sociedades y de la historia. Igual relación establecen entre poder y justicia, o entre poder y derecho. Ambos consideran que la dinámica del poder y la lógica del poder, constituyen la trama secreta del desenvolvimiento histórico, el cual no tendría una dirección determinada. En ambos casos la verdad es relativa. Para Tucídides y los sofistas, el hombre es la medida de todas las cosas, para Foucault, el hombre es apenas un agente que se desenvuelve dentro de sistemas anónimos que constituyen sistemas de verdad también relativos.

En ambos casos se sostiene una concepción productiva del poder. Para Tucídides el Estado ateniense, con todas sus ventajas en relación con las otras ciudades griegas y los reinos bárbaros, es producto del poder. Así justifica el imperialismo ateniense. Para Foucault, no hay que estudiar el poder sólo como forma de represión o prohibición, sino que hay que mirar sus efectos positivos (lo que produce).

Veamos ahora las asimetrías: en el análisis de Tucídides, la voluntad humana, expresada mediante relaciones de poder, constituye el motor de la historia. Los hombres actúan libremente y las individualidades, como fue el caso de Pericles, hacen pesar sus intencionalidades en cuanto se corresponden con la posesión de un poder equivalente a las ambiciones de cada uno. En la concepción de Foucault, la voluntad humana no incide en el desenvolvimiento histórico, signado por estructuras condicionantes e ignoradas. La historia es para él una sucesión de estructuras autónomas, en las que el hombre se desenvuelve en ellas sin saberlo. Para él el poder constituye la forma en que los hombres se relacionan, pero siempre sometidos a aquellas estructuras sobre las que nada pueden hacer.

La teoría del poder de Tucídides es sustancialista, en tanto considera al poder como una posesión y la relaciona con la fuerza y las expectativas de represalia que supone para quien no se someta a su lógica. La teoría de Foucault es, en cambio, de las del tipo relacional, en tanto entiende que el poder no se posee, sino que se ejerce.

El poder es para Tucídides mucho más que lo que significa para Foucault. El griego ve en la trama de fuerzas humanas encontradas entre sí, el móvil que da sentido a la historia, y a la guerra como fundamental factor de cambio, por lo que pueden sus lectores servirse de esta enseñanza para el futuro, pues la historia es siempre la misma, aunque cambien sus protagonistas y las circunstancias. Para Foucault, el poder es central en su análisis de la realidad, pero solo en un sentido presente, aun cuando realice siempre una ontología histórica. No sustenta en el tema del poder una filosofía de la historia, pues esta se funda más bien en su idea de los sistemas subyacentes en cada época, que condicionan al hombre más allá de su voluntad. El planteo de Tucídides es humanista y el de Foucault desdeña al humanismo.

## VI – Conclusiones

Si consideramos la posible relación existente entre voluntad humana, poder y dinámica histórica, tal como lo anunciamos en el título de este trabajo, advertimos que las posiciones que consideran al hombre como protagonista consciente de la historia y aquellas que niegan esta posibilidad, constituyen dos corrientes antagónicas en la que hicieron sus aportes eminentes filósofos, sociólogos e historiadores. En este gran debate, Michel Foucault fue uno de los más decididos sostenedores de la idea que

niega que el hombre sea el hacedor de la historia, aun cuando se haya detenido a considerar los mecanismos del poder como productor de realidad.

Si hemos de entablar un diálogo desde la contemporaneidad con los clásicos, entre los que se destaca Tucídides en el campo de la historiografía, hemos de decir que su filosofía de la historia, más implícita que desarrollada en forma sistemática, encuentra mayores afinidades con las últimas tendencias posestructuralistas, que con la filosofía foucaniana. Es verdad que la teoría del poder admite mayores complejidades, que las que Tucídides y los sofistas vislumbraron, y aquí Foucault corre con ventaja. Pero el nexo que establece Tucídides entre voluntad humana, el poder y la dinámica histórica, resulta más actual para nosotros que las interpretaciones estructuralistas de Lévi Strauss y Foucault.

El hombre actúa en un contexto concreto social, espacial e histórico. Nadie puede negar que ese contexto lo condiciona y que la trama de relaciones de poder es tan compleja que está sometido a realidades ajenas a su voluntad. Pero, nada indica que no pueda influir sobre tales realidades y modificarlas conscientemente. Foucault no explica cómo se pasa de una estructura a otra, cómo se transformaron las epistemes que él ha identificado en la historia de los últimos quinientos años. No lo hace porque debería señalar que las transformaciones ocurren por la acción de los hombres.

Tucídides no se preocupó por reflexionar por aquello que pudiera estar oculto más allá de la realidad visible. Esta preocupación, que fue común entre los griegos, no fue la de los sofistas, ni la del historiador ateniense. Para él la historia se presentaba tal como la mostraban los testimonios, confrontados y puestos a prueba. Su interpretación de tal historia le reveló la trama que la movía, no en el desocultamiento de abstractos designios suprahistóricos, sino en la misma naturaleza humana.

El pensamiento contemporáneo –escribe Chatelet- desde Marx y Nietzsche, ha insistido mucho en el hecho de que en la raíz del mundo moderno, altamente tecnificado, se encuentra la voluntad de poder. Tal vez la época de Pericles, y más en general el período de la guerra del Peloponeso, con su reconocimiento del carácter histórico de la actividad humana, con la importancia otorgada a las artes y a las técnicas, con su radical humanismo, hacen aparecer un elemento capital de esa voluntad de poder (Chatelet, 1963, p. 22).

El poder es el motor de la historia, como elemento transversal a todas las estructuras y todas las epistemes, en tanto establece la preeminencia de unos proyectos por sobre otros, aunque las tensiones que esto supone puedan producir la “guerra del Peloponeso” en el siglo V A.C., las dos guerras mundiales del siglo XX o las de

Ucrania y Palestina en la actualidad. Y por ello pudo decir Tucídides, tras desocultar la trama que mueve a los acontecimientos humanos, que su libro sería una obra que duraría para siempre.

## Bibliografía

### Textos de Tucídides y Foucault

Tucídides (1944). *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Buenos Aires: Emecé Editores, Traducción del griego por Diego Gracián Alderete (Siglos XV – XVI). (Tomos I y II).

Tucídides, (1952/55) *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Librería y Casa Editora Hernando S. A., Madrid: Biblioteca Clásica Hernando, (Tomos I al III) Introducción y traducción de Francisco Rodríguez Adrados).

Tucídides, (2006) *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Barcelona: Editorial Credos, (Tomos I al V). Introducción general, traducción y notas de Juan José Torres Esbarranch.

Foucault, M., (1968) *Las palabras y las cosas*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Foucault, M., (1992) *Microfísica del Poder*, Madrid: Ediciones de La Piqueta.

Foucault, M., (1991) *Saber y verdad*, Madrid: Ediciones de La Piqueta.

Foucault, M., (1992) *El orden del discurso*, Buenos Aires: Tusquets Editores.

### Sobre la problemática epistemológica contemporánea y sobre el poder

Aguirre Rojas, C. A. (1996), *Los Annales y la historiografía francesa*. Tradiciones críticas de Marc Bloch a Michel Foucault. México: Ediciones Quinto Sol.

Alvarez-Uria, F. y Varela, J. (1991), *Prólogo a la obra de Foucault Saber y Verdad*, Madrid: Ediciones de La Piqueta, p. 19-20

Bobbio, N. (1985), *Estado, gobierno y sociedad*. Por una teoría general de la política, México: Fondo de Cultura Económica.

Bourdieu, Pierre, (2000) *Los usos sociales de la ciencia*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Díaz, E. (Editora) (1998) *La ciencia y el imaginario social*, Buenos Aires: Editorial Biblos.

Díaz, E (Editora) (2000) *La posciencia*. El conocimiento científico en las postrimerías de la modernidad, Buenos Aires: Editorial Biblos.

Díaz, E., (2005) *La filosofía de Michel Foucault*, Buenos Aires: Editorial Biblos.

Díaz, E. (Ed.), (2012) *El poder y la vida, modulaciones epistemológicas*, Buenos Aires: Biblos.

Elias, N, (1980) *Conocimiento y poder*, Madrid: La piqueta.

- Feinmann, J. P., (2008) *La filosofía y el barro de la historia*, Buenos Aires: Planeta.
- Francovich, G, (1973) *El estructuralismo*, Buenos Aires: Editorial Plus Ultra.
- Freund, J. (1986), *Sociología de Max Weber*, Barcelona: ediciones península.
- Labourdette, S. (1993) *Política y poder*, Buenos Aires: A Z editora.
- Mccarthy, T. (1992) *Ideales e ilusiones. Reconstrucción y deconstrucción en la teoría crítica contemporánea*, Madrid: Editorial Tecnos.
- Passano, A. (Editor), (1978) *Sociología del Poder*, Buenos Aires: CEAL.
- Perez Lindo, A- (1995) *Mutaciones. Escenarios y filosofías del cambio de mundo*, Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Puglisi, G. (1972), *¿Qué es verdaderamente el estructuralismo?*, Madrid: Doncel.
- Russell, B. (1970), *Il potere*, Milán: Feltrinelli.
- Weber, M., (1991) *Ciencia y política*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Zúbiri, X., (1948) *Naturaleza, hombre, Dios*, Buenos Aires: E. Poblet.

### **Sobre la historiografía contemporánea**

- Aguirre Rojas, C. A. (2006), *La escuela de los Annales. Ayer, hoy y mañana*, Rosario: Prohistoria.
- Aguirre Rojas, C. A., (2004) *La historiografía del siglo XX. Historia e Historiadores entre 1848 y ¿2025?*, Barcelona: Montesinos.
- Andino, M. D., (1995) "Historia. Algunas cuestiones acerca de su problemática disciplinaria", En *Notas introductorias a la problemática epistemológica de las diversas disciplinas*, Universidad Católica de Santa Fe, Ciclo de síntesis cultural, Santa Fe.
- Barros, C., (1996) "El paradigma común de los historiadores del siglo XX", En *Estudios Sociales*, N° 10, Primer Semestre, Santa Fe, p.p. 21-44.
- Benjamín, W. (2005) *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, México: Contrahistorias.
- Brauer, D. (2009) (editor), *La historia desde la teoría. Una guía de campo por el pensamiento filosófico acerca del sentido de la historia y del conocimiento del pasado*, Buenos Aires: Prometeo.
- Bresciano, A., (2023) "Los aportes de Immanuel Wallerstein a las discusiones historiológicas", *Revista Hablemos de Historia*, Tercera Época, Año 1 - N°1, Enero – Junio
- Braudel, F., (1968) *La Historia y las Ciencias Sociales*, Madrid: Alianza.
- Candau, J., (2001) *Memoria e identidad*, Buenos Aires: Ediciones del sol.
- Carr, E. H., (1970) *¿Qué es la Historia?*, Barcelona: Editorial Seix Barral.

- Collingwood, R. G. (1977), *Idea de la Historia*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Fontana, J. (2002) *Historia de los hombres. El siglo XX*, Barcelona: Crítica.
- Godoy, C. (1996) [entrevistadora] “Robert Darton conversa con la Historia Cultural”, En *Estudios Sociales*, N° 10, Primer Semestre, Santa Fe, p.p. 141-155.
- Godoy, C., (2002) *Historiografía y memoria colectiva*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Hobsbawm, E. (1998) *Sobre la historia*, Barcelona: editorial Crítica.
- Iggers, G., (1998) *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona: Idea Universitaria.
- Koselleck, R. y GADAMER, H - G, (2006) *Historia y hermenéutica*, Pensamiento contemporáneo 43, Barcelona: Paidós.
- Lacapa, D. (2006) *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Legoff, J. (1991), *Pensar la historia*, Barcelona: Paidós.
- Olabarri, I y Capistegui, F., (1996) *La nueva historia cultural, la influencia del posestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid: Editorial Complutense.
- Pérez Amuchastegui, A. J. (1979), *Algo más sobre la historia*, Buenos Aires: Ábaco.
- Revel, J., (1996) “Historia y Ciencias Sociales: Una confrontación inestable”, En *Estudios Sociales*, N° 10, Primer Semestre, Santa Fe, p.p. 11-20.
- Romero, J. L. (2008), *La vida histórica*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Walía, S, (2004) *Edward Said y la historiografía*, Barcelona: Gediza editorial, Colección “Encuentros contemporáneos”,

### **Sobre la historiografía griega**

- Casani, J. L. (1970), “Los primeros historiadores griegos y el nacimiento del método inquisitivo – crítico”, En *Anales de Historia Antigua y Medieval*, Años 1959-1960, Instituto de Historia Antigua y Medieval, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, p.p. 7-30. [separata de Editorial Glauco, Buenos Aires, 1970]
- Cassani, J. L. y Perez Amuchastegui, A. J. (1970), *Del “epos” a la historia científica. Una visión de la historiografía a través del método*, Buenos Aires: Editorial Nova.
- Collingwood, R. G., (1977) *Idea de la Historia*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Chatelet, F., (1963) *Pericles*, Buenos Aires: Editorial Occidente.
- Harlog, F., (2003) *El espejo de Heródoto*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Ortega, E. C., (1951) *Las obras históricas en el Oriente antiguo, Grecia, Roma y Edad Media*, La Plata: Centro de Estudiantes de Humanidades, Federación Gremial Universitaria

de La Plata.

Romero, J. L., (1952) *De Heródoto a Polibio*. El pensamiento histórico de la cultura griega, Colección Austral, Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina.

Torres Esbarranch, J. J., (2006) *Introducción general, traducción y notas de la Historia de la Guerra del Peloponeso de Tucídides*, Barcelona: Editorial Credos, Tomos (I al V).

## Ocupación y circulación prehispánica en las tierras que originarán el territorio provincial entrerriano

### Pre-Hispanic occupation and circulation in the lands that will give rise to the provincial territory of Entre Ríos

Blanca María Isabel Gioria<sup>1</sup>

*Cita sugerida: Gioria, B.. (2024) Ocupación y circulación prehispánica en las tierras que originarán el territorio provincial entrerriano;*

*Hablemos de Historia, Año 2, N° 3, Universidad Autónoma de Entre Ríos: Paraná.*

---

#### Resumen

Las acciones que las personas realizan en la naturaleza muestran la metamorfosis de un lugar por medio de la construcción y reconstrucción a través del tiempo. “Las acciones son tiempo; tiempo que se traduce en objetos, y los objetos son formas con la que se construye el espacio geográfico” (Silveira. 2006, p. 65). El conjunto de objetos creados origina el medio sobre el cual se basa la vida y las relaciones sociales de ese momento.

En este trabajo se describe y analiza la ocupación y transformación que las distintas etnias y tribus prehispánicas realizaron en el actual suelo entrerriano. Con la ayuda de las narraciones de los cronistas coloniales y las lecturas de trabajos de especialistas, se recuperan realidades locales al momento de la conquista española.

En el territorio quedaron grabadas las huellas de los primitivos habitantes de estas tierras: yacimientos de objetos fabricados, usados y abandonados por estas sociedades, conformando un rico patrimonio cultural prehispánico.

La ocupación en el suelo entrerriano no se basó en la fundación de ciudades donde el conquistador debía cumplir las Disposiciones complementarias de las leyes de Indias, sino que fueron formando vecindarios que progresaron paulatinamente como resultado del crecimiento vegetativo de las poblaciones de estancias, chacras, y el aporte de pequeños grupos de inmigrantes. Su llegada generó un choque de culturas muy distintas que trajo como consecuencia la introducción de un patrón urbano que actuó como desarticulador de la organización espacial aborígen, la desaparición de comunidades y el mestizaje con los recién llegados.

**Palabras claves:** espacio geográfico-territorio-territorialidad-configuración territorial.

<sup>1</sup> Doctora en Geografía. Especialista en Problemáticas sociales de la Geografía. Profesora emérita de la Universidad Católica de Santa Fe. Catedrática de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Católica de Santa Fe. Ex docente de la Universidad Autónoma de Entre Ríos y del Instituto Superior N° 12. Miembro de Número del Centro de Estudios Hispanoamericanos. Mail: [blancagioria@ucsf.edu.ar](mailto:blancagioria@ucsf.edu.ar)

## Abstract

The actions that people perform in nature portray the metamorphosis of a place through construction and reconstruction over time. "Actions are time; time is translated into objects, and objects are forms with which geographical space is constructed" (Silveira, 2006, p. 65). The set of created objects originates the environment on which life and social interactions of that moment are based.

This paper describes and analyzes the occupation and transformation carried out by the different pre-Hispanic ethnic groups and tribes in the current territory of Entre Ríos. Local realities from the Spanish Conquest era can be recovered with the help of the stories told by colonial chroniclers and the readings of works rendered by specialists.

The traces of the original inhabitants of these lands were engraved in the land: deposits of objects that were manufactured, used and abandoned by these societies, shaping a rich pre-Hispanic cultural heritage.

The occupation of Entre Ríos was not based on the foundation of cities where the conqueror had to comply with the complementary provisions of the Laws of the Indies, in this case neighborhoods were formed which progressed gradually as a result of the vegetative growth of the populations of ranches, farms, and the contribution of small groups of immigrants. Their arrival generated a clash of very different cultures that resulted in the introduction of an urban pattern that disjointed the native spatial organization, the disappearance of communities and the miscegenation with the newcomers.

**Keywords:** geographical space-territory-territoriality-territorial configuration.

## 1. Introducción

Las tierras que darán origen a la provincia de Entre Ríos fueron descubiertas por los españoles cuando iniciaron la navegación por los dos grandes ríos que le hacen de límite y es causal de su nombre, **Entre Ríos**. Ellos son: por el oeste, el Paraná, (que en lengua guaraní significa “pariente del mar”) supuestamente en relación con su tamaño; y, por el este, el Uruguay, (que también proviene del guaraní y su significado es “el río de los pájaros”, si bien entre otras versiones, refiere a la palabra uruguá, que significaría “río de los caracoles”. Numerosa toponimia entrerriana vigente revela quienes descubrieron y nominaron ríos, árboles, animales. Entre los ríos: *Gualeguay, Villaguay, Ibicuy, Gualeguaychú*; entre los árboles: *aguariguay, curupí, guayacán, ubajay*; y entre las aves: *caburé, ñandú, biguá, chaja* (Bosch. 1978:12). Pero no solo nominaron los ríos, árboles y animales sino que conocieron y navegaron estos ríos, exploraron y ocuparon estas tierras desde hacía mucho tiempo.<sup>2</sup> Según Gianotti. (2018:3), en la margen uruguaya y brasileña del río Uruguay se han detectado sitios con antigüedades de once mil doscientos a diez mil años atrás que corresponderían a los primeros pobladores que habitaron la región.

Al ser pueblos nómades, eligieron lugares buenos para cazar, recolectar y pescar, por eso se asentaron cerca de las materias primas que le ofrecía el lugar como piedra, barro, fibras vegetales u otros materiales necesarios para construir sus vestimentas, refugios, utensilios y herramientas, dejando vestigios que se convirtieron en fuentes de investigación.

Un conjunto de condiciones favorables influyeron para que esos grupos humanos se asentaran en estas tierras, y les permitieran aumentar su población y desenvolverse sin inconvenientes. Entre esos factores se mencionan: el clima templado-pampeano,<sup>3</sup> en el centro-sur provincial y subtropical, al norte; suelos fértiles, abundancia de alimentos naturales: animales terrestres (carpinchos, nutrias, lobitos de río, cuises), aves, diversidad de peces, moluscos de agua dulce; variedad de árboles nativos (ceibo, espinillo, timbó, sauce criollo), materiales para construir sus chozas de paja y junco, frutas, semillas de los árboles, palmeras, además de miel producida por las avispa lechiguanas o camachuí. Estas antiguas comunidades compartían los ambientes ribereños, el uso de canoas hechas con troncos ahuecados, una economía de subsistencia basada en la caza y pesca, convirtiéndose el pescado en su principal alimento; en otros casos, como los guaraníes, practicaron una rudimentaria agricultura.

De acuerdo a las evidencias encontradas en los sitios arqueológicos sobre la ribera del río Paraná desde La Paz hasta Diamante, realizaban una elaborada alfarería, des-

2 Politis, G. et al. (2013) expresa que la presencia de población humana solo se constató fehacientemente mediante mediciones de carbono 14, y determinó unos dos mil años antes de la llegada de los españoles.

3 De acuerdo a la clasificación de Federico Daus.

tacándose cerámicas de elementos decorativos como figuras zoomorfas, cabezas de aves, entre otras. En cambio, en la zona ribereña del río Uruguay, los sitios arqueológicos muestran escasos materiales, principalmente líticos (piedra), tales como: puntas de proyectil, raspadores y cuchillos bifaciales de sílex,<sup>4</sup> cuarcita,<sup>5</sup> calcedonia,<sup>6</sup> basalto<sup>7</sup>, entre otras. Ello indica que los corredores fluviales, paranaense y uruguayense, jugaron un rol fundamental como hábitat y como espacio de comunicación, vital para los pueblos originarios, con intensa circulación y carácter esencialmente articulador, creando diversas formas de ordenamiento territorial.

En efecto, estos ríos estuvieron al margen en los primeros proyectos monárquicos por la aparente falta de riquezas, pero eso no quiere decir que sus primitivos habitantes no gozaran de fuerzas propias que consolidaron un modo de vida isleña y litoral, caracterizada por una fuerte adaptación al medio fluvial desarrollando su propia cultura, constituyendo una realidad autónoma hasta fines del siglo XV. Así lo atestiguan los más de 260 sitios arqueológicos detectados por Bonomo, M. (2012), expresados en la Figura 1. Ahí se observa claramente su distribución geográfica en el ámbito provincial, que hasta ahora aparecen concentrados casi exclusivamente en las márgenes e islas de los ríos Paraná y Uruguay y unos pocos en el río Gualeguay.

Esos yacimientos con objetos fabricados, usados y abandonados por estas sociedades, evidencian *un rico patrimonio cultural prehispánico* y sirven de documentación de la fauna y flora que aprovecharon los nativos para alimentarse. En cambio no se encontraron restos vegetales salvo canoas que las hacían ahuecando troncos de árboles, remos, arcos y flechas (Serrano, 1950: 7 a 11).

A partir del siglo XVI, con los viajes de los españoles, el Paraná se transformó en la ruta oriental hacia los Andes y, principalmente, en busca de sus riquezas metalíferas. Conquistadores europeos ingresaron en el estuario del Plata y remontaron principalmente el Paraná. Cuando las sociedades nativas los vieron no entendían lo qué sucedía, porque su arribo y su comportamiento no tenían lógica dentro de sus costumbres. Ese espacio de ellos se tornó dominado en su conjunto y empezó una nueva era.

## 2. Características físicas de la Provincia de Entre Ríos

Entre Ríos está limitada por el este, el curso medio e inferior del río Uruguay desde la desembocadura del río Mocoretá hasta la unión con el Paraná Guazú. Por el

4 Mineral de gran dureza utilizado en la antigüedad como herramienta cortante y para encender el fuego.

5 Roca metamórfica dura con alto contenido de cuarzo.

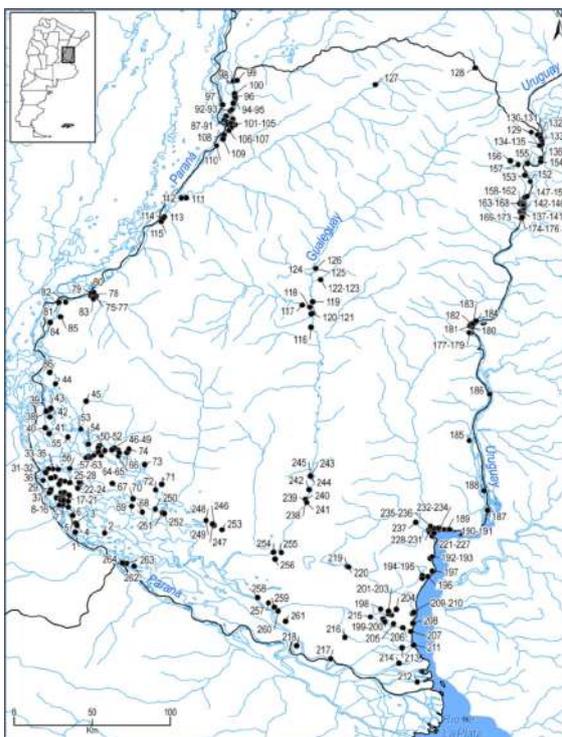
6 Mineral de sílice, tradicionalmente considerada como una variedad de cuarzo.

7 Roca ígnea de color oscuro, rica en silicatos de magnesio, hierro y sílice, que resulta de la solidificación del magma.

oeste, el curso medio e inferior del Paraná, desde la desembocadura del río Guayquiraró hasta unirse con el Uruguay, frente a la localidad de Carmelo (ROU) y, juntos, forman el río de la Plata.

La ribera entrerriana del Paraná presenta barrancas, con paredes que se elevan más de 70 m. sobre el nivel del río. En cambio, la ribera santafesina en su mayor parte es baja, formada por finos sedimentos que durante miles de años viene depositando el Paraná. Toda el área aluvial posee una compleja dinámica que altera su morfología. El río transporta en su caudal sedimentos (arenas, limos, arcillas), tanto por arrastre como suspendidos en el agua, transformando constantemente su propia morfología, generando bancos e islas surcadas por varios brazos principales y numerosísimos secundarios. En esos bancos de arena, el estiaje le da tiempo a las semillas de salicáceas (alisos, álamos, sauces) a germinar y a fijarlas, construyendo más tierra firme, desplazando el frente del delta hacia el sudeste. Recientes estudios demostraron que desde mediados del siglo XVIII este frente ha crecido 650 km<sup>2</sup> y, en la actualidad, avanza 60 m. por año. (Bonomo M. 2012: 12).

Figura 1. **Sitios arqueológicos detectados en la provincia de Entre Ríos.**



Fuente: Bonomo, M. Los indígenas de Entre Ríos. En: Historia de Entre Ríos, (2012) Tomo 1, Pág. 46.

La característica más sobresaliente de estas islas es que sus riberas son elevadas denominadas "albardones", y en el centro albergan lagunas superficiales y pantanos con plantas acuáticas rodeados por pajonales.

El Delta, es afectado por las crecientes de los ríos Paraná, Uruguay, Gualeguay, y por las mareas y sudestadas que actúan sobre el Río de la Plata.

La topografía del terreno provincial no permite la retención de las aguas, y casi todos los ríos y arroyos, son cuencas abiertas, drenando al Paraná y al Uruguay. Ello muestra un ambiente de ondulaciones suaves cuya altura oscila entre los 100 y 200 m. sobre el nivel del mar, formadas por la erosión pluvial y fluvial que aumenta su acción destructora por efecto de los desniveles, rebajando las partes más altas, depositándolo en los fondos chatos, y en cuyo eje, por lo general, se ha formado un cauce. Otra singularidad es que en el suroeste, las lomadas victorienses presentan unos cerros formados en su mayor parte por depósitos de conchillas.

En cambio, el río Uruguay corre sobre un lecho rocoso con saltos rápidos a modo de escalones y, deposita en sus márgenes, arenas de cuarzo y cantos rodados de rocas silíceas. Durante las bajantes, los saltos formados por mantos de basalto funcionaron como pasos entre ambas orillas. Esa diferencia de nivel impedía continuar la navegación hacia su nacimiento. En el tramo inferior los brazos de los ríos encierran islas que fueron habitadas en momentos prehispánicos.

### 3. Comienza una nueva era

Las vías fluviales facilitaron el acceso de las expediciones y la penetración del territorio.

Quienes se destacaron en los viajes de “descubrimiento” del río de la Plata, Paraná y Uruguay fueron: Juan Díaz de Solís, Hernando de Magallanes, Sebastián Gaboto (o Caboto), y Pedro de Mendoza.

**Juan Díaz de Solís** (1515) es considerado el descubridor oficial del Río de la Plata, al cual lo denominó “Mar Dulce”. **Hernando de Magallanes** (1520) navegante portugués llegó al Río de la Plata en una de las escalas de su viaje al servicio del Rey de España en la búsqueda de un mar que comunique los dos océanos. El italiano **Sebastián Gaboto** (1527), exploró el Río de la Plata, el río Uruguay y remontó el Paraná motivado por las leyendas recogidas en la costa brasileña, sobre las fabulosas riquezas del Imperio del Rey Blanco y de la Sierra de la Plata.<sup>8</sup> Pedro de Mendoza (1536) con el título de Primer Adelantado del Río de la Plata,<sup>9</sup> comandó la expedición más numerosa hasta entonces y la más dramática. En lugar de riquezas, los hombres de Mendoza conocieron la miseria y el hambre. Las pequeñas tribus que habitaban el territorio bonaerense les fueron muy hostiles.

8 Probablemente, la tierra a la que se referían era al famoso Cerro Rico de Potosí en Bolivia, dato exacerbado por la imaginación.

9 El título de Adelantado se le otorgaba al jefe de una expedición marítima a quien se le confería el gobierno de las tierras que descubriese.

En las llamadas crónicas de Indias, relataron lo que veían, el padecimiento, los largos años, dibujaron lo que les llamaba la atención, las exploraciones que realizaron y, en muchas ocasiones, solo describieron lo que consideraron una rareza o lo que les impresionaba. También pintaron actividades cotidianas, como la fabricación de vasijas de cerámica, o dibujaron en grabados la vestimenta de los habitantes del lugar. A la par, delinearon en papel los primeros mapas del nuevo territorio.

Las narraciones de las crónicas fueron muy consumidas por sus fabulosas aventuras, percepción que la propia trama de los relatos solía alimentar y por las expresiones de subjetividad ya sea por los sufrimientos que tuvieron que soportar o por el deslumbramiento ante lo “maravilloso”.

Así, el discurso imperial circuló de modo “inocente” bajo el ropaje de la narrativa de viaje, impartiendo a diestra y siniestra estereotipos, discursos sobre el “Otro” y tempranos diagnósticos etnológicos que fijaron una imagen del continente y de sus habitantes vigente durante siglos en diversos estadios de civilización indígena.

A pesar de ello, prevaleció la visión de que estas tierras era un gran espacio vacío, sin dueño, y de sumisión de estos pueblos, porque consideraron sólo aquellas partes de los relatos que más se adecuaron a la interpretación y mirada europea.

Frente a los esquematismos culturales que los exploradores y cronistas interpretaron y difundieron bajo criterios e ideologías europeizadas, se hace necesario hacer el esfuerzo en verlas desde otro punto de vista.

### **3.1. Las crónicas de reconocimiento de los valles fluviales Paraná y Uruguay**

Las crónicas coloniales son historias narradas en orden cronológico. Los cronistas no sólo transitaron una época, también la expresaron en sus obras, reflejando múltiples referencias del contexto geográfico y cultural que enmarcaron las aventuras del viajero y le dieron sentido.

Las primeras observaciones directas fueron las de Alonso de Santa Cruz y Luis Ramírez, tripulantes de la armada de Sebastián Gaboto, que transitaron estas tierras a lo largo de los años 1527-1529, describiendo el Paraná como una de las maravillas del mundo, elogiando sus aguas, pescados, islas, la tierra que baña, la extensión de fértiles y dilatadas llanuras, y el aire saludable que en ellas se respira. (Zapata Gollán. 1987, p. 226).

**Alonso de Santa Cruz**, navegante y cosmógrafo real, escribe el río Paraná en su libro “Yslario General de todas las islas del mundo”:

(...) es este río uno de los mayores y mejores del mundo, y según la información de los yndios viene de muy lexos aunque por lo que vimos lo podemos afirmar porque de boca tiene treynta leguas y se va disminuyendo hasta quatorze; (...) el rio principal que los yndios llaman Paraná, que quiere dezir más grande tiene las yslas mucho mayores porque las ay de a tres y quatro y seis y doze leguas de largo y dos y tres y más de ancho; (...) A la anchura del río de la Plata en su desembocadura, la calcula en treinta leguas y a la del río Paraná entre siete, cinco y tres leguas, mientras que la del Uruguay no pasa, según sus cálculos, de una o una y media (En Zapata Gollán, A. 1987: 241).

**Luis Ramírez:** después de la destrucción de Santi Espíritu, le escribe a sus parientes de España sobre las penurias pasadas en sus andanzas.

Destaca las tormentas que soportaron y da cuenta de lo penosa que se hacía la navegación por el Paraná aguas arriba con los vientos contrarios o con los días de calma, porque debían vencer la fuerte corriente del río que corría aguas abajo y aprovechar los vientos favorables del sur. Con ello demostraba que el régimen de los vientos fue el principal motivo de preocupación y recomendaba que para remontar el río, aprovechen los vientos de “mediado de marzo hasta mediado de mayo” y “puedan llegar allá hasta mediado de julio”.

En cuanto a las ocupaciones de los habitantes de la región, relata con gran asombro el procedimiento empleado por los indios que viven en las orillas del Paraná para procurarse el pescado, dice:

(...) ‘ques vna cosa no crehedera su arte ce pescar’, y que el pescado era su principal alimento “porque ay tanto en el rio”.

En las bajantes, los indios empleaban redes, pero en las épocas de crecientes, como las aguas se desbordan e inundan las islas, pescaban con flechas: (...) “quando el Rio está baxo, dice, con red más quanto está crecido que a cavsa de meter el pescado en los yerbazales no se pueden aprovechar de la Red, mátanlo a la flecha y esto en arta cantidad” (Zapata. 1987, p. 237).

**Diego García de Moguer** maestre de una de las carabelas de Solís, lo acompañó en su viaje de descubrimiento al río de la Plata. Cuando éste murió a mano de los nativos, tomó el mando de una de las carabelas y regresó a España. Pero volvió en 1527, navega las aguas del Paraná, donde, más al norte de la desembocadura del Carcarañá se encuentra con Gaboto. Recuerda algunas islas o lugares de la costa donde hallaron buen alimento, los aborígenes que habitaban esos lugares, y que las

tormentas que les ponían en el riesgo de naufragar.

En el encuentro con la expedición de Gaboto, estos barcos que estaban al mando de Antón de Grajeda, andaban “ciertas canoas de indios”, mientras tanto, Gaboto, los diezmaba despiadadamente aguas arriba del Paraná (...) avia muerto más de 400 indios e que iba con gran victoria por el río arriba haciendo guerra a los indios” (Zapata. 1987: 232)

Cuando publica su “Memoria de viaje” es un relato sumamente interesante por las observaciones geográficas y etnográficas: “en el Paraná, hay muchas islas y arboledas y muchas generaciones de indios dando sus nombre (charrúas, guaraníes, chanaes, querandíes, timbúes, mocoretaes, mepenes, agaces y chandules), agregando su ubicación, las relaciones que entre ellas mantienen y el alimento que consumen. (Zapata. 1987: 234)

**Ulrico Schmidt**, Entre 1534 – 1554, Ulrico Schmidt, escribiente, formó parte de la expedición del adelantado Pedro de Mendoza. Anduvo por esta región a lo largo de 20 años. Recorrió el Río Paraná y el norte de lo que hoy es Argentina y Paraguay. Su relato expresado en *Viaje de Ulrich Schmidel al Río de la Plata*, brinda testimonios de quienes habitaban estas tierras. Al recorrido lo presenta en un orden cronológico de los hechos informando el desarrollo del viaje. Asume el rol de observador atento y preciso, se ocupa de informar, describir y contar, sin escatimar detalles.

(...) hay gran número de yslas grandes y pequeñas, que se inundan fácilmente. Algunas tienen nombres de los maioralles e Yndios que siembran en ellas (...) algunas de ellas se habitan por causas de las sementeras de maíz, pero no producen yucas, ages ni batatas por ser de la tierra fría, (...) que en ellas tienen mucha pesquerías de muy grandes y diversos pescados en los meses de verano y los mejores que ay en el mundo (...) los cuales los Yndios los guardan para el invierno sin salar porque no alcanzan sal, sino con abrirlos por medio a la larga y poniéndolos al sol hasta que estén muy secos, y cuelganlos en sus casas después al humo, donde se tornan a curtir más y desta manera lo tienen de un año para el otro y lo mesmo hacen de la carne (...) Serrano (1950, pp. 15-17).

Como se puede apreciar, le llama la atención la presencia de horticultura y, la siembra y cosecha del maíz, como así también el proceso realizado para la conservación de pescados y carnes.

Cuando emprendieron el viaje en busca del Paraguay, escribe:

(..) Partimos con 400 hombres en ocho pequeños bergantines aguas arriba del Paraná, en busca de otra agua corriente llamada Paraguay, adonde viven los guaraníes que tienen maíz, y una raíz con el nombre de mandioca, y otras raíces como batatas dulce y colorada que se parece a la manzana y es del mismo sabor; sabe a castaña; se hace vino que beben los indios. Estos tienen pescado y carne, y unas ovejas muy grandes (guanacos); más tienen chanchos del monte, avestruces y otras salvajinas; más gallinas y gansos en gran abundancia (Capítulo XVI).

En el primer día de viaje manifiesta:

(...) a las 4 leguas de camino, llegamos a una nación con el nombre de corondas. Ellos se alimentan de carne y pescado, son fuertes de unos 12.000 hombres, todos aptos para la pelea. Esa nación se parece a la anterior (...) usan estrellitas en sus narices y son bien formados de cuerpo (...) Estos indios tienen gran copia de pieles de nutria; muchas canoas. Ellos compartieron con nosotros su pobreza, como ser, carne, pescado y pieles; (...) nosotros les dimos abalorios, rosarios, espejos, peines, cuchillos y anzuelos; 2 días permanecemos con ellos, y nos dieron 2 guaraní cautivos que eran de ellos: éstos deberían servirnos de baqueanos y ayudarnos con la lengua (...) (Capítulo XVI).

(...) De allí, seguimos nosotros hasta llegar a otra nación, que se llaman gulgais, que alcanzan a ser unos 40.000 hombres de pelea, se mantienen de pescado y carne, también tienen estrellitas en las narices; se hallan a unas 30 leguas de camino de los corondas; hablan una sola lengua con los timbú y carendes; viven en una laguna que mide de largo 6 leguas por cuatro de ancho del lado izquierdo del Paraná; 4 días nos quedamos con ellos; compartieron también con nosotros de su pobreza, como igualmente nosotros de la nuestra con ellos” (Capítulo XVII)<sup>10</sup>. Seguimos adelante sin encontrar más indios por 18 días; después dimos con un agua que corre tierra adentro, y allí encontramos mucha gente llamada Machkuerendes”<sup>11</sup>. Estos no tienen más comida que pescado y algo de carne; son fuertes como de unos 18.000 hombres de pelea, tienen muchas canoas. Ellos viven del otro lado del Paraná, esto es, a la derecha; hablan otra lengua, se ponen 2 estrellitas en las narices. (Capítulo XVII).

10 Según la nota del traductor, sospecha que tales gulgais (del alemán: laguneros) sean los Quilozas que encontraron cerca de la laguna y del primer asiento de Santa Fe.

11 N del T: Lo probable es que sean los Mocoretá, cuyo nombre aún se conserva en el río que sirve de límite y separa las provincias Entre Ríos y Corrientes.

Y, mientras seguían remontando el Paraná, continúa su relato:

(...) navegamos el Paraná arriba y después de 4 días de viaje llegamos a una nación que se llama Chaná-Salvajes, son gente petiza y gruesa, no tienen más de comer que pescado y miel y su carne es la de ciervos (venados), chanchos del monte, avestruces y conejos (cuises), que parecen ratones, pero sin la cola.

(...) Llegamos a una nación que se llaman Mepenes. Estos son fuertes como de 100.000 hombres, viven en todas partes de aquella tierra, que se extiende por unas 40 leguas a uno y otro viento, pero se los puede reunir a todos por tierra y agua en dos días; tienen más canoas que cualquier otra nación de las que hasta allí habíamos visto; en cada una de estas canoas cabían hasta 20 personas. Esta gente nos salió al encuentro por agua en son de guerra, con 500 canoas pero sin sacarnos mayor ventaja, les matamos a muchos con nuestros arcabuces, porque hasta entonces no habían visto arcabuces ni cristianos (...) (Capítulo XVIII).

En cuanto a la exploración del río Uruguay, fue descubierto y reconocido en su curso inferior, por José Rodríguez Serrano (1520), comandante de la nave "Santiago" de la expedición de Magallanes, que lo observó a lo largo de unos 15 días hasta la actual Fray Bentos (Madero E.1982:49). Lentamente fueron reconociendo otros tramos navegables del río Uruguay. Felipe Carreras en 1542 lo remonta hasta la zona de rápidos y desniveles rocosos de Salto Grande, impidiéndole continuar el viaje y le hizo volver al punto de partida.

A medida que los españoles avanzaron descubriendo los ríos, comprobaron la cantidad de aborígenes que poblaban las orillas, fundamentalmente del Paraná.

(...) Parecían amistosos. Asombrados ante la aparición de los barcos que, por sus dimensiones y arboladura, les era desconocido, llegaban hasta la orilla y hacían gestos que parecían de bienvenida, agitando plumas, hojas y objetos vistosos. (...) Poco a poco, fueron acercándose a la orilla. Los aborígenes, en respuesta, se aproximaban al borde del agua aparentemente alborozados, haciendo señas y dando grandes voces que los españoles interpretaban como signos de amistad.<sup>12</sup>

Ello muestra que, a la llegada de los españoles, los ambientes ribereños del Paraná se encontraban habitados y esos aborígenes registrados con los nombres de chanás,

12 Queralt del Hierro, P. Juan Díaz de Solís (1515-16). Sociedad Geográfica Española. Registrado el 10/05/24 de: <https://sge.org/exploraciones-y-expediciones/galeria-de-exploradores/el-descubrimiento-de-america/los-confines-australes/juan-diaz-de-solis/>

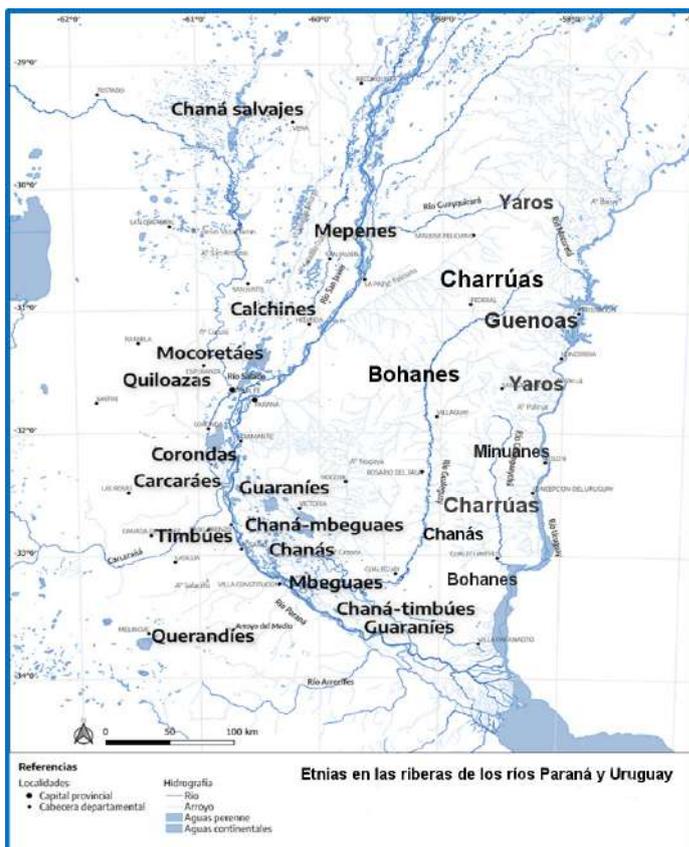
timbúes, coronadás, mocoretáes, quiloazas, colastinés, querandíes y por otras sociedades con características diferentes y grados diversos de cultura como los horticultores guaraníes o chandrís y otros antagónicos, habían creado sus territorios.

#### 4. Territorialidades de las poblaciones originarias

La dimensión espacial es relevante en todo proceso político ideológico; tal como lo señala Edward Soja: “no existe una realidad social no espacializada, no hay un proceso social no espacial, aun en la realidad de la abstracción pura, en la ideología, hay una dimensión espacial” (Soja, 1996, p. 16).

Estos relatos manifiestan claramente que con anterioridad a la ocupación española, las sociedades prehispánicas crearon diversas formas de organización espacial. Ellos practicaban una economía de subsistencia, aprovechaban del medio su recurso ictícola, la explotación de palmas, cazaban y la completaban con una agricultura incipiente como horticultura de maíz, zapallo y porotos.

Figura 2: Pueblos originarios de Entre Ríos



Fuente: Reelaboración propia sobre el mapa de ARECES N. et al. En: *Blancos e indios en el corredor fluvial paranaense. Poder y sociedad: Santa Fe la Vieja. 1573-1660.* 1999, p. 37 y En SERRANO A. *Los primitivos habitantes de Entre Ríos.* 1950, p. 136.

Para ellos el río Paraná y el Uruguay eran su hábitat donde habían desarrollado su **territorialidad**. Este concepto se asocia con la producción del territorio, pone el foco en el ejercicio del poder como forma de delimitar ese territorio. Es decir, fueron sujetos sociales en situaciones históricamente determinadas, que tomaron posesión de ese terruño adoptando una conducta para defenderlo frente a los agresores, aseguraron su reproducción y control de los recursos de esa porción de la superficie terrestre constituida en un área de intensa circulación con carácter articulador para los diferentes grupos que lo habitaban.

Ello revela que esos territorios fueron reconocidos, explorados y explotados por un gran número de personas, según contabilizaron los cronistas, muy superior a los españoles que remontaban el río. Las distintas etnias se identificaban con el ejercicio de su territorialidad. Realizaban acciones conscientes mediante las cuales localizaban y demarcaban un área, la controlaban y se apropiaban de algo que les ofrecía el lugar. En ese proceso reivindicaban y afirmaban su dominio, incluso puntualizaban características propias que hacen a las maneras de ser y estar en el territorio y que muchas veces fueron objeto de disputas u hostilidades intertribales. Sin embargo, la superioridad numérica y, en algunos casos, la mejor estructura organizativa de los pueblos originarios no fue suficiente para superar la tremenda dificultad que significó, que los españoles poseyeran y utilizaran armas de fuego.

A ese espacio ocupado y apropiado por los nativos desde tiempos remotos, penetra el europeo sin valorar su historicidad. Los mismos cronistas los llamaron “nación”, refiriéndose a comunidades territorializadas. Los nativos los vieron avanzar imponiéndole subordinación y dominación de carácter irreversible, pero ellos no estaban dispuestos a ceder su territorio.

A pesar de ello, con la conquista, una minoría externa introdujo otra lógica de organización espacial y la impuso con su superioridad militar, cambiando radicalmente su forma de construir el espacio. En ese proceso los europeos tomaron la iniciativa y desempeñaron un papel activo orientado a su favor. Sin embargo, las características ambientales y geográficas y la resistencia ejercida por los pueblos originarios hicieron de estas tierras un espacio de difícil colonización. Por consiguiente, era previsible que la intervención de los españoles motivara conflictos interétnicos que afectarían a lo largo de muchos años, la vida de los europeos y criollos en fuertes, estancias, reducciones.

Como se dijo, las tierras que hoy forman la provincia de Entre Ríos, comienzan a ocuparse en los terrenos altos de las riberas del Paraná y Uruguay. Se emplazaron habitualmente próximos a la intersección de dos o más cauces fluviales, optando por los albardones naturales, cordones de médanos o montículos, que solo eran afecta-

dos por las aguas de las grandes crecidas. Para contrarrestar las inundaciones levantaron el terreno. Es decir, ellos sobre elevaron los lugares residenciales mediante la construcción de montículos de tierra, conocidos localmente como “cerros o cerritos” (Bonomo, 2012, p. 28).

No se tienen registros directos de la cultura que construyó esos cerritos, se cree que desaparecieron mucho antes de la llegada de los primeros cronistas europeos.

Los cerritos eran construcciones en tierra hechas de forma artificial parecidas a cerros en miniatura, realizados con tierra muy oscura extraída de los alrededores, mezclada con otros materiales entre los que se incluyen desechos de la vida cotidiana; por ejemplo: restos orgánicos, instrumentos rotos, restos de la fabricación de objetos en piedra, tierra quemada, carbón, fragmentos de vasijas de cerámica y restos de lo que comían entre lo que se puede encontrar huesos de animales y semillas de los frutos, como también de cementerios. A lo largo de su vida útil, crecía de tamaño en distintas etapas y momentos. Algunos tienen forma circular y otros son ovalados o incluso alargados. Los montículos llegan a tener tres metros de altura y una superficie de varios centenares de metros cuadrados; constituyen una notable modificación del paisaje que se destaca en un terreno totalmente llano (Bonomo, 2013, p. 57). Se distribuyen en regiones con grandes superficies de bañados permanentes y planicies inundables, precisamente porque en esos sitios hay muchos animales, flora y agua, recursos naturales indispensables para la vida.

Las familias indígenas vivieron sobre muchos de estos cerritos, que los utilizaban como áreas domésticas. En algunos hay huellas de palos de madera que indican que hubo construcciones pequeñas encima. Probablemente, las casas se hacían con madera, paja, hojas de palmera o cueros. Cuando los cerritos están en zonas muy húmedas y cercanas a los bañados, colocaban la casa encima del montículo asegurando que no se inunde o permanezca húmeda si llovía. También se observó cerritos aislados y conjuntos de cerritos. Los primeros son los montículos de mayores dimensiones, con medias en torno a los 58.1 m de diámetro. Los conjuntos de cerritos son agrupaciones de ellos en una zona acotada. (Bonomo, 2011, p. 305). Todos ellos obran como patrimonio arqueológico y cultural de la provincia.

#### **4.1. La expansión europea y su misión de ocupar estas tierras**

La llegada de los europeos a estas tierras generó un choque de culturas muy distintas que trajo como consecuencia la introducción de un patrón urbano de asentamiento que actuó como desarticulador de la organización espacial indígena, la desaparición de grandes comunidades indígenas y el mestizaje con los recién llegados. Fue un proceso corto y traumático. Las enfermedades traídas por los europeos,

la cacería de esclavos y las guerras fueron, entre otras, las principales causas de su desaparición en el territorio.

Para actuar en el territorio implicaba definir límites o, lo que es lo mismo que establecer marcos de intervención.

Al fundarse Santa Fe en Cayastá el domingo 15 de noviembre de 1573, se labra el acta ante escribano y se reparten tierras e indios en encomienda. En el acta fundacional dice:<sup>13</sup> “Otro sí, “nombro y señalo por jurisdicción de esta ciudad:

- Por la parte del camino del Paraguay hasta el cabo de los anegadizos chicos”. Ubicándolo en el mapa, el límite corría por el río de Santa Lucía, aproximadamente por el paralelo 28° 30’.
- “Por el río abajo camino de Buenos Aires, veinte y cinco leguas más abajo de Sancti Spiritu”. Hacia el sur, estaría en las cercanías del Arroyo del Medio, actual límite provincial.
- “Hacia las partes de Tucumán, cincuenta leguas a la tierra adentro desde las barrancas de este río”, Serían unos 240 Km. hacia el oeste de la margen derecha del Paraná.
- “Y de la otra parte del Paraná otras cincuenta” Es decir, otros 240 Km. al este de la margen izquierda del Paraná, prácticamente el límite corría sobre el río Uruguay.

Como se puede observar en la Figura 3,

Garay trazó un gran y perfecto paralelogramo, una porción de la geografía delimitada por la pura geometría de paralelos y meridianos, ajena a accidentes topográficos o hidrográficos, salvo el curso del Paraná que es tomado como un eje que atraviesa de sur a norte y permite medir distancias al este y al oeste, hacia confines todavía no trajinados. (Calvo, 2003, p. 41).

Está claro que el territorio que luego será la provincia de Entre Ríos, quedó totalmente bajo la jurisdicción de la ciudad de Santa Fe. Garay sabía de la importancia de establecer los límites y la vinculación con el territorio entendido como jurisdicción y como terreno. Seguramente este fue su criterio cuando señaló en el acta fundacional los límites a la nueva ciudad de Santa Fe para ejercer el poder en dicha superficie terrestre.

La toma de posesión del territorio fue total y se le dio una fundamentación jurídica y teológica. Ante ello Romero expresa:

<sup>13</sup> Acta de Fundación de Santa Fe. Copia disponible en: <https://actascabildo.santafe.gob.ar/actascabildo/default/fundacion>



Como lo señala Serrano (1950), con los límites establecidos en el acta fundacional de Santa Fe, se inicia la ocupación de estas tierras, creando las primeras estancias de ganado, que en un principio sólo tenían una profundidad de tres leguas hacia el interior. El propio Juan de Garay se adjudica varias estancias, <sup>14</sup>tres de las cuales abarcaban desde la actual localidad de Hernandarias hasta el arroyo las Conchas. Cuando Hernando Arias de Saavedra apodado "Hernandarias" contrae matrimonio con la hija de Garay (1582) hereda estos campos trayendo de Asunción doscientos vacunos, y de Córdoba, otros cien, que deja reproducir libremente, ampliando sus estancias hasta Feliciano.

Al reparto de las tierras siguió el de los aborígenes que la habitaban y dado que el conocimiento del terreno se obtiene a medida que se marcha sobre él, Hernandarias emprende en 1607 su viaje al Uruguay, a explorar la región y expresa que es muy agradable y de buena tierra, con pocos aborígenes y que la hacienda vacuna se ha multiplicado por todo el suelo entrerriano. A diez leguas de su estancia, encuentra ganado de su primitivo plantel que para 1627 calculaba en más de 100.000 cabezas (Serrano. 1950:19). Ello originó una enorme riqueza muy atractiva para las incursiones de los aborígenes, motivo por el cual acarrió una serie de luchas en la primera mitad del S XVII, destacándose la realizada por el propio Hernandarias en 1632, cuando logra reducir a la tribu charrúa del cacique Yasú que la estableció en la Baxada.

Con él comienza el conocimiento del territorio y los nombres de los arroyos Feliciano, Alcaráz, Feliciano Tomas, Hernandarias y otros muchos en el noroeste de la provincia, recordando a los fundadores y poseedores de esos parajes.

Con la fundación de Yapeyú (1625) surge una ruta de comunicación que desde Paraná se dirige al Mocoretá, además de las comunicaciones de las Misiones jesuíticas (1626) con Buenos Aires, que muy lentamente extienden sus dominios hacia el sur, llegando a la costa entrerriana a mediados del S XVIII, poblando estancias, y levantando capillas hasta el arroyo Grande (Reula, 1963, p. 28).

Luego de segunda fundación de Buenos Aires, (1580) ésta actuó sobre los aborígenes del Delta y de ambas márgenes del Uruguay, pero muchos años después de la creación del Virreinato, realiza una acción pobladora en el sudeste de la provincia.

En síntesis, estas tres corrientes de conquista y colonización actúan de igual manera: se reparten las tierras, expulsan o exterminan al aborigen y pueblan estancias que constituyeron la célula originaria de la sociedad criolla y mestiza y de vida rural, llamada gaucha (Reula, 1963, p. 29).

---

14 Cada estancia estaba poblada con casas, corrales, gente, ganados y con indios de merced (Reula, 1963, pp. 36-37).

A mediados del S XVII se llega a conocer casi por completo el territorio entrerriano. La riqueza del ganado cimarrón fue disputada por charrúas, españoles, misioneros e intrusos, creando un ambiente hostil, agravado por los continuos asaltos a las caravanas comerciales y estancias que ralentizaron su ocupación.

El 10 de septiembre de 1814, el Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Gervasio Antonio de Posadas, estableció por decreto que *“el territorio de Entre Ríos, con todos sus pueblos, formara en adelante una provincia del Estado con la denominación de provincia de Entre Ríos”*.

## Conclusión

Las huellas de la ocupación, transformación y circulación en estas tierras antes de ser territorio de la provincia de Entre Ríos están presentes en los restos arqueológicos, donde vivieron, comieron, jugaron y murieron dejando vestigios que hoy se estudian y sirven para reconstruir el pasado. Pero, las muchas investigaciones realizadas muestran que hay escasa incidencia de procesos de transformación antrópica en tiempos prehispánico. Carecían de estructuras urbanas a diferencia de lo ocurrido en otras provincias. En este territorio la ocupación no se basó en la fundación de ciudades donde el conquistador debía cumplir las Disposiciones complementarias de las leyes de Indias, es decir, ocupar un sitio, derribar árboles, limpiar el terreno, trazar el plano ortogonal con forma de damero con los lugares públicos como: la plaza de dónde partirían las calles, la iglesia, la municipalidad, la cárcel, el mercado, el matadero, el hospital, además de nombrar el cuerpo de gobernantes y administradores según la categoría del núcleo urbano (ciudad, villa, pueblo), asignar a cada ciudadano un solar particular y colocar el rollo (símbolo de la Justicia y el poder Real).

En cambio, en Entre Ríos, los vecindarios fueron progresando paulatinamente como resultado del crecimiento vegetativo de las poblaciones de estancias, chacras, pagos, encomiendas establecidas y el aporte de pequeños grupos de inmigrantes.

Antes de la llegada de los españoles, las transformaciones más notables que encontraron fueron los montículos y ocupaciones sobre albardones naturales como los detectados en el Delta Superior, que aprovecharon las alturas preexistentes del terreno.

Actualmente, la recurrente localización de puestos y ranchadas sobre los sitios arqueológicos, señala que los montículos, han sido sobreelevados por los pobladores actuales y siguen siendo estratégicos para la ocupación humana en el ambiente fluvial. De este modo, el paisaje moderno no solo es el resultado de procesos naturales, sino también sociales e históricos, producto de un largo manejo y sucesión de

construcciones humanas que han quedado impresas sobre el territorio.

En cuanto a las llanuras interiores, en contraposición con las planicies aluviales de los ríos Paraná y Uruguay solo se han dado a conocer contados sitios ubicados en la vasta superficie cubierta por el monte espinoso de la región del Montiel y los pastizales de la pradera entrerriana. La escasez de sitios en las lomadas y valles interiores parece apuntar a una menor densidad poblacional en tiempos prehispánicos por ser pueblos nómades, muy móviles con una subsistencia basada en la recolección de semillas y raíces y en la caza de animales diversos. (Bonomo, 2012, p. 51).

## Bibliografía

### Libros de un autor:

- BENEDETTI, A. (2011). Territorio: concepto integrador de la geografía contemporánea. En *Territorio, lugar, paisaje: prácticas y conceptos básicos en geografía*. Coordinado por Patricia Souto [et al.] Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y letras. Universidad de Buenos Aires. 290 pp.
- BOSCH, B. (1978). *Historia de Entre Ríos*. Editorial Plus Ultra. Buenos Aires. 334 pp.
- EL JABER, Loreley, (2011). *Un país malsano: la conquista del espacio en las crónicas del Río de la Plata: siglos XVI y XVII*. - 1a ed. - Rosario: Beatriz Viterbo Editora; Universidad Nacional de Rosario, 368 pp.
- MADERO, E. (1982) *Historia del puerto de Buenos Aires*. Tomo I: Descubrimiento del Río de la Plata y de sus principales afluentes, y fundación de las más antiguas ciudades, en sus márgenes. Ed. Buenos Aires. 438 pp.
- REULA, F. (1969). *Historia de Entre Ríos. Política, étnica, económica, social, cultural y moral*. Volumen 2 - Editorial Castelví S.A. Santa Fe. 352 pp.
- ROMERO, J. L. (1986). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Siglo Veintiuno editores - 4ª edición, 1ª reimpresión argentina. 396 pp.
- SANTOS, M. (2000). *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona. Ariel. 348 pp.
- SERRANO, A. (1950) *Los primitivos habitantes de Entre Ríos, Paraná*, Ediciones de la Biblioteca Entrerriana "General Perón". Serie II.
- SOJA, E. (1989). Traducción en español. (2008). *Postmetrópolis*. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones. De la edición *Traficantes de Sueños*. 594 pp.

### Libros con dos autores o más:

- FELQUER, F y MOREIRA L. (1962). *Geografía de Entre Ríos*. Nueva impresora Brets y Viñas Paris. Paraná.

## Capítulos de libros:

- ARECES N. BERNARDI, C; TARRAGÓ G. (1999), Blancos e indios en el corredor fluvial paranaense. *Colección Universos Históricos, Manuel Suárez*. Editor Prohistoria, Rosario, ISBN 987-99035-5-2, pp. 13-38, 204 pp.
- BLANCO, J. 2007. Espacio y territorio: elementos teóricos conceptuales implicados en el análisis geográfico. En *Fernández Caso, M. y Gurevich, R. (comp.) Geografía. Nuevos temas, nuevas preguntas*. Editorial Biblos. Buenos Aires. 205 pp.
- BONOMO M, G. Politis y J. C. Castro. Los indígenas de Entre Ríos. En: *Historia de Entre Ríos*, Tomo 1. Pp 41 – 75.
- CALVO, L. M. (2011). “Antecedentes sobre la ordenación territorial en el Corredor de la Costa”. En Collado, A. (Comp.) *El Corredor de la Costa. Conformación del paisaje y reconocimiento de sus recursos culturales*. Ediciones UNL. Universidad Nacional del Litoral. Santa Fe. Pp 25 – 91. 236 pp.

## Documentos

- Acta de Fundación de Santa Fe*. Disponible en: <https://actascabildo.santafe.gov.ar/actascabildo/default/fundacion>
- Disposiciones complementarias de las Leyes de Indias*. (1930) Volumen 2. Madrid. Imprenta Sáez hermanos - 331 pp.
- Viaje de Ulrich Schmidel al Río de la Plata, (1534-1554) Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes disponible en: [https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/viaje-al-rio-de-la-plata-1534-1554/html/ff3a9778-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_85.html#l\\_53](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/viaje-al-rio-de-la-plata-1534-1554/html/ff3a9778-82b1-11df-acc7-002185ce6064_85.html#l_53)

## Artículos de revistas:

- BONOMO, M.; G. POLITIS, y C. GIANOTTI. (2011) Montículos, jerarquía social y horticultura en las Sociedades indígenas del delta del río Paraná (Argentina). *Latin American Antiquity*, [Vol. 22, No. 3, 2011, pp. 297–333] Copyright ©2011 by the Society for American Archaeology.
- GIANOTTI, C. (2018). “Cerritos de indios” Laboratorio de Arqueología del Paisaje y Patrimonio del Uruguay; Centro Universitario Regional del Este (Universidad de la República). Serie de divulgación sobre los cerritos de indios publicados en la *Revista La Mochila*. Fascículos 1, 2, 3, 4 y 5.
- POLITIS G; BONOMO M; DI PRADO V. (2013) “Ceramistas de la ribera. Los antiguos pobladores del delta del Paraná”. *Ciencia hoy 2013*. Vol. 23. N° 133. PP: 31 a 37. En PDF. Recuperado el 12/4/2024. Disponible en: [https://www.researchgate.net/publication/342338302\\_Ceramistas\\_de\\_la\\_ribera\\_Los\\_antiguos\\_pobladores\\_del\\_delta\\_del\\_Parana](https://www.researchgate.net/publication/342338302_Ceramistas_de_la_ribera_Los_antiguos_pobladores_del_delta_del_Parana).
- SILVEIRA, M. L. (2006). Espejismos y horizontes de la geografía contemporánea. En *Pá-*

*rrafos geográficos*, volumen 5. N° 1. Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, UNPSJB, Argentina.

ZAPATA GOLLÁN, A. (1987). El Paraná y los primeros cronistas. Biblioteca Virtual. Colección patrimonio histórico. *Revista Universidad*. Universidad 98-99-100 [1987] Formato en PDF. Disponible en: <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8443/handle/11185/5086> pp. 191 a 221.

Dossier

*Historia & Ficción*



## Un largo y complejo camino: entre la historia y la literatura

María Inés Laboranti

UNR-UADER

*Cita sugerida: Laboranti, María Inés. (2024) Un largo y complejo camino: entre la historia y la literatura;*

*Hablemos de Historia, Año 2, N° 3, Universidad Autónoma de Entre Ríos: Paraná.*

---

Las relaciones posibles entre la historia y la literatura se han problematizado al menos desde hace dos siglos. Nadie duda que ambas están vinculadas de manera estrecha, pero no siempre se acierta con el tenor de dicho vínculo o sus posibles lazos. Para muchos historiadores, abordar el objeto literario promueve fascinación, pero dificultades manifiestas en el momento de determinar de qué manera las producciones estéticas – y la literatura es apenas una de ellas- se insertan en los sistemas con los que la historiografía explica y comprende el pasado. La historiografía desde los textos de Marx, pero sobre todo desde los abordajes de Engels consideró a la literatura un objeto específico de interpretación determinado, es decir en un marco explicativo dependiente de las relaciones económicas de una sociedad: produjo entonces una sociología de la literatura. Sin embargo, esta hipótesis de tan largo aliento no ha sido suficiente para dar cuenta del valor y vínculo con los procesos históricos que se producen *dentro* de la novela, como género privilegiado de esa relación con lo literario.

A lo largo de todo el siglo XX, vemos en cambio que el concepto de *ficción* se expande en el campo de la teoría e involucra -y excede- el campo de los estudios literarios. Se inaugura así una renovación del interés por una zona ahora fronteriza entre las ciencias humanísticas y las ciencias sociales: el concepto de narración. La historia se presenta como una narración, con una función hegemónica del discurso historiográfico, aunque ya no se desconoce que se comparten matrices narrativas con otros saberes como la literatura (comparten el modelo narrativo y sus sistemas de implicancias), la antropología (el valor del sentido en el símbolo), la filosofía (interpretación y hermenéutica) y finalmente desde los años 60, los estudios semióticos de la imagen.

Desde mediados de los 80 y para ser precisos con la renovación de los campus universitarios que supone el regreso a la vida democrática en la Argentina, se renuevan distintos campos de la historiografía como la historia social. Así comienzan a difundirse en el país los giros tan controvertidos como fructíferos que la historiografía ha vivido en la segunda mitad del siglo XX: *el lingüístico, el semiótico, el discursivo, el deconstruccionista*, etc. La nueva historia social -que va sumando a los giros ya

mencionados en forma sostenida y creciente durante las últimas tres décadas-, los propios avatares del giro *afectivo o emocional*. La memoria personal que Jaime Peire ha escrito en este dossier, es un trayecto que da cuenta en clave individual de esos procesos de cambio que marcan a veces las modas pasajeras de las comunidades académicas, pero sin descuidar las construcciones imaginarias que esas mismas comunidades y fuera de ellas tienen en torno al oficio: ¿Qué significa enseñar historia?, ¿qué significa estudiar historia? ¿para qué sirve la historia?, etc... Incluso en este caso particular, se van trazando nuevos campos fronterizos con aquellos propios de la literatura, ya que es innegable que, en forma privilegiada, ésta siempre se ha ocupado de las emociones humanas.

Indudablemente la expansión del debate tanto nacional como internacional sobre la relación modernidad/posmodernidad durante la década del 90, introdujo otras perspectivas en el campo de las ciencias sociales: un cierto tono en torno al fin de las certezas, el agotamiento de los meta-relatos (como el marxismo), la inclusión de las minorías en el tratamiento histórico y a su vez, la inserción de éstas en la vida política, que se consolida en la promulgación de leyes como las del matrimonio igualitario, o las de percepción de género, por sólo citar dos casos de relevancia social. Si en la mitad del siglo XX, la historia había sido interpelada por la sociología, la antropología, o la crítica literaria; ahora era el momento en que la seducción proviene como Paul Ricoeur, explicitaba de un nuevo campo re-articulador de disciplinas: la narración. La operación histórica, parafraseando a Michael de Certeau, cada vez más sofisticada, está dando saltos cualitativos relevantes y problemáticos en torno a la definición misma del campo disciplinar y, sobre todo, relativos al concepto de narratividad.

Una frontera que a su vez modifica los límites precisos entre la historia y la literatura y que complejiza a ambas disciplinas. En palabras del historiador inglés John Brannigan, (Véase en este mismo dossier) hay un abordaje de la literatura en la historia- la función del objeto literario para el historiador, comprender su complejidad y su funcionalidad para el análisis histórico- que se tensa con el abordaje de la historia- o de la temporalidad- en la literatura, el que conlleva una reformulación de una cronología lineal y que pretende explicaciones totalizantes. Diferencias tensas y que manifiestan una accidentada relación transgresora como cautivante, cuyos efectos redundan en enriquecimientos recíprocos.

### **La historia en la literatura**

En el ámbito anglosajón norteamericano de la década del '80, se publican la compilación *Modern Intellectual History de Dominick LaCapra y Stephen Kaplan* (1982), también de LaCapra (1985), *History & Criticism*; a los que se suman, *Tropics of Dis-*

course y *The Content of the Form*, de Hayden White (1878 y 1987). Por su parte, la aparición de *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, de Robert Darnton (1984)<sup>1</sup>, generó una de las controversias teórico-metodológicas más enriquecedoras de los últimos tiempos, adentrándose en los intersticios de la historia cultural. En la perspectiva que brinda el paso de los años, esta combinación de relato histórico y “linguistic turn” presente en los dos primeros capítulos del ya clásico libro *La gran matanza de gatos...*, aparece como uno de los detonadores pioneros de la disolución del programa de la totalidad histórica. A partir de este hito -cuyo representante más conocido es el historiador americano, pero de ninguna manera el único ni el primero-, la historia ha prolongado los intercambios y préstamos con la antropología, la lingüística y la crítica literaria. Así es que, el “best-seller” de Darnton (1984), pero en particular los dos primeros capítulos,<sup>2</sup> convocó a historiadores y antropólogos, provenientes de distintas comunidades intelectuales, quienes discutieron en torno a la aplicación que el autor hace de la antropología simbólica y de la lingüística.

Roger Chartier (1995), le recriminó mantener la noción de símbolo entre márgenes demasiado estrechos, cristalizando el concepto en representaciones ajenas a lo que gente percibía en el siglo XVIII francés. James Fernández (1995), lo acusó de “esencialista”, basándose en el controvertido término “frenchness”. Giovanni Levi (1995), advirtió que Darnton (1984) cae en los peligros del geertzismo, excediéndose en el uso de una “hermenéutica” que no explica. Philip Benedict (1995) se muestra remiso a aceptar la crítica a una “historia cuantitativa”, para terminar en una “hermenéutica”. LaCapra (1995), le endilga una aplicación no adecuada de la “intertextualidad”, aduciendo que la concepción darntoniana no logra entablar un “diálogo” con la “extrañeza”.<sup>3</sup>

## Una poética de la historia

Sigamos con la perspectiva de otro controvertido historiador norteamericano: Hayden White (1992a; 1992b; 1995; 1996; 2011)<sup>4</sup> para quien los procedimientos de

1 Darnton, R. (1984). *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*. México: FCE. En el mismo año se editó en Inglaterra. En español, fue publicado por el Fondo de Cultura Económica (México, 1987) bajo el nombre *La gran matanza de gatos y otros episodios de la cultura francesa*.

2 “Los campesinos cuentan cuentos: el significado de Mamá Oca” y “La rebelión de los obreros: la gran matanza de gatos en la calle Saint-Séverin”.

3 Las intervenciones en el debate y “*History and Anthropology*” de 1986, que R. Darnton vuelve a editar en 1991 han sido traducidas en su totalidad en Hourcade, E.; Godoy, C. y Botalla, H., (1995). *Luz y Contraluz de una Historia Antropológica*. Buenos Aires: Ed. Biblos; R. Chartier, “Textos, símbolos y frenchness”; J. Fernández, “Los historiadores cuentan cuentos de gatos cartesianos y de riñas de gallos gálicas”; G. Levi, “Los peligros del geertzismo”; Ph. Benedict, “Robert Darnton y la masacre de los gatos: ¿historia interpretativa o historia cuantitativa?”; D. LaCapra, “Chartier, Darnton y la gran matanza del símbolo”; H. Mah, “La supresión del texto: metafísica de la historia etnográfica en La gran matanza de gatos de Darnton” completan la lista de respuestas a las que Darnton contesta tangencialmente en el artículo mencionado más arriba.

4 White, H. (1992b [1973]). *Metahistoria, La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México:

construcción, la trama de una historia se investiga como escritura. Antes que nada, White establece la relación entre historia y ficción considerando que el problema de objetividad y de la prueba no es lo que condiciona la norma esencial de toda clasificación de los modos del discurso. Para fundamentar una **poética** del discurso histórico sostiene que *ficción* e *historia* corresponden a una misma clase en lo que hace a la estructura narrativa.

En opinión de White, la historia es nada más y nada menos que un sedimento de lo que ya fue, un *carácter arquetípico* de lo social. En otros términos, esta línea de razonamiento de marcado rechazo por la historicidad de los productos estéticos, se puede emparentar con una vertiente sociológica alemana que concibe a la literatura como una función conservadora de lo social.<sup>5</sup> La literatura preservaría en su interior, los segmentos discursivos que caen de otros discursos, especialmente desde el discurso científico: en ello reside su verdadera naturaleza de artefacto trans-histórico. Filosofías de la historia y textos literarios deben ser analizados, en cambio, como *artefactos literarios*. Al parentesco entre *historia* y *literatura*, agrega el de *historia* y *ficción*, en la medida en que considera a la historia estrictamente como escritura. El historiador tradicional había considerado el trabajo de escritura como algo ajeno a sus configuraciones teóricas. Para White es al revés: la historiografía es antes que nada un acto de escritura que conforma un artefacto literario. En su libro más polémico, *Metahistoria*, señala que mientras se insista en la cientificidad de la historia se pierde de vista su carácter lingüístico-literario, en cambio, un enfoque tal puede dar cuenta de las narraciones históricas como ficciones verbales, en el contenido y en la forma, apelando a categorías reconocidas de la lingüística.

El desplazamiento de categorías canónicas de la crítica literaria como tragedia o comedia hacia la historiografía, trae aparejado el problema de lo *fictional* que se ocupa de lo *posible*, y el de la historia que se ocupa de lo *real*. White, siguiendo al crítico Northrop Frye (1991)<sup>6</sup> considera que la diferencia puede mantenerse porque el poeta se mueve a partir de una forma unificadora que reconoce como tal, mientras el historiador lo hace hacia ella en carácter preformadora de su relato.

La metahistoria debe resistir dos ideas: la de los historiadores que sostienen que la diferencia entre historia, narración y mito se mantiene en la medida que la primera no se acerque a la ficción. Y la de los críticos literarios que no cuestionan el corte

FCE; Ídem. (1992a). [1987] El contenido de la forma, narrativa, discurso y representación histórica. Buenos Aires: Paidós; Ídem (2011). *La ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría* 1957-2007. Buenos Aires: Eterna Cadencia editora; Ídem. (1995), "Respuesta a las cuatro preguntas del profesor Chartier" en *Historia y Grafía*, n° 4, pp. 317-329; Ídem (1996), "Prólogo a Ranciere" en *Historia y Grafía*, n° 6, pp. 183-198.

5 Lepenies, W. (1994). *Las tres culturas La sociología entre la literatura y la ciencia*. México: FCE. p.164

6 Frye, N. (1991). *Anatomía de la crítica*. Caracas: Monte Avila. Véase también: ídem (1992). *La escritura profana*. Caracas: Monte Ávila.

epistemológico entre imaginario y real. En *Metahistoria*, la *story* (historia como trama, como argumento) es vista como un modo organizador según motivos y temas que delimitan conjuntos menores, por lo cual la historia narrada ya hace posible un efecto explicativo. La crónica ya es una selección deliberada y sugiere una valoración en el tiempo y la selección de episodios. Es decir, que la historia no procede de la no-historia, no tiene sus antecedentes en el hecho en sí. Para ser más brutal, no procede de lo real, no hay tensión entre la historia y la no historia, en la medida en que toda historia, en calidad entidad original, es siempre un relato que se expande o corrige a partir de otros relatos precedentes. La naturaleza discursiva del relato histórico nos obliga a permanecer en el registro de lo ya contado o de la experiencia narrativa de una comunidad.

No prevalece el interrogante ¿qué es la historia?, sino que ahora es desplazado por la pregunta ¿qué es una historia? Una sucesión de acciones y experiencias hechas por personajes, reales o imaginarios, que engendran nueva experiencia. Comprender una historia es seguir esas acciones, los pensamientos y sentimientos de los personajes que se presentan en una dirección particular. Se produce una expectación que sólo en el final del relato adquirirá su total sentido, al mismo tiempo que los episodios anteriores cobran un nuevo significado a la luz de su punto de cierre, de su conclusión. Para comprender definitivamente una historia se requiere esa mirada retrospectiva –lo que Ricoeur llama competencia narrativa–, una competencia que se adquiere en la frecuentación con la literatura.

El arte de contar instala al relato en el tiempo, sea un historiador o un narrador quien realiza la operación. Así el arte de contar y su contraparte, el arte de seguir una historia, requieren la combinación de una dimensión episódica (en la sucesión, en el sintagma); y una *dimensión configuracional* (la función explicativa) en el final del relato, que es la que organiza toda la sucesión hacia atrás. La *intriga*, en el sentido aristotélico, proporciona su marca histórica a la noción de acontecimiento. Para que un acontecimiento sea histórico debe ser más que una ocurrencia singular, debe poder contribuir al desarrollo de una intriga. Ella instala en la memoria la secuencia al aceptar si una conclusión es posible y derivación de los episodios que conducen a ella. De tal modo la idea de repetición estaría en el centro mismo del concepto de historicidad.

La originalidad de Hayden White hace conjugar de manera combinatoria un análisis de la historia en términos de protocolos lingüísticos y apela a los cuatro tropos más importantes de la retórica: *metáfora*, *metonimia*, *sinécdoque* e *ironía*. En otras palabras, el historiador se enfrenta al campo histórico como el lingüista se enfrenta a una nueva lengua. Su primer problema será separar las unidades de análisis según sean léxicas, gramaticales o sintácticas. La metáfora es al discurso esencialmente

representativa; la metonimia, reduccionista; la sinécdoque, favorece todo elemento integrador al texto, mientras que la ironía, mecanismo negativo, es propio de historias de tono escéptico. Se fija una tipología básica a la que se agregan los niveles del argumento, de la *trama* y de la *implicación ideológica*. Asimismo, para explicar cómo se organiza una trama, White usa una tipología basada en cuatro paradigmas: *formista*, *mecanicista*, *organicista* y *contextualista*. El modo de implicación ideológica tiene su propia taxonomía: *anarquía*, *radicalismo*, *conservadurismo* y *liberalismo*. Este complejo sistema combinado se pone a prueba en el análisis de las principales obras de la historia de la filosofía de la historia en el siglo XIX: Marx, Michelet, Ranke, Tocqueville, Hegel y Croce. La construcción de la trama es el eje fundamental y el lector las distingue de las que le ofrece su cultura. Es una guía de formas que White retoma de cuatro tipos literarios: *romance o novela*, *tragedia*, *comedia* y *sátira*.

En definitiva, White niega la táctica habitual de los historiadores cuando establecen una oposición excluyente entre lo histórico y lo mítico como substrato de lo verdadero frente a lo inventado o ficcional. Cuando a la historia se la analiza desde su carácter artístico se debe invertir la pregunta tradicional: *no es pertinente interrogarse por la verdad histórica de los textos literarios, sino por el valor poético de la historiografía realista*.

## El problema del texto y el contexto para la historia

En 1980, otro norteamericano, Dominick LaCapra convocó a especialistas en historia intelectual a participar en el coloquio que tuvo lugar en Cornell University. El producto de este evento fue la edición de *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*, editado por LaCapra y Steven L. Kaplan (1982). En esta compilación intervinieron Roger Chartier, Martin Jay, Keith Michael Baker, David James Fisher, Hayden White, el mismo LaCapra y otros. En términos generales, el texto es considerado la síntesis fundacional del debate en torno al controvertido “giro lingüístico” que se desarrolló con cierta intensidad en la década del '80.<sup>7</sup>

Desde su lugar de historiador, Dominick LaCapra [véase en este mismo dossier] (1982) es un incansable estudioso de los problemas que ligan el campo de la historia con el de la literatura, de ahí su insistencia en que el historiador, aun respetando las reglas de su profesión, gire hacia la combinación historia-novela-poética, trazándose la meta de sustraer a la historia de los rígidos parámetros metodológicos y explicativos de cierto academicismo. La operación que LaCapra (1982) propone es el “método dialógico” planteándose un doble objetivo: romper la fascinación de un acercamiento tradicional al documento y enriquecer la relación del presente con el

<sup>7</sup> Desde entonces, Dominick LaCapra ha publicado *Rethinking Intellectual History: Texts. Contexts. Language* (1982). Mientras que *History & Criticism* es de 1985, en 1996 produce *Representing the Holocaust: History, Theory, Trauma*. [De este último hay versión en español, 2010].

pasado, apoyándose en la perspectiva de que el dialogismo genera una multiplicidad de sentidos polisémicos y de direcciones multilineales entre el texto y los contextos. Si bien reprocha a los métodos tradicionales -deudores del documento- de abrir preguntas convencionales, el profesionalismo del historiador indica guardar también una *actitud ética* para con el documento. Va de suyo, que el método dialógico tiene la virtud de ser inter e intra-crítico; en otros términos, LaCapra (1982) impulsa la búsqueda de lo “significativo” y le preocupa cómo pudo haberse perdido ese valor entre los abordajes tradicionales del documento.

Apelar al contexto no soluciona los interrogantes respecto a la lectura y a la interpretación; por otra parte, los textos complejos requieren una mayor cantidad de contextos, el historiador propone una variedad de intercambios entre el texto y el contexto en la perspectiva de “formas múltiples”:

1. Las relaciones entre las intenciones del autor y el texto.
2. Las relaciones entre la vida del autor y el texto.
3. La relación de la sociedad para con los textos.
4. La relación de la cultura con el texto.
5. La relación de un texto con el corpus de un escritor.
6. La relación entre los modos de discurso y los textos.<sup>8</sup>

Por ende, la pregunta central es cómo un texto se vincula con sus contextos putativos. En este sentido, es imprescindible que el texto “disuelva” sus códigos y contextos pertinentes, apartándose de la inclinación de los historiadores hacia cierta “sobre contextualización” que acentúa al predominio de los textos canónicos provocando el regreso a un “neo-positivismo”, terreno epistemológico en el que “la erudición reemplaza a la reflexión”. En palabras del propio LaCapra (1982), “textos que han sido utilizados como refugios deben quedar a la intemperie”. El problema que LaCapra (1982) enfrenta es cómo relacionar -en la teoría y en la práctica discursiva- el uso de los textos-documentos, en la reconstrucción de la “realidad” -o el contexto más amplio-. Realizar una lectura contrastada entre los documentos y la lectura crítica de los textos, de manera que ésta incida de manera operativa en la concepción de la “realidad” del pasado y la dinámica del presente, ya que la opción binaria “objetivismo”-“relativismo”, es considerada una falacia.

La solución que propone es el intercambio entre una historia intelectual, que desarrolle modos de interpretación crítica y una historia social, que elabore métodos para

<sup>8</sup> LaCapra, D. (1982). “*Rethinking Intellectual History and Reading Texts*”, en LaCapra, D. y Kaplan, S. (eds.). *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*. Ithaca: Cornell University Press.

investigar los “contextos de interpretación”. Por último, el historiador concibe a la literatura no como documento sino como trabajo de la crítica literaria, disciplina que estudia los textos como “usos variados del lenguaje”. Provocativo e incisivo, Dominick LaCapra bien puede ser caracterizado un exponente fuerte de la historiografía crítica y un amante de la imaginación en la historia.

Dominick LaCapra, deconstruccionista a ultranza en el campo de la historiografía del norte, vincula las temáticas contemporáneas de la crítica literaria con la condición de posibilidad para efectuar una historia intelectual. Encuentra para el historiador un fuerte impulso lingüístico, basado en una crítica del signo saussuriano; la diseminación del sujeto en los “juegos del lenguaje” y las determinaciones entre la naturaleza verbal del texto y los contextos o realidades no-verbales, A partir de las ideas directrices del crítico literario ruso Mijaíl Bajtín, LaCapra traspone al ámbito de las ciencias sociales, el ejercicio del método dialógico. Ello supone ejercer un vínculo histórico en la dimensión conjunta, la *intersubjetividad*, del sujeto y del otro. Un diálogo en torno al conjunto de los discursos con sus jerarquizaciones previas y a la circulación de los mismos, implica enfrentar el problema de la voz.<sup>9</sup>

Si la organización discursiva es múltiple, los lazos entre texto y contexto se verán recíprocamente alimentados. Los textos devendrán en esta línea no ya conjuntos estables, homogéneos para su interpretación -el sentido clásico, positivista, de documento-, sino espacio fragmentado, desgarrado por conflictos -“voces” internas.

En razón de este sesgo, LaCapra (1985) desplaza el “giro lingüístico” hacia la productividad misma del lenguaje. Llama así la atención sobre la complejidad de los textos, los procesos de transformaciones internas que sufren y que les permiten ir cobrando nuevos significados, lo que la lingüística pragmática denomina, su *fuerza performativa*, su capacidad de acción.

La inserción conflictiva del historiador, como sujeto no escindible de los procesos del pasado que contestan tendencias prominentes del presente, marca esta crítica al concepto de mentalidad.<sup>10</sup> Así es que establece el carácter conflictivo de las relaciones entre el concepto laxo de cultura, más o menos homogéneo que utilizan los historiadores y el movimiento de *transferecia* -en su uso psicoanalítico- en la que se inscriben. Semejante sujeción pone el acento en la dimensión propia del sujeto y del otro, “que está tanto dentro como fuera de nosotros”. Si aceptáramos que el Otro -con mayúscula-, es decir, en su dimensión simbólica, es, precisamente, lo que englobamos bajo el *rótulo cultura*.

9 Jacques Derrida desde el movimiento filosófico contemporáneo nos propone una crítica de la razón a partir de la articulación entre voz -*phoné*- y letra -*grama*.

10 LaCapra, D. (1985), “Is Everyone a Mentalité Case? Transference and the “Culture” Concept”, en *Idem, History & Criticism*. Ithaca: Cornell University Press.

Sintetizando, el “dialoguismo” como método es una propuesta que persigue romper con los opuestos. Presente-pasado, texto-contexto, son nociones que bien pueden ubicarse en distintos niveles para configurar un diálogo entre puntos que exalten la diferencia, la extrañeza. La cuestión está en sobreponer categorías. Entramarlas, con el propósito de sumergirse en el acontecimiento, extrayendo la mayor riqueza que éste esconde. Por ende, el “dialoguismo” de LaCapra, coloca el acento en lo lingüístico de los contextos. “No hay contexto significativo sin el lenguaje, o sea el texto que lo define y le da forma”.

Entonces, tanto White como LaCapra insisten en el valor de lo literario y de la imaginación como herramientas indispensables en la tarea de historiar. La literatura permite utilizar el lenguaje con imaginación, para “representar las ambiguas y sobrepuestas categorías de vida, pensamiento, palabra y experiencia... Los historiadores, no menos que los poetas, ganan un efecto explicativo mediante la construcción de significados, provistos por el arte literario de las culturas a las que pertenecen” (White, 1978: 56)

La alteridad, no es aquello inscripto en el pasado, también está sellado en nosotros:

“El problema de la comprensión en el inquirir, es a la vez, comprender y negociar grados varios de proximidad y distancia en la relación con el “otro”, que se encuentra tanto fuera como dentro de nosotros” [...] “Todo el complejo problema de la interacción de la proximidad y la distancia entre (y dentro) del pasado y el presente, se reduce a una idea básicamente simple de la diferencia en el pasado que es recuperada y familiarizada, en el aquí y ahora” (LaCapra, 1985: 89).

La teoría literaria y la literatura coadyuvan en expandir la búsqueda de la realidad histórica, en forma de pensamientos subyacentes. Estos, muchas veces, desafían las jerarquías, relaciones sociales y categorías intelectuales, controladas por la sociedad e historiografía modernas (Hunt, 1989). En otros términos, estamos ante la búsqueda de las voces perdidas. Sin embargo, es responsabilidad del historiador, evitar convertir el historiar en otro tipo de literatura creativa, sino que debe seguir desarrollando su perspectiva de la realidad, autorreflexión que no excluye la alternativa de una poética, como punto de partida en el estudio del fenómeno. “La historia misma puede ser entendida en términos de una interacción agonal entre fuerzas unificantes y descentrantes” (LaCapra, 1985). Finalmente, LaCapra interpela como material, al conjunto de las relaciones literarias tanto como a las “grandes novelas”, en las que reconoce un modo más profundo de ligazón con la época que retratan, fundamentalmente porque la forma literaria es un lenguaje libre, con una dinámica interna

exclusiva que desafía las categorías que reinan más allá de la cultura.

## Historia/Literatura: el campo de la Narratología

Narración y temporalidad también están ligadas como juegos del lenguaje. Si partimos de esta hipótesis no habría diferencias absolutas en cuanto a la pretensión de verdad entre *historia verdadera* y *relato de ficción*. La *función narrativa* sería lo que las reúne y relaciona, aunque de manera diferente ya se busque una dimensión de la existencia que interroga **al** tiempo, o que varíen las expectativas cuando se busca un orden del relato que se interroga **en** el tiempo. Los intereses del historiador y del crítico literario son divergentes, pero ambos defienden una hostilidad común hacia el tiempo, al que, simplificándolo, identifican con el instante matemático lineal, homogéneo y continuo; sin embargo, el relato más simple como los populares cuentos de hadas configura una temporalidad compleja.

El problema de la tensión objetividad-subjetividad, dicho de otro modo, la tensa relación que ronda en historiografía entre memoria e historia, verdad e ideología, relato y acontecimiento, ha cruzado el siglo sin resolverse y quizás nunca lo haga porque justamente en la “otredad”, en la “extrañeza”, en la “discontinuidad” reside la seducción de lo histórico que lo acerca al magnetismo de lo literario. De ahí que, a fines del siglo XX, Roger Chartier (1997) recomienda que hasta tanto se construya una “nueva teoría de la objetividad”, sería más prudente que el historiador retomara el camino del “archivo al texto, del texto a la escritura y de la escritura al conocimiento”<sup>11</sup> en un nuevo comienzo. Una intensa relación con el archivo, como lo manifiestan los trabajos de Paula Caldo y de Ariel Mamani, por caminos diversos. En el caso de Caldo a través del género epistolario del siglo XIX. En el caso de Mamani, entre las producciones historiográficas de un historiador canónico como Félix Luna y la literatura -una escritura menor, sin dudas en su amplio legado- que se incorporan a este dossier.

## Historia/Literatura/Memoria

Para terminar, H. White y D. LaCapra comparten impresiones con respecto a la actitud historiadora. Por una parte, coinciden en que el historiador se resiste a elegir entre el acontecimiento y la ficción. Habiéndose situado entre los límites del acontecimiento, considera superada la etapa narrativa. Siguiendo la opinión de ambos, al historiador también le cuesta admitir, que el acontecimiento adquiere condición de tal, en tanto parte de la trama de una narración, con toda la carga de temporalidad que implica bucear en la diferencia. Finalmente, el profesional de la historia se muestra cauteloso, frente a las innovaciones provenientes de otros campos del saber.

11 Chartier, R. (1997). *The Edge of the Cliff. History. Language and Practices*, Baltimore: John Hopkins University Press.

Se han hecho escuchar desde distintos sectores de la profesión voces críticas para con las concepciones y operaciones de una historiografía inclinada a la imaginación histórica. Algunos profesionales cuestionan a una hermenéutica exegética la posibilidad concreta de explicación de los fenómenos históricos. El cuestionamiento que queremos resaltar, es el peligro ideológico de la ligazón de ciertas tendencias históricas pseudo-literarias con el “revisionismo histórico” cuando se trata de cuestiones muy graves ligadas a los derechos humanos. Porque este revisionismo insiste en hacer aparecer las masacres *lesa humanidad* en calidad de construcciones retóricas. El riesgo de las derivaciones del “negativismo”<sup>12</sup> es que la memoria colectiva creyera que acontecimientos como las brutales dictaduras latinoamericanas o la *Shoah*, no tuvieron lugar en la realidad.<sup>13</sup>

### Una mirada desde la región

No es posible cerrar este breve pasaje sobre las principales articulaciones y casos que ofrecen las variadas relaciones entre la Historia y Literatura, sin intentar al menos bosquejar algunos trayectos locales. En Argentina las universidades públicas desde el retorno democrático, y la renovación de sus claustros por medio de concursos de antecedentes y oposición, promovieron acceso y una lectura profunda de la obra de Michael Foucault. Con auténtica pasión se leyó la *Historia de la sexualidad*, *Vigilar y castigar* hasta sus últimos libros en torno a la subjetividad. Pero no sólo la libertad y el acceso a los libros conformaron el *tempus* de la incipiente democracia en la universidad, eran memorables, las expectativas que despertaban las discusiones intelectuales en las aulas, las resistencias en los debates, el murmullo que daba forma a un interés sostenido mucho más allá de la clase. De ese mundo, persisten un conjunto de huellas todavía vigentes: la renovación de los programas de enseñanza tanto en el grado como en el posgrado, la actividad de traducción interna de las cátedras y seminarios que emprendieron esta tarea, trasladando al español, la mayoría de los textos que aquí se mencionan y comentan, mucho tiempo antes que circularan publicados por editoriales prestigiosas.

12 Denominación que Chartier le adjudica a este tipo particular de revisionism: Chartier, R. (1997), “Four Questions for Hayden White”, en ídem, *The Edge of the Cliff. History. Language and Practices*, Baltimore: John Hopkins University Press. Este capítulo está traducido en: Godoy, C. y Laboranti, M. I. (eds.). *Trama 7. Cuadernos de Historia y Crítica*. Facultad de Humanidades y Artes, UNR (de circulación interna). También esta problemática historiográfica-ideológica está detalladamente planteada en Vidal-Naquet, P. (1996). *Los judíos, la memoria y el presente*, México: FCE. Asimismo, consultar Lacapra, D (1996) *Representing the Holocaust: history. Theory. Trauma*. Ithaca: Cornell University Press.

13 Esta posición revisionista mezclada con premisas que apoyan la “ficcionalización” de la historia han sido sintetizadas por Vidal-Naquet: “(1) las cámaras de gas nunca existieron y los alemanes no perpetraron genocidio alguno; (2) la “solución final” se trató de la mera expulsión de los judíos hacia Europa Oriental; (3) el número total de judíos víctimas del nazismo es mucho menor de lo que se ha proclamado; (4) el genocidio es una invención de la propaganda aliada, principalmente judía, más particularmente propaganda sionista; (5) la Alemania de Hitler no acarreó la responsabilidad más grande por la Segunda Guerra Mundial; y (6) durante los '30 y los '40 la amenaza principal para con la humanidad fue el régimen soviético”.

Otro antecedente a consignar es el programa académico que en 1993 desarrollara el Dr. Nicolás Rosa en su cátedra del último nivel de enseñanza de la teoría y crítica literaria en el grado:<sup>14</sup> “La Literatura y la Historia”.<sup>15</sup> Un antecedente dentro de los esquemas de enseñanza universitaria que acogían no sólo el impacto de los nuevos objetos, sino también el ingreso de una renovación bibliográfica que lograba circular gracias a la ingente y solidaria tarea de los equipos de alumnos y docentes que en forma *ad honorem*, realizaban dicha tarea. Migrando criterios, desde 1997 hasta 2002, durante los cinco años en que se dictó de manera regular, el seminario Historia/ficción a cargo de la historiadora Cristina Godoy y quien escribe estas líneas, pretendió llenar una zona de vacancia y abrir un campo de lecturas y problemas a los estudiantes del grado en las carreras de Letras y de Historia. Dada las incipientes transformaciones en los planes de estudio, este seminario fue rotando desde distintas instancias que le permitieron su funcionamiento institucional. En un primer momento se articuló como una oferta dentro del Seminario General, para luego adquirir un espacio inédito: constituirse como un seminario interdisciplinario. Funcionamiento que mantuvo hasta el deceso de la profesora Godoy<sup>16</sup>.

Uno de los efectos más sensibles que la experiencia de dicho seminario cosechó fue la posibilidad de editar una publicación interna regular: *Trama. Cuadernos de historia y crítica*. Con una frecuencia anual de dos traducciones los historiadores norteamericanos Robert Darnton, Dominick LaCapra, Hayden White, el francés Roger Chartier, y los ingleses John Brannigan, Peter Burke y Gertrude Himmelfarb

14 Cf. Análisis y Crítica II, Profesorado y Licenciatura en Letras, Escuela de Letras, Facultad Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

15 Cf. la unidad de contenido n°1: “Relaciones entre el objeto literario y el proceso histórico: el objeto literario como objeto de cultura y como objeto artístico. Relaciones antagónicas entre la constitución del sujeto de la historia y el sujeto de la escritura. ¿Dos historias?: historia del objeto literario e historia del objeto escritura. La historia de la literatura como discurso histórico y la función conservatoria dentro del “museo” social. Campo problemático: ¿si la historia es un discurso que se refiere al acontecimiento, cuáles son las leyes del acontecimiento y las leyes del discurso? Complementariedad y disyunción. ¿Cómo sería la historia de los textos literarios comparada con la historia de la literatura?”.

16 Simplemente a modo de retrospectiva, pero también para iluminar acerca de las inquietudes que nos atravesaban en aquellos años, se reproducen los títulos del mismo a fin de percibir los objetos de investigación que nos inquietaban:

1997- Reconfiguraciones y Controversias en la Historia cultural fin de siglo: los giros interpretativos y lingüístico.

1998- Historia y Ficción: entrecruzamientos narrativos en la historiografía de la postmodernidad. Robert Darnton, Roger Chartier, Dominick LaCapra.

1999- La historia en sus textualidades. Disposiciones metafóricas de la temporalidad y el espacio en la historia: imagen, literatura y textura urbana.

2000- Historia / Ficción. Diálogo entre una Historia de la Literatura y una “Historia Alternativa” (principios y fines del siglo XX): Mijail Bajtin y Hayden White.

2001- Historia / Ficción. Diálogo entre una Historia de la Literatura y una “Historia Alternativa” (principios y fines del siglo XX): Mijail Bajtin y Hayden White.

2002- Historia / Ficción. Paradigmas conflictos en la escritura de la Historia: Mijail Bajtin, Roland Barthes y Hayden White.

circularon entre los alumnos de aquellos años. Una enorme cantidad de textos quedaron inéditos en ese lustro en que la amistad consolidó la admiración intelectual por Gigi Godoy. Amistad que se fue profundizando durante esa práctica colaborativa que dejó su efecto en un libro póstumo: *Historia & Ficción*.

## Bibliografía

- Benedict, P. (1995), "Robert Darnton y la masacre de los gatos: ¿historia interpretativa o historia cuantitativa?", en *Hourcade*, E.; Godoy, C. y Botalla, H.. *Luz y Contraluz de una Historia Antropológica*. Buenos Aires: Ed. Biblos.
- Chartier, R. (1995), "Textos, símbolos y frenchness" en *Hourcade*, E.; Godoy, C. y Botalla, H. *Luz y Contraluz de una Historia Antropológica*. Buenos Aires: Ed. Biblos.
- Chartier, R. (1997). *The Edge of the Cliff. History. Language and Practices*, Baltimore: The John Hopkins University Press
- Darnton, R. (1984). *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*. México: FCE.
- Fernández, J. (1995), "Los historiadores cuentan cuentos de gatos cartesianos y de riñas de gallos gálicas", en *Hourcade*, E.; Godoy, C. y Botalla, H. *Luz y Contraluz de una Historia Antropológica*, Buenos Aires: Ed. Biblos.
- Frye, N. (1991). *Anatomía de la crítica*, Caracas: Monte Ávila.
- Hunt, L. (ed.) (1989). *The New Cultural History*. Los Ángeles: University of California Press.
- La Capra, D. (1985). *History & Criticism*. Ithaca: Cornell University Press.
- LaCapra D. y Kaplan, S. (1982). *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*. Cornell University Press.
- LaCapra, D. (1995), "Chartier, Darnton y la gran matanza del símbolo", en *Hourcade*, E.; Godoy, C. y Botalla, H. *Luz y Contraluz de una Historia Antropológica*, Buenos Aires: Ed. Biblos.
- LaCapra, D. (1996). *Representing the Holocaust: History, Theory, Trauma*. Ithaca: Cornell University Press.
- Levi, G. (1995), "Los peligros del geertzismo", en *Hourcade*, E.; Godoy, C. y Botalla, H. *Luz y Contraluz de una Historia Antropológica*, Buenos Aires: Ed. Biblos.
- White, H. (1978). *Tropics of Discourse*. Johns Hopkins University Press.
- White, H. (1992a [1987]). *El contenido de la forma, narrativa, discurso y representación histórica*. Buenos Aires: Paidós.
- White, H. (1992b [1973]). *Metahistoria, La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: FCE.

White, H. (1995), “Respuesta a las cuatro preguntas del profesor Chartier”, en *Historia y Grafía*, n° 4, pp. 317-329;

White, H. (1996), “Prólogo a Ranciere”, en *Historia y Grafía*, n° 6, pp. 183-198.

White, H. (2011). *La ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría 1957-2007*. Buenos Aires: Eterna Cadencia editora.

## El dulce encanto de la montonera. Historia y ficción en la primera etapa de la Obra de Félix Luna

### The sweet charm of the montonera. History and fiction in the early work of Félix Luna

Ariel Mamani

(CEHISO/ISHIR-UNR – UADER)

*Cita sugerida: Mamani, Ariel. (2024) El dulce encanto de la montonera. Historia y ficción en la primera etapa de la Obra de Félix Luna; Hablemos de Historia, Año 2, N° 3, Universidad Autónoma de Entre Ríos: Paraná.*

---

#### Resumen:

A partir del análisis de la trayectoria del historiador argentino Félix Luna se intentará señalar la intersección entre la historia y la literatura. Desde fines de la década de 1950 hasta entrada la década de 1960, Luna alternó entre la historiografía profesional y la literatura histórica, creando obras que, aunque pueden clasificarse como ficción, están fundamentadas en contenidos históricos. El presente análisis se centra en las obras tempranas de Luna, las cuales a pesar de su carácter ficcional, se nutren de una investigación historiográfica previa. Este hecho contrastaba con la práctica común de los literatos, quienes solían partir de un hecho histórico para construir su narrativa de ficción. En el caso de Luna, la investigación y el relato historiográfico son la base sobre la cual se edifica la ficción, lo que permite una adaptación del contenido histórico a las necesidades narrativas de la literatura. El presente artículo pretende profundizar en la relación entre la literatura y la historia, enfatizando cómo la ficción puede surgir de un relato historiográfico, ofreciendo una circulación alternativa del mensaje histórico. La obra de Félix Luna se convierte así en un ejemplo significativo de cómo la narrativa histórica puede ser transformada y reinterpretada a través de la ficción, enriqueciendo tanto la comprensión de la historia como la experiencia literaria.

**Palabras claves:** Félix Luna-cuentos-ficción-narrativa historiográfica.

#### Abstract

Based on the analysis of the career of the Argentine historian Félix Luna, an attempt will be made to point out the intersection between history and literature. From the late 1950s to the early 1960s, Luna alternated between professional historiography and historical literature, creating works that, although they can be clas-

sified as fiction, are grounded in historical content. This analysis focuses on Luna's early works, which, despite their fictional nature, are nourished by previous historiographical research. This fact contrasted with the common practice of literati, who used to start from a historical fact to build their fictional narrative. In the case of Luna, research and historiographical narrative are the basis on which fiction is built, which allows an adaptation of the historical content to the narrative needs of literature. This article aims to delve into the relationship between literature and History emphasizing how fiction can emerge from a historiographical account, offering an alternative circulation of the historical message. Félix Luna's work thus becomes a significant example of how historical narrative can be transformed and reinterpreted through fiction, enriching both the understanding of history and the literary experience.

**Keywords:** Félix Luna-stories-fiction-historiographical narrative.

## Literatura e historia: ¿literatura o historia?

Desde inicios de la década de 1970 irrumpió con fuerza en el ámbito académico un debate sobre los límites entre la historia y la literatura. Ello venía de la mano de una serie de discusiones a partir de lo que se denominó como “giro lingüístico” o *linguistic turn*. A partir de ello fueron consolidándose posturas que impulsaban la idea donde el lenguaje es el agente constituyente de la producción social de significados. Para la historiografía, estas propuestas provocaron cierta incertidumbre que trajo aparejada una revisión de los principales postulados epistemológicos de la disciplina.

Una de las figuras principales en este proceso de revisión epistémico fue Hayden White, quién a partir de *Metahistoria* (White, 1973) logró establecer la conexión entre la narrativa y la historiografía, señalando los aspectos literarios que caracterizan el relato histórico. El interés del filósofo e historiador estadounidense se centró en la escasa atención prestada del discurso historiográfico desde una perspectiva lingüística. Para White, el núcleo de las investigaciones historiográficas convencionales había centrado su atención en los aspectos científicos, dejando de lado las estructuras literarias que sustentaban la narración histórica (White, 1973).

A pesar del fuerte impacto de la obra de White, hay que destacar que diversos intelectuales ya estaban reflexionando desde hacía tiempo sobre idéntico tema, aunque no siempre en los mismos sentidos. Trabajos como los de Paul Ricœur (1983, 1985) o Michel de Certeau (1975) también habían destacado la relevancia de examinar los elementos literarios presentes en el discurso histórico. A pesar de sostener enfoques divergentes en algunos puntos, las coincidencias giraron en torno a la idea general de que la historia presentaba significativas similitudes con los procedimientos de la narrativa literaria. Se afirmaba que no es posible abordar la historia sin recurrir a la narración, lo que implicaba la utilización de recursos retóricos que también son posibles de hallar en novelas, cuentos y poemas.

Con el correr de los años el tema se fue convirtiendo en un tópico muy presente en los debates historiográficos, y por supuesto, no exentos de polémica. Por ejemplo, Carlo Ginzburg (2010) rechazó las ideas antes mencionadas, en especial los postulados de Hayden White, a quien acusaba de posturas subjetivistas de la historia, y por ende propias del relativismo. También Roger Chartier (1998) polemizó, sosteniendo que en la postura de White subsiste una idea de historia que renuncia a toda pretensión de verdad ya que cancelaría la diferencia entre historiografía y literatura.

Sin embargo, antes de que se mostrara esta explícita relación y sus consecuencias, había existido un estrecho vínculo entre práctica literaria e historia. En especial en el siglo XIX, muchos escritores habían abrevado en procesos o acontecimientos históricos como base argumental para sus obras. En realidad, muchos historiadores

eran en sí mismo literatos, siendo la historia una posibilidad más dentro del espectro narrativo. Ya entrado el siglo XX, la profesionalización de la disciplina histórica fue estableciendo límites precisos entre ambas esferas, pero sin romper del todo el vínculo (Novick, 1997).

Para Novick (1997), el proceso que llevaría a la consolidación de la historiografía científica frente a otros formatos requirió de dos operaciones congruentes: por un lado, abolir la interpretación para dar paso al imperio del relato de hechos documentables, y por el otro, separar definitivamente a la historia de la literatura. No obstante, este último elemento presenta una paradoja ya que, mientras la historia buscaba diferenciarse de la literatura, ésta ofrecía un modelo narrativo adaptable para el relato histórico científico a través de la figura de narrador omnisciente.

Se trabajará aquí un caso particular, el del historiador argentino Félix Luna, figura de gran popularidad y extensa trayectoria que lejos de aquellas polémicas, transitó la segunda mitad del siglo XX actuando alternativamente como historiador profesional sin dejar de participar en la esfera de la literatura histórica en sus diferentes formas. Nos ocuparemos de algunas obras tempranas de Luna que pueden ser catalogadas como literatura de ficción, pero escritas a partir de contenidos históricos, y se las relacionará con algunas producciones del propio autor que encierran un carácter puramente historiográfico.

El objetivo es el análisis de la relación entre literatura/ficción y la historia, pero teniendo en cuenta que se intentará un ejercicio donde se escrutará la relación entre relato histórico que resulta ficcionalizado por un historiador. Generalmente el literato imagina su argumento a partir de un hecho histórico, para luego, según el caso y si así lo desea, investigar y tratar de otorgar verosimilitud histórica a los productos de su imaginación. En el caso que trabajaremos aquí, Félix Luna parece recorrer el camino a la inversa, la investigación y relato historiográfico son precedentes al formato de ficción, que se ajustará convenientemente según las necesidades de la narración en busca de una circulación alternativa del mensaje.

### **Alunizaje en la historia**

Félix Luna abordó un abanico muy amplio de actividades artísticas e intelectuales. Historiador, abogado, folklorista, comunicador, periodista, político, su figura logra condensar varios de los puntos más característicos de la escena política, cultural e historiográfica argentina de la segunda mitad del siglo XX. Al interior de ese abanico tan grande de tareas artísticas, culturales e intelectuales, una de las actividades más importantes en la trayectoria de Félix Luna tiene que ver con la participación en diversas formas de divulgación histórica.

Si bien Luna publicó una gran cantidad de trabajos específicamente históricos, también se vinculó a la producción literaria. Sin embargo, esos escritos tenían un carácter no sólo literario, sino que también histórico ya que sus argumentos y personajes remitían a procesos del pasado argentino. Pueden mencionarse entre estos trabajos a *La última montonera*, una serie de cuentos ambientados en años del gobierno mitrista; *Soy Roca*, una biografía novelada en primera persona de quien fuera dos veces presidente; o la serie de novelas *Martín Aldama* (Luna, 1955; Luna, 1989; Luna, 2001; Luna, 2003). Asimismo, Félix Luna se vinculó estrechamente con otras esferas del ámbito cultural y artístico, participando en la escritura de guiones y argumentos para el cine, o llevando adelante diversos envíos radiales y televisivos sobre temas históricos.

Félix Luna, en términos historiográficos, tuvo una formación básicamente autodidacta. Este es un rasgo compartido con otros historiadores cuya formación no se había dado dentro de trayectos disciplinares específicos. Ello no resulta sorprendente, ya que es un rasgo característico de una época cuando la disciplina histórica aún no había alcanzado un nivel de profesionalización e institucionalización como lo haría más adelante. Como recuerda el propio Luna en sus memorias:

La historia, pues, lo mismo que las letras, eran mi secreta vocación. Pero ¿a quién se le podía ocurrir a principios de la década del 40 tomar la historia como profesión? Cuando hube de elegir carrera, me anoté en Derecho [...]. (Luna, 2004, p. 48)

Sin embargo, ya durante sus estudios de Derecho en la universidad, Luna se involucró en la investigación histórica. Su principal interés era el pasado de La Rioja, la provincia de origen de su familia. Como resultante de esa inclinación, Luna publicó algunos artículos en la *Revista de la Junta de Historia y Letras* de la Rioja donde se acercaba al tema del caudillismo, tópico que retomará varias veces en su carrera y desde diferentes formatos (Luna, 2004).

Si bien finalizó sus estudios universitarios, la trayectoria de Félix Luna en el mundo del Derecho duró solo algunos años, alternando sus trabajos de investigación y divulgación histórica con la función pública. Mientras surcaba ese itinerario laboral Luna escribió dos biografías históricas, *Yrigoyen* (1954) y *Alvear* (1958), libros de historia pero con una fuerte impronta de militancia política (Luna, 2004).

Así fue que, luego de aquellas dos producciones biográficas tempranas, Luna publicó *Los Caudillos* (1966), obra que fue considerada por el propio autor como su primera investigación seria y sofisticada en términos estrictamente historiográficos. En *Los Caudillos* “[...] la reconstrucción –comentaba Luna– de sus respectivas trayec-

torias me obligó a investigar en archivos, buscar fuentes editas olvidadas y elaborar mi propia metodología y mis propios criterios” (Luna, 2004, p. 54). La obra suscitó debates y polémicas en el seno del espectro político e historiográfico, siendo Félix Luna atacado por supuestas posturas revisionistas (Mamani, 2015).

Como podemos observar, el interés de Luna por el tema de los caudillos provinciales del siglo XIX fue constante, al menos en la primera parte de su carrera como historiador. Su mirada sobre el tema es ambigua. Por un lado, adhiere en parte a la tradición historiográfica tradicional ligada al liberalismo, que había estigmatizado al caudillismo, presentándolo como el elemento que había demorado el proceso de consolidación nacional. Por el otro, deja traslucir una especie de secreta admiración por los caudillos y sus montoneras derrotadas.

Esta preocupación por el tema del caudillismo del siglo XIX se había convertido en un tema de intensa controversia y discusión en la década de 1960, tanto en el ámbito histórico como en el político. No intentaremos un estado del arte ni un acercamiento exhaustivo acerca del caudillismo. Las líneas que siguen tienen como objetivo esbozar un panorama que nos permita ubicar y comprender las posiciones de Luna al respecto.

### **Perspectivas historiográficas sobre el caudillismo**

La imagen de los caudillos fue objeto de notable estigmatización por parte de una porción significativa de la historiografía tradicional. Los caudillos provinciales fueron retratados como la representación de la barbarie, individuos que manipulaban a las multitudes y poseían una mentalidad de carácter pre-político. Como señala Raúl Fradkin, para una parte importante de la historiografía tradicional, los movimientos montoneros “[...] no tenían objetivos políticos, eran simples correrías delictivas, verdaderas orgías de saqueo y destrucción” (Fradkin, 2001, p. 6). Esta imagen es deudora del enfoque sarmientino que consideraba al caudillismo como una variante del despotismo asumida en América Latina luego de las independencias (Sarmiento, 2018).

No obstante, este tipo de esta valoración negativa preponderante en el siglo XIX se había visto matizada por algunos trabajos de historiadores como Adolfo Saldías, Juan Álvarez y David Peña (Saldías, 1958 [1883]; Álvarez, 1983 [1914]; Peña, 1986 [1906]). Estos escritos lograron revertir en parte la imagen que un sector importante del campo historiográfico imponía como válida. A pesar de este esfuerzo, caudillos y montoneras se siguieron observando como un fenómeno de características instintivas y salvajes, al menos en las primeras décadas del siglo XX.

Esta perspectiva era compartida, inclusive, por la historiografía de izquierda. Por

ejemplo, es posible observar como desde las filas del Partido Comunista argentino se rescataba al proceso revolucionario de Mayo en una interpretación histórica que confluía con la tradición historiografía “oficial”. A partir de ello se reivindicaba un determinado panteón común de figuras como Mariano Moreno, Bernardino Rivadavia, Esteban Echeverría y Juan Bautista Alberdi (Cattaruzza, 2017). Poco espacio había entre los historiadores comunistas para los caudillos del siglo XIX, a pesar de su origen o de sus vínculos con las movilizaciones populares.

Sin embargo, desde la década de 1930 los caudillos comenzaron a ser valorados por grupos revisionistas o filo-revisionistas, quienes experimentarían un aumento significativo en su influencia en los años posteriores a la caída del gobierno peronista (Goebel, 2004). Este acercamiento del revisionismo al tema buscó recuperar al caudillismo del siglo XIX como opción al panteón histórico encumbrado por la historiografía oficial.

### La última montonera

La relación de Félix Luna con la literatura y la producción historiográfica tiene un punto interesante en una de sus publicaciones tempranas, *La última montonera*, texto publicado en 1955 (Luna, 1992 [1955]). No trata de una obra de carácter historiográfico sino de una obra estrictamente literaria, un conjunto de cuentos cuya acción se encuentra situada en el noroeste argentino en la década de 1870. La temática se vincula con aquellos trabajos tempranos publicados en la *Revista de la Junta de Historia y Letras de la Rioja*, sin embargo, el tratamiento es completamente diferente. Su formato es estrictamente orientado a la literatura, en una transposición de lo investigado en fuentes históricas para llevarlas a un relato de ficción, aunque basado en hechos, en principio, reales.

*La última montonera* se compone de una serie de ocho cuentos cortos, con relatos ubicados en el particular escenario político y social posteriores a la Batalla de Pavón. Allí, a través de relatos de ficción, Félix Luna narra los últimos estertores del caudillismo de las provincias del Noroeste. En cada uno de estos relatos Luna deja en claro que la derrota de los caudillos es inevitable, buscando evidenciar que ya no habría lugar para ellos en el nuevo escenario nacional. El clima político y militar había cambiado y, por lo tanto, la práctica política de los caudillos estaba perimida. Así lo manifiesta en el cuento “Los motivos de Santos Guayama”, una larga cavilación derrotista del caudillo Guayama ante la evidencia del triunfo de las fuerzas gubernamentales. “Cayó en la cuenta de que él y todo lo que representaba era precario, endeble. Se miró a sí mismo y miró a sus compañeros como creaciones de ficción, sueños que desaparecerían en cualquier momento, arrebatados por un viento potente y duro” (Luna, 1992, p. 26). La poética reflexión se agudiza más adelante, cuando Guayama

reconoce que no tiene sentido fusilar a unos prisioneros, que en definitiva, han triunfado, mientras que “Ellos, los montoneros, estaban ya de más. Todavía persistían, porque ni siquiera tenían una importancia como para merecer que esa formación se ocupara de echárseles encima pero ya estaban sentenciados” (Luna, 1992, p. 28).

La pieza literaria resulta interesante, en tanto configura un artefacto narrativo que combina una serie de procedimientos de carácter ficcional con el tratamiento de hechos y personajes históricos. Allí podemos encontrar a caudillos o montoneros de existencia real como el “Chacho” Peñaloza, Ceferino Chanampa, Santos Guayama o el sargento Luis Agüero interactuando con personajes ficcionales: el capitán Miguel Gómez de Azcuénaga o el soldado Nolasco Ferreira. En algunos casos los protagonistas de la narración son los personajes ficticios, en otros, el relato se centra en la figura de un personaje real.

A pesar de que los argumentos de la obra literaria son hechos ficticios, los relatos incluidos en el libro son perfectamente verosímiles, enmarcados en acontecimientos reales, con un cuidado en fechas y lugares propio de un tratamiento histórico. En este sentido, hay que ponderar que Luna logra plasmar un delicado equilibrio entre especificidad de las diferentes modalidades y tipos narrativos que conjugan la referencialidad propia de la historia con el carácter ficcional propio del espectro literario. Es por ello que el autor incluye alguna que otra cita documental (aunque sin utilizar aparato erudito) extraída de aquellos documentos que había trabajado en La Rioja, como en el caso del cuento “Muerte en el Paraguay” (Luna, 1992, pp. 73-84). En ese relato, uno de los últimos del libro, Luna narra a través de la figura de un montonero derrotado, Tránsito Argañaraz, las levas del gobernador de la Rioja, Julio Campos, para enviar tropas a la guerra con Paraguay según la exigencia del gobierno nacional.

En el año de 1957, uno de los relatos que estaban incluidos en el libro, recibió el primer premio de la Dirección de Cultura de la Nación dentro del rubro Mejor Cuento Costumbrista. Se trata de “La fusilación”, un relato donde se narra el traslado de un montonero prisionero que debe ser fusilado. El jefe de la partida de soldados nacionales que realiza el traslado, capitán Gómez Azcuénaga, quién ha sido movilizad desde el frente paraguayo para luchar contra los caudillos riojanos, se siente perturbado por la tarea encomendada. El personaje resulta una especie de alter ego de Luna, en tanto se trata de un ilustrado joven porteño, estudiante de abogacía, destacado músico amateur y convencido liberal. Todos atributos presentes en la persona de Félix Luna.

A pesar de que su militancia alsinista lo ubica enfrentado a los ideales del caudillismo y las montoneras, una serie de incómodas reflexiones van dejando traslucir las dudas del oficial porteño acerca del rumbo del gobierno nacional en sus disposi-

ciones frente al caudillismo. “Por un momento creyó vislumbrar –relata Luna– una enorme injusticia, una odiosa intromisión en todo lo que significaba esa expedición a cuyas órdenes servía” (Luna, 1992, p. 53). El joven capitán entiende que, si bien la lucha montonera iría en contra del paradigma modernizador, se trata también de patriotas que deberían gozar de otra oportunidad. “[...] no tenemos derecho –cavila el capitán Gómez Azcuénaga– a catalogar a estos pobres hombres como bárbaros, sin apelación ni caridad, mientras nosotros nos atribuimos el usufructo de la civilización” (Luna, 1992, p. 59).

Esa postura se materializa en el relato en la creciente empatía que desarrolla el capitán hacia la figura del montonero cautivo, con el cual pretende entablar algún diálogo durante el camino. “[...] cierto impulso de humana simpatía lo indujo a pensar a la par del prisionero” (Luna, 1992, p. 52). El oficial se manifiesta solidario con las necesidades del condenado, coquetea con la idea de dejarlo escapar, gruñe por lo bajo sobre que aquella ya no es una guerra sino una persecución con aires más vengativos que justos. “Yo cumplo órdenes –reflexiona el capitán porteño–, pero ¿puedo prestarme a ser ejecutor de algo tan absurdo, tan cruelmente absurdo como este suplicio?” (Luna, 1992, p. 59).

### **¿Nostalgia, reivindicación o lástima?**

En los diferentes cuentos presentes en el libro, Luna parece esbozar una tibia reivindicación de los caudillos, en tanto sujetos participantes del proceso histórico. No obstante, queda claro que no comparte el objetivo final de sus acciones políticas. Más bien, como señala Omar Acha, el acercamiento de Luna a la problemática de los caudillos posee un aire de romanticismo: “Para Luna, el enigma histórico de los caudillos consistió en cómo sus decisiones se conjugaron, dramáticamente, en el proceso de conciliación entre los diferentes intereses en una fórmula popular y nacional que los trascendió” (Acha, 2019, p. 18).

Ese aire de nostalgia en la mirada plasmada por Luna acerca de los caudillos y las montoneras se asemeja a una especie de simpatía por el derrotado. Ello se plasma en cierto aire quijotesco que Luna compone al tratar la figura de algunos de estos caudillos o montoneros. Hasta cierto punto el escritor presenta a estos personajes como honorables o bien como sujetos pasibles de ser recuperados a pesar de sus ideas y acciones. Sin embargo, estas características no alcanzan para que Luna profundice sobre el fenómeno del montonerismo, sino que desnuda su concepción negativa acerca del fenómeno. Es interesante observar que Luna, en la primera edición de 1955, subtitula al libro con el sintomático “Cuentos bárbaros”, planteando ya desde el inicio una postura historiográfica. El subtítulo, no obstante, fue quitado en las siguientes reediciones del libro.

En todo caso lo que Félix Luna parece intentar es otorgar un sitio en el panteón nacional para algunos de los caudillos, en ocasiones reivindicados en las historias provinciales pero denigrados por la historiografía tradicional a escala nacional (Mamani, 2015). Este posicionamiento es tal vez el elemento que en buena medida se enlazaba con ciertas propuestas provenientes del espectro revisionista, aunque Luna no pueda ser ubicado dentro de aquella corriente historiográfica. No fue la intención de Luna crear un nuevo panteón o revisar completamente el pasado nacional, como si sostenían muchos cultores del Revisionismo.

No obstante, hay que agregar un elemento importante a ese análisis. Como señala acertadamente Omar Acha (2019), es posible rastrear una veta revisionista en la obra de Félix Luna, aunque lejos de aquél nacionalismo reaccionario y conservador de los años 1920 y 1930. Ese tinte revisionista se anclaría en un yrigoyenismo vinculado al forjismo:

Debemos recordar –señala Acha (2019)– que durante los años de entreguerras en la Argentina hubo una ola de revisionismo histórico donde fueron reconocibles diferentes alternativas. La vertiente más conocida es la nacionalista-reaccionaria [...], pero hubo otras ofertas como la católica, la comunista y, para lo que aquí interesa, la radical. El grupo FORJA propuso su fórmula revisionista radical en la pluma de Raúl Scalabrini Ortiz, pero también avanzó en una revisión relativa a los caudillos con los historiadores profesionales Emilio Ravignani y Diego Luis Molinari. (pp. 16-17).

En todo caso, el propósito de Félix Luna era elaborar una narración histórica que superara las antiguas disputas, tanto del ámbito político como histórico. En este sentido, para Omar Acha el posicionamiento de Luna:

[...] fue un revisionismo crítico pero encaminado hacia la conciliación de las partes. En Luna, la oposición de Buenos Aires y el unitarismo con el caudillismo es enmendada como un proyecto de integración ulterior. De acuerdo a su relato, los caudillos carecieron de una proyección futura y fueron aniquilados por las transformaciones económicas del siglo. (Acha, 2019, p. 17).

Es por ello que la apuesta de Félix Luna, tanto desde lo literario como desde la historia, se volcaron en ofrecer una narración que lograra atravesar los enfrentamientos para brindar una versión equilibrada del pasado nacional. “En su opinión –propone Acha– solo una actitud histórica más equilibrada, y atendida a los hechos, era susceptible de generar una alternativa. El porvenir nacional se dirimía en la po-

sibilidad de integrar las partes en un todo diferenciado pero armónico” (Acha, 2019, p. 19).

## Una pata historiográfica para el desarrollismo

A pesar de estos acercamientos a posturas que podían ser tildadas de revisionistas, la actitud general de Félix Luna fue más bien de eclecticismo. Como se ha mencionado, más que un acercamiento al revisionismo, la apuesta de Luna puede resumirse como el intento por desarrollar un relato histórico que emergiera como superador de las antiguas disputas, tanto políticas como historiográficas.

Así como desde lo político el desarrollismo de base frondicista procuraba encarnar una posición superadora tanto del viejo tronco radical como del peronismo, Luna asumía también ese proyecto alternativo, pero en clave historiográfica. Su apuesta intentaba alcanzar una mirada historiográfica capaz de atravesar los enfrentamientos políticos, con el objetivo de ofrecer una versión ecuaníme del pasado nacional. Esa pretensión poseía un marcado correlato con la postura política y militante que sostenía Luna, por ese entonces en las filas del frondicismo organizado mayoritariamente en torno a la Unión Cívica Radical Intransigente.

Probablemente para Félix Luna la tarea del historiador no sólo se vinculaba a un relato del pasado, sino que la función incluía, además, un papel preponderante en la consolidación de la nación. Tal vez, al igual que la historiografía francesa de fines del siglo XIX y principios del XX, para Luna la historia debía impulsar un tipo nacionalismo de masas. Si bien este convencimiento ya había estado presente antes en la historiografía argentina, consignaba nuevo impulso en el tensionado contexto donde diferentes proyectos políticos pugnaban. De esta forma, Félix Luna proponía:

[...] ser Nación –propósito último y superior de la voluntad nacional– supone la vertebración de todos los sectores, todos los esfuerzos, todas las regiones; y la decisión de ser Nación no puede asumirse por una parte del país en soledad, sino por una vigorosa conjunción de voluntades armonizada en el propósito de realizarla. (Luna, 1966, p. 34).

Como señala Peter Novick (1997) para caracterizar el siglo XIX, esta especie de compromiso moral y patriótico no entraba en contradicción con la idea de erudición y profesionalismo que debía conservar el historiador. No obstante, en el ámbito particular de la Argentina de mediados del siglo XX, aquella premisa requería de diversos ajustes. Entre ellos uno muy significativo podría ser la búsqueda de canales alternativos para la difusión de un discurso histórico acorde con dicha lógica, tanto

en forma como en contenido. Ello escenificaba un alejamiento de los formatos más tradicionales, generalmente articulados por la academia:

Sin embargo, –como sostiene Alejandro Cattaruzza– entre tantas diferencias se registran rasgos comunes, en buena parte tributarios del hecho de que la acción nacionalizadora, que era al mismo tiempo de expropiación y homogeneización cultural, debía realizarse sobre grandes masas humanas: no era entonces una acción cuyos horizontes sociales fueran los acotados de la academia o del estudiantado universitario (Cattaruzza, 2018, pp. 204-205).

Esta concepción de la tarea del historiador se enlazó con las propias convicciones políticas, yrigoyenistas primero y desarrollistas luego de Félix Luna. No obstante, para Luna era clave la llegada del mensaje a un público vasto, es por ello que priorizó formatos vinculados a la divulgación histórica, pero también literarios, buscando así dar acceso a sectores de la población interesados en la historia y la política pero alejados de los formatos académicos.

## Palabras finales

A través del análisis de la obra temprana de Félix Luna, hemos podido observar como la investigación histórica pudo utilizarse como base para relatos de ficción, desdibujando las fronteras entre historia y literatura a la vez que resaltaba la importancia de la narrativa en la construcción del conocimiento histórico. Esta relación entre ambas disciplinas, como lo ejemplifica la obra de Félix Luna, revela la complejidad y la ambigüedad inherentes a la narración del pasado. A través de la escritura, Luna logra trascender las frías divisiones entre el relato histórico y relato de ficción, ofreciendo una perspectiva que rescata la humanidad de los montoneros del siglo XIX, personajes a menudo estigmatizados por la historiografía tradicional. Su enfoque dual permitió una reflexión crítica sobre la configuración de la identidad nacional argentina, mostrando cómo la historia debía convertirse en un vehículo para la comprensión de los procesos sociales y políticos.

En este caso se podría afirmar que Félix Luna utilizó el formato puramente literario y ficcional para lograr acceder a aquellas instancias donde parece que la historiografía, en tanto producción científica que se ocupa de procesos generales y estructurales, no logra acceder. Ese mundo cotidiano y oculto de vivencias personales de aquellos personajes de la historia que no recibieron un tratamiento adecuado por la historiografía profesional. Este diálogo entre literatura e historia no solo enriquece la comprensión del pasado, sino que también invita a cuestionar las narrativas dominantes y a considerar las múltiples voces que emergen del pasado.

## Bibliografía

- Acha, Omar (2019) “Félix Luna, historiador” en AAVV *Todo es Historia*: la revista de cinco décadas, Buenos Aires: Biblioteca Nacional de la República Argentina,
- Cattaruzza, Alejandro (2017) “El pasado como problema político”, en *Anuario IEHS* 32(2), Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- (2018) “Un siglo de libros de historia en la Argentina: la cultura, la política y el mercado editorial”, *Revista Badebec*, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Vol. 8, Núm. 15;
- Certeau, Michel de (1984 [1975]). *La escritura de la historia*. Traducción del francés por Jorge López Moctezuma. México: Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia.
- Chartier, Roger (1998) *Au bord de la falaise. L’histoire entre certitude et inquiétude*, París: Albin Michel.
- Ginzburg, Carlo (2010) *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Buenos Aires: FCE.
- Goebel, Michel (2004) “La prensa peronista como medio de difusión del revisionismo histórico bajo la Revolución Libertadora”, en *Prohistoria*, Rosario, N° 8,
- Luna, Félix (1966) *Los Caudillos*, Buenos Aires: Peña Lillo.
- (1969) *El 45: crónica de un año decisivo*, Buenos Aires: Jorge Álvarez.
  - (1989) *Soy Roca*, Buenos Aires: Sudamericana.
  - (1992 [1955]) *La última montonera*, Buenos Aires: Beas ediciones.
  - (2001) *Martín Aldama, un soldado de la Independencia*, Buenos Aires: Planeta.
  - (2003) *La vuelta de Martín Aldama. Negocios y guerra en la década de 1820*, Buenos Aires: Planeta.
  - (2004) *Encuentros a lo largo de mi vida*, Buenos Aires: Sudamericana, 2004.
- Mamani, Ariel (2015) “Caudillismo, usos políticos del pasado y música folklórica. Félix Luna y la polémica historiográfica en torno a Los caudillos”, *Cuadernos de Historia*. Serie economía y sociedad, 13/14,
- Novick, Peter (1997) *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, Tomo I, México: Instituto Mora.
- Ricoeur, Paul (1995) [1984]. *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico II*, México: Siglo XXI.
- Sarmiento, Domingo Faustino (2018 [1845]) *Facundo o Civilización y barbarie, prólogo de Alejandra Laera*, Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación.

White, Hayden (1992) [1973] *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (traducción de Stella Mastrangelo), México: Fondo de Cultura Económica.

## **Pintarse ante los ojos lectores de la mujer amada.**

**Un ejemplo de escritura epistolar como forma del control afectivo entre amantes, 1854-1859.**

**To paint yourself before the reading eyes of the woman you love.**

**An example of epistolary writing as a form of affective control between lovers, 1854-1859.**

Paula Caldo<sup>1</sup>

*Cita sugerida: Caldo, Paula. (2024) Pintarse ante los ojos lectores de la mujer amada. Un ejemplo de escritura epistolar como forma del control afectivo entre los amantes, 1854-1859; Hablemos de Historia, Año 2, N° 3, Universidad Autónoma de Entre Ríos: Paraná.*

---

### **Resumen**

El objetivo de este artículo es estudiar 25 cartas que Prilidiano Pueyrredón escribió a Alejandra Heredia entre 1853 y 1859. Las mismas componen un corpus documental excepcional para asomarnos a las relaciones amorosas de mediados del siglo XIX. Es por eso que en estas páginas nos detendremos a describir el modo en que un varón enamorado se presenta ante la mujer amada. Para ello, nos posicionamos desde la historia cultural en perspectiva de género con el fin de mostrar cómo la cultura escrita propia de la modernidad operó como espacio de sociabilidad en el cual se sostuvieron vínculos amorosos y formas de control afectivo entre los integrantes de las parejas.

**Palabras clave:** Prilidiano Pueyrredón-Epistolarios-Género-Cultura escrita-Amor

### **Abstract**

This article intends to study 25 letters written by Prilidiano Pueyrredón to Alejandra Heredia between 1853 and 1859. Such letters form an exceptional documentary corpus in order to look at love relationships in the mid-nineteenth century. That is why in these pages we will focus on describing the way in which a male in love presents himself before the beloved woman. With that purpose, we take position from cultural history in a gender perspective, in order to show how typically modern

---

<sup>1</sup> Paula Caldo es Doctora en Humanidades y Artes con mención en Historia como así también Profesora y Licenciada en Historia y en Ciencias de la Educación por la Universidad Nacional de Rosario. Actualmente se desempeña como Profesora Adjunta Ordinaria en la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR y como Investigadora Independiente de CONICET. Investiga en la línea de historia con mujeres en perspectiva de género y desde un registro cultural. Sus principales libros son *Mujeres cocineras* (Prohistoria, 2009) y *Un cachito de cocinera* (Casagrande, 2017).

written culture operated as space of sociability in which love bonds and forms of affective control were held between the members of the couples.

**Keywords:** Prilidiano Pueyrredón-Correspondence-Gender-Written culture-Love

## Introducción

El presente artículo tiene por meta profundizar en el estudio de una serie de 25 cartas que Prilidiano Pueyrredón escribió a Alejandra Heredia, entre 1853 y 1859. Ese corpus fue hallado en medio del expediente del juicio sucesorio del mencionado sujeto y permaneció silenciado y casi invisible hasta que la historia cultural, la historia de las sensibilidades y/o la historia de las mujeres generaron las condiciones de posibilidad para que esas huellas epistolares de carácter privado e íntimo sean tratadas como documentos históricos y, como tales, como soporte heurístico de diferentes investigaciones.

Abrimos el párrafo anterior con la promesa de profundizar en el estudio porque no es la primera vez que estas cartas son visitadas por estudiosos del pasado. Ya lo han hecho algunos investigadores preocupados por la biografía y la obra de Prilidiano (Masán, 2023; Elissalde, 2022) y en lo personal también lo hice en coautoría e interrogando a las figuras femeninas mencionadas en el intercambio (Caldo y Sguigna, 2024). Pero, en esta ocasión nos detendremos en una lectura interpretativa y a contrapelo para analizar un componente específico del género epistolar, las características que adquiere el yo del autor en tanto se pronuncia para lograr el control afectivo en su pareja (Reedy, 2008). Esto es, vamos a revisar el modo en que Prilidiano se nombra y representa a través de la escritura como autoridad en la vida de la mujer amada. Entendemos que ese yo, construido al calor de la escritura epistolar, además de singularizarse en términos personales ante la receptora, pone en juego elementos de época que invitan a pensar adhesiones o tensiones en relación a roles estereotípicos: la paternidad, la pareja, los comportamientos sociales esperados, entre otros.

Sabido es que las cartas son textos escritos en la dinámica de la comunicación cotidiana. Por lo cual, si bien el mensaje que portan es inmediato, a veces urgente, siempre ordenado por las contingencias de la vida; implican escritura y, por tanto, la construcción de un orden discursivo específico y de un tipo de reflexividad particular (pensar qué escribo y cómo lo escribo). Nora Bouvet (2006) explicó que el intercambio epistolar es motivado por una ausencia que se repara o subsana vía la escritura. Esa ausencia implica distancia espacial que conlleva una distancia temporal y, por ende, un mensaje que será leído en diferido. Entonces, quien escribe una carta adelanta esa escena de recepción, prevé reacciones y, en consecuencia, ordena su yo en relación al mensaje. Natalia Crespo (2016) estudió los movimientos de ese yo en la correspondencia de Eduarda Mansilla, mostrando así a una mujer que en algunas epístolas se presentó entre aduladora y seductora peticionando, pero en otras reclamando altanera. El ejercicio de reunir las connotaciones de las variaciones en la tonalidad de la enunciación de la persona que escribe, en este caso Prilidiano, resulta atractivo menos para saber sobre la vida de una persona en particular, que para

aproximarnos a la trastienda de las relaciones de pareja heterosexual en el siglo XIX. En otras palabras, no nos interesa el asombro o la admiración que puedan provocar las vivencias del sujeto en cuestión, sino buscar indicios de época sobre las expresiones de los varones para con las mujeres con las que se relacionaban en términos amorosos.

Entonces, para dar materialidad a nuestras interpretaciones e hipótesis elaboramos una trama textual que hilvana tres apartados. El primero, presenta a los personajes que protagonizan esta historia: Prilidiano y Alejandra. El segundo, profundiza en las características de los documentos utilizados y en notas de la estrategia metodológica aplicada. En la conjunción de ambos se logra un contexto que permite presentar luego al tercer aparato en el cual, centrados directamente en las cartas, revisamos cómo Prilidiano *pinta* su yo ante los ojos lectores de Alejandra.

## Prilidiano y Alejandra

Los protagonistas de estas páginas son Prilidiano Pueyrredón y Alejandra Heredia. Cuando corría el año 1849 se conocieron en Cádiz y mantuvieron un vínculo amoroso hasta 1859. De esos 10 años de relación se conservan veinticinco cartas que trataremos a lo largo de estas páginas. Sí resulta sencillo nombrar a los integrantes de la pareja y al período en que transcurrió la historia (1849-1859), no sucede lo mismo en relación a la demarcación espacial donde se sitúan los hechos. Esto último se explica porque Prilidiano fue un sujeto cuya vida transcurrió en permanente movimiento, hasta el año 1854 en que se asentó definitivamente en ciudad de Buenos Aires. Por lo cual, en su tránsito entre América y Europa conoció a Alejandra y mantuvo con ella una relación que comenzó en el espacio físico y se prolongó en el papel.

Abrimos un paréntesis para comentar que las relaciones de amistad, de sociabilidad y de pareja, entre otras, sostenidas exclusivamente mediante la escritura son características de la modernidad. Es decir, el tono cultural propio de esta época en particular estuvo jerarquizado y ordenado por el valor creciente de la palabra escrita (Lyons, 2016). Adquirió tanta importancia la escritura en las tramas sociales que los soportes textuales son susceptibles de ser leídos como espacios de sociabilidad, intercambio y encuentro.<sup>2</sup> En esta dinámica, terminado el siglo XVIII y avanzado el XIX la escritura se fue transformando en el medio de comunicación, expresión y certificación de identidad tanto individual como grupal por excelencia. Tal es así que, des-

2 Esta nota es necesaria para aclarar que comenzamos a madurar la hipótesis que invita a definir a los soportes de la escritura como espacios de sociabilidad leyendo a Beatriz Sarlo (1992), a Jacqueline Pluet-Despatin (1992) y a María Vicens (2020), cuando entienden a las revistas como espacios de sociabilidad, en tanto punto de intercambio, cita, reconocimiento, nombre, interpelación, visibilidad y presentación en clave identitaria. Por lo cual aún con más densidad la carta es una herramienta crucial de la sociabilidad al punto de que la misma cultura de lo impreso (ya sea prensa diaria o revistas) las toma como puntal del intercambio con los lectores.

de entonces, contamos con numerosos y diferentes soportes textuales que albergan escritos públicos. Estos con cartas, notas, revistas, diarios, periódicos, folletos, pasquines, entre otros. Comulgando en este clima Prilidiano y Alejandra iniciaron su carreo e incluso él se ocupó de alfabetizarla para que ella pudiese participar en el juego epistolar (Caldo y Sguigna, 2024).

Ahora bien. Prilidiano fue un reconocido ingeniero, pintor y varón de la política y los negocios e hijo de uno de los promotores de la independencia argentina, Juan Martín de Pueyrredón, y de la distinguida dama porteña María Calixta Telechea y Caviedes. Fue el único hijo del matrimonio. Nació en Buenos Aires en 1823 y murió en San Isidro (provincia de Buenos Aires) en 1870. Él marcó con su capacidad creativa la cultura material decimonónica Argentina en general y de la ciudad de Buenos Aires en particular. Los primeros años de la vida de Prilidiano se dirimieron entre los vaivenes de la cultura política en los que su padre era protagonista activo. Recordemos que Juan Martín integró el Primer Triunvirato, participó del Congreso de Tucumán, llevando en aquel viaje a su joven y reciente esposa de apenas 15 años. Fue Director Supremo y, posteriormente, al entrar en disidencia con el rosismo, se exilió acompañado de su familia. Será entonces cuando inicia el periplo de migraciones internacionales que permitieron a Prilidiano formarse como ingeniero en Francia y visitar por negocios repetidas veces la ciudad de Cádiz. Al promediar el siglo XIX la región comprendida por dicha ciudad era atractiva en términos económicos para reconocidos comerciantes del Río de la Plata, entre ellos la familia de Prilidiano. Pasado el tiempo y llegando al año 1849 los Pueyrredón retornaron a Buenos Aires. Pero, cuando en marzo de 1850 muere Juan Martín, Prilidiano junto a su madre decidieron pasar una estadía en Europa. Así, en 1851 se instalaron en Cádiz, donde residieron hasta 1854, momento en que él regresó a Buenos Aires para alojarse definitivamente (Amigo, Luna y Giunta, 1999; Cantatore de Frank, 2012; Masán, 2023).

Por lo cual, fue durante sus visitas a la ciudad de Cádiz cuando Prilidiano conoció a Alejandra. Ella trabajaba a su servicio, dedicada a cuidar su ropa. En algunos pasajes del intercambio epistolar que mantuvieron, él comentó acerca de la delicadeza y el delicioso aroma con que ella presentaba sus camisas y corbatas (Pueyrredón, 1854a, 1854b). Todo indica que en el curso de esos encuentros surgió una simpatía que se transformó en una relación amorosa de la cual nació una hija, el 25 de mayo de 1853. La niña llevó por nombre Urbana y tanto en el acta de su nacimiento como en el de su casamiento figura como hija de Alejandra Heredia y de padre desconocido.

Es fácil presentar a Prilidiano Pueyrredón en tanto su trayectoria biográfica está profusamente documentada y estudiada, pero no ocurre lo mismo con respecto a Alejandra. Ella nació en Puerto Real, provincia de Cádiz (España), el 27 de febrero de 1824. Su acta de bautismo la declara hija legítima y primogénita del matrimonio

compuesto por Antonio Heredia, nativo de Puerto Real, y Alejandra Herrera. También se informa que fue hermana gemela de Josefa (Expediente Sucesorio, 1875-1882, i. 170). La muchacha pertenecía a una familia de trabajadores, por lo cual ella rápidamente se incorporó al mercado laboral. Como era de uso y costumbre, las mujeres de sectores populares integraban los elencos del servicio doméstico (Allemandi, 2017). Alejandra, aunque no tenemos precisión de su oficio, como ya dijimos, se desempeñaba en el rubro dedicado al cuidado y acondicionamiento de la ropa.

Casi como siguiendo el argumento de una novela de folletín, el amor saltó las diferencias sociales y los unió. El varón quedó prendado con la muchacha y solo tenía para con ella palabras de adulación que lo llevarán a reiterar: “es tanto lo que estoy viendo que te quiero [...] en ti sola pienso” (Pueyrredón, 1854c). Así, al calor de reiterados e intensos encuentros amorosos, ambos alimentaron un vínculo amoroso. Él sólo tenía pensamientos para su amada y ello lo esperaba con confianza y amor creciente. Son justamente, las cartas que intercambiaron las que recuperan pequeños fragmentos de esa experiencia íntima.

El lazo que los unía surgió presencial e impulsado por la atracción y el deseo sexual. Sin embargo, en 1854, cuando el sujeto decide regresar a Buenos Aires, intentaron sostener el sentimiento logrado mediante la escritura. Así, entre 1854 y 1859 intercambiaron una serie de cartas que no fueron suficientes para sostener un amor que fue extinguiéndose en simultáneo con la mitigación del intercambio epistolar. Entonces, ni Alejandra ni su hija Urbana volvieron a ver ni a saber de Prilidiano. La historia permaneció en secreto hasta que, en el año 1874, Urbana interpuso en reclamo a la testamentaría de Prilidiano, solicitando ser reconocida como hija natural. En ese momento, salió a la luz esta historia y las 25 cartas fueron prueba del amor vivido. Aclaremos que, para la época, hijos naturales eran aquellos nacidos de padre y madre libres de compromisos maritales pero que, sin embargo, no formalizaban su unión. Ejemplo de ello fueron Prilidiano y Alejandra.

### **Unas cartas de amor en medio de un expediente sucesorio**

El amor no deja fósiles, y a menudo borra las huellas de sus pasos  
(Simonnet, 2004, p. 8).

Prilidiano falleció el 3 de noviembre de 1870. Para entonces había dejado resuelto por medio de un testamento el destino de sus bienes. En ese documento afirmó no contar con herederos forzosos, situación que le permitía repartir libremente sus propiedades. Sin embargo, durante la ejecución de las ordenes testadas aparecieron voces disidentes expresando derechos y desacuerdos con el reparto estipulado, entre las que se encuentra la de una joven llamada Urbana María Magdalena Pueyrredón y

Heredia. De este modo, el expediente del juicio sucesorio se transformó en un abultado documento, cuyo original puede consultarse en el Archivo General de la Nación o en su versión digital, bajo la siguiente referencia: Tribunales Sucesorios AR-AGN. JC/SUC 7490 – 1875-1882. En la caratula del mismo puede leerse: Legajo 7490, Pueyrredón, Urbana, según testamentaria con Prilidiano Pueyrredón.

Urbana había sido mencionada en el testamento. Sin explicitar motivos, Prilidiano la favorecía con 50.000 pesos de su patrimonio. Beneficio que la joven objetó, aunque no sabemos si lo hizo impulsada por la noticia de saberse heredera de un sujeto que, siendo su padre, no la reconocía en tal carácter; por estar en desacuerdo con el monto heredado o por buscar finalmente oficializar su identidad filiatoria. Así, en el año 1874, reclamó mediante el accionar de su esposo, Federico Giménez, los bienes que le correspondían como hija del occiso. Sin embargo, para poder disfrutar de aquella fortuna debía probar el vínculo filial. Asunto que se resolvió apelando a los usos y costumbres de la época.

Siguiendo a Nara Milanich (2023), entendemos que, durante el siglo XIX, cuando aún no había posibilidades de efectuar estudios genéticos, la paternidad se demostraba con testigos que dieran fe de acciones públicas del progenitor con respecto al hijo o a la hija asignada. Respondiendo a esta dinámica, la defensa de Urbana apeló a un conjunto de cartas que Prilidiano, asumiéndose varón enamorado y padre solvente y dedicado, escribió mencionando reiteradas veces a ella y a su madre. Las epístolas fueron reunidas y cuidadosamente estudiadas por el letrado a cargo. Por tal motivo, los originales tienen oraciones y párrafos marcados, tachados, resaltados, subrayados o encerrados con círculos. En ese juego de selección los pasajes resaltados son los que aluden a la paternidad, en tanto los tachados tienen el fin de volver ilegibles frases alusivas a la intimidad de la pareja. Así, serán de crucial valor en la causa frases como: “Cada uno tiene una misión que desempeñar en el mundo; la mía es de olvido de mí mismo en favor de los seres amados que me rodeaban en Cádiz, mi Madre, mi Alejandra, mi Urbana” (Pueyrredón, 1854d).

Como bien expresa Simonnet (2004) en nuestro epígrafe, el amor no deja fósiles, a lo que nos permitimos agregar, incluso en los archivos. Es siempre por intersticios y bordes que se accede al detalle de las prácticas amatorias. Además, si Prilidiano hubiese cumplido la promesa de reencontrarse con las dos mujeres, sabríamos del vínculo parental, pero probablemente estas cartas nunca hubiesen salido a la luz. Fue justamente por los intersticios abiertos por el desamor que las misivas llegaron a ser parte del acervo del AGN. Además, estas cartas no conforman un epistolario en sí, sino que son parte de un documento mayor, el expediente sucesorio de Prilidiano.

Sin embargo, algo en el clima del campo historiográfico contemporáneo impacta

no solo en las preguntas de los historiadores, sino en las propias prácticas de los archiveros impulsándolos a ofrecer la consulta de estas cartas como si fuesen un corpus independiente. Sabemos que ese algo se inscribe en el retorno de los sujetos con sus prácticas culturales, emociones, sensibilidades y discursos (Serna y Pons, 2005; Gunn, 2011; Pallares Burke, 2005; Burke, 2006; Barrera y Sierra, 2020). No obstante, las nuevas posibilidades temáticas, objetos y preguntas, las cartas entre Alejandra y Prilidiano no son un epistolario en sí, sino que están totalmente contaminadas por el lugar que ocuparon y por el modo en que se incorporaron al expediente del juicio sucesorio. Por lo cual, separarlas del documento continente implica ignorar la lógica originaria de consignación de las mismas. A resulta de ello, solo contamos con las cartas del varón en las que expresa su sentimiento de paternidad para con Urbana, dejando en las sombras el intercambio epistolar completo.

Al revisar el expediente en cuestión es inevitable pensar en la riqueza de este tipo de documentos. El carácter hojaldrado del mismo lo torna intertextual. En esta lógica se intercalan normativas, declaratorias de testigos, pruebas de diferente procedencia, informes, resoluciones, entre otros. No obstante, es preciso aclarar que tomé contacto con estas cartas en el año 2018 cuando me encontraba trabajando junto a Marcela Fugardo en una pesquisa sobre Virginia Pueyrredón. En este marco, desde el Archivo General de la Nación (AGN) fueron enviadas a Marcela en formato digital las 24 epístolas. Se explicó que las mismas habían sido extraídas del juicio sucesorio, pero se las estimaba como un corpus con identidad en sí, referenciando también que otros investigadores las estaban consultando.<sup>1</sup> En lo personal, realizamos un primer ejercicio que consistió en la transcripción, respetando las particularidades de las mismas, algunas provenientes de la época y de los usos del idioma castellano en el siglo XIX que, por supuesto respetamos, y otras de las aplicaciones que esas misivas tuvieron una vez elaboradas (intervenciones de los letrados).

En detalle, la primera carta data de 1853 y fue enviada en el mismo Cádiz con el propósito de expresar los motivos de la ausencia de Prilidiano a una cita. Luego se consignan tres datadas en el año 1854, escritas durante la asistencia del sujeto a la Feria de Abril, en Sevilla. En el mismo año 1854 existen cinco redactadas durante el viaje rumbo a Buenos Aires, tres desde Santa Cruz de Tenerife, mientras aguardaba embarcarse y dos cartas elaboradas a bordo del Great Western. Las quince restantes fueron redactadas ya en la ciudad de destino. Siendo dos del año de 1854, dos de 1855, cuatro de 1856, seis de 1857 y una de 1859.

Una vez transcritas las cartas y revisada la bibliografía de colegas que estaban atendiendo al mismo corpus, avanzamos en la lectura crítica del material. Esto nos enfrentó a la necesidad de realizar un segundo ejercicio. Es decir, si en un primer momento estudié junto a Fugardo las epístolas separadas del expediente, ahora sentí

necesario devolverlas al contexto originario para conocer cómo fueron incorporadas, seleccionadas y ordenadas. Además, al consultar el Expediente encontré otra, la carta número veinticinco, escrita el primero de enero de 1858 desde Buenos Aires (Expediente Sucesorio, 1875-1882, i. 80). Esta misiva no hace más que refrendar el deseo de Prilidiano por Alejandra, así como la promesa de reunirse con ambas mujeres. Esta carta se incorporó al juicio el 26 de octubre de 1874 y las restantes veinticuatro lo hicieron con posterioridad. Además, con fecha 14 de septiembre de 1878, Federico Giménez, defensor y esposo de Urbana, expresó, “25 cartas, 25 documentos privados” (Expediente Sucesorio, 1875-1882, i. 790) que son prueba suficiente de paternidad. El dato del letrado permite corroborar el número exacto de cartas.

La defensa de Urbana apeló a las cartas con clara conciencia que llevaban al espacio público algo que era del orden de la intimidad. La incorporación de las mismas al expediente fue gradual y no respetó el orden cronológico original de intercambio. Las cartas fueron reunidas en Cádiz y enviadas a Buenos Aires. Así, la carta del año 1858 se añadió el 26 de octubre de 1874, otras quince lo hicieron con fecha octubre de 1875 y las últimas nueve con posterioridad. O sea, un epistolario que, puesto en expediente, forma una unidad fragmentaria ordenada al calor del litigio. Durante el juicio las cartas fueron sometidas a una serie de críticas con el fin de constatar la letra y la voluntad de Prilidiano. Las veinticinco reunidas estuvieron dirigidas a Alejandra. En muchas el narrador retoma afirmaciones, preguntas o comentarios esbozados por la mujer en sus misivas, pero en ningún caso contamos con el acceso directo a sus argumentos o a su caligrafía. Además, se entiende que las epístolas escritas por ella y enviadas a Prilidiano no estaban en poder o al alcance de la defensa de Urbana, pero tampoco eran necesarias para el juicio.

Así, quitar los textos epistolares del contexto propio del expediente no impide el análisis literario e historiográfico de las cartas en sí, pero hace perder de vista el orden de la consignación, los motivos de la misma y los fundamentos de la selección. Justamente, en un clima de producción historiográfico donde se anuncia una historia cultural en clave de lecturas interpretativas de fragmentos heurísticos (Serna y Pons, 2005), es importante insistir en la importancia de trabajar detalles en corpus mayores. Activando así la lógica del zoom que permite ampliar o acercar la mirada sin perder de vista el friso mayor que alberga los detalles del pasado estudiados.

## **Prilidiano, el protector económico y cultural**

Pensar la composición de las parejas y las relaciones amorosas al promediar el siglo XIX implica, por un lado, recuperar notas del contexto, pero por otro, revisar las cla-

ves de un orden social cuyos valores exceden lo territorial e incluso la época, proyectándose con fuerza hacia el siglo XX (Espigado, 2006; Morant y Bolufer, 1998). Así, se expresan los lineamientos de la pareja burguesa, monógama, nuclear y moderna. En esta dinámica, mientras que los gajes del matrimonio ocuparon la biografía completa de las mujeres, en los varones eran solo un episodio que, en general, se articuló con una elección racional en relación al patrimonio, la descendencia y la sociabilidad. Es decir, otra vez la advertencia interseccional es crucial para interpretar que los matrimonios se constituían en el interior de los grupos sociales atendiendo a claros criterios racionales y de pertenencia social.

En este punto, la biografía de Prilidiano resulta un ejemplo ambivalente, porque si bien él anhelaba dejar descendencia, no buscó ni exaltó la formalización del matrimonio. Repetidas veces afirmaba amar a Alejandra, pero también supo explicarle con claridad:

Tu sabes que mamá te mando una carta mía. Desde ese momento todas las fuertes sospechas que habia tenido siempre de nuestras relaciones fueron para ella una realidad. Luego que llego aquí, á la primera ocasion, me habló de tí, y me dijo que en Lisboa, un amigo le había dicho que tenias una hija y que esta hija era muy bonita y se parecia mucho á su padre. Viendo esto, yo no tuve mas remedio que confesar. Temí que ella se disgustara por esto pero me engañe; y en estos días del mes este, en los que á resuelto volver a Europa, y á Cádiz, me ha dicho que, puesto que yo no quiero casarme, consentirá con gusto en que eduque con esmero á Urbana, y que á ella misma no le será desagradable conocerla y contribuir á su felicidad. Lo único que me ha hecho prometerle es que jamás, mientras ella viva, la traiga yo á vivir á mi casa. Yo le respondí que se lo prometía de tanta mejor voluntad, cuanto que á tí tampoco te agradaría separar á tu hija de tu lado (25 de mayo de 1855a).

Prilidiano prometió permanecer soltero. En esa decisión se jugaba el deseo propio, pero también el de su madre. Esta última era consciente de la existencia de Alejandra y de la niña, sin embargo, no aceptaba un trato de familia con ellas. Ambas eran parte de esa trastienda sentimental que envolvía el entorno de muchas familias del siglo XIX, y en esa condición debían permanecer. Una jerarquía de mujeres que diferenciaba las iguales en clase social de aquellas otras que atendían el deseo sexual de los varones de las elites, pero no sus requerimientos sociales y culturales. La misma María Calixta en su juventud había convivido con Virginia, la hija natural que su esposo había concebido con Juana Sánchez en su paso por San Luis (Fugardo, Caldo,

2020). Quizás, el estigma dejado por esa experiencia impulsó a la viuda a obligar la promesa de su hijo. Ella se negó a convivir con hijos naturales de los varones de la familia.

Respondiendo al mandato materno, Prilidiano prometió amistad eterna a Alejandra. Esa amistad incondicional contemplaba permanente apoyo económico y un constante asesoramiento social y cultural (Pizzolato, 1996). Es decir, él no sólo aportó dinero para que Alejandra y Urbana vivan dignamente, sino que se ocupó de educar a su mujer amada para que ella se desempeñe con una mentalidad comercial, ahorrativa y austera. Las cartas están atiborradas de recomendaciones para aplicar correctamente el dinero y para que ella pudiese inmiscuirse en el mundo de los negocios. Detenido en Santa Cruz de Tenerife y mientras aguardaba que el vapor partiera con destino a Buenos Aires, expresó:

No cesaré de recomendarte el trabajo y la constante atención á tus negocios, como el medio mas seguro de conseguir la verdadera felicidad, ni tampoco dejare de asegurarte que debes contar con que la muerte sola será capaz de hacer infructuoso para tí el verdadero amor que te profeso. Si te falta mi presencia, no te figures ni un solo instante que te faltará mi apoyo un solo instante, porque desde aquí estoy velando por tí, y talvez mas que nunca (Pueyrredón, 1854f).

Prilidiano afirmó que el dinero bien cuidado garantizaba la estabilidad emocional. Él se había encargado de acompañar a su amada en el montaje de un negocio cuyo rubro desconocemos. Con insistencia explicó cómo ella debía administrarlo, garantizando su apoyo incondicional al proyecto. Él era consciente de que en una pareja la mujer debía ocuparse de los asuntos domésticos y el varón de las garantías materiales que siempre se resuelven en el espacio público. Desde esta perspectiva, fundamentó su viaje a Buenos Aires como así también la prolongación de su ausencia. Él estaba trabajando para el futuro de ambas mujeres, en tanto ellas debía reponer esa acción con orden, respeto, paciencia y austeridad.

Cuando en julio de 1854 Prilidiano partió rumbo a Buenos Aires, lo hizo con la firme promesa de volver a Cádiz para reunirse definitivamente con Alejandra y Urbana. El viaje estaba motivado en negocios que requerían su presencia en el continente americano, cuya resolución aportaría dinero para mejorar la vida material de ambas mujeres. Sin embargo, pasado el tiempo los planes fueron cambiando y él estimó que ellas debían viajar a Buenos Aires e instalarse allí. Todo indicaba que Alejandra daba conformidad a todas las propuestas por él esbozadas.

Pero, en la espera, Prilidiano no ahorraba consejos para orientar los gastos de su

amada. Dirá: “Dentro de dos meses te mandaré otras 12 onzas de oro, con las cuales y lo que tienes podrás emprender tu viaje con toda comodidad; y al mandártelas te indicaré el modo de operar tu venida” (Pueyrredón, 1854e). Él insiste en enviar dinero y en proyectar cómo hacerlo operar en función del viaje de su amante y su hija a Buenos Aires. Dice cómo, cuándo y dónde; ella, lee y ejecuta. Tiempo después, cuando el viaje no se concreta y las cartas son el espacio donde transcurre el vínculo, el sigue enviando dinero en su rol de sostén y continúa esbozando indicaciones para su aplicación. Casi a tres años de la separación, el 14 de enero de 1857, escribió:

La Letra de 24 oz. que giraste contra mí y a favor del Sor. Baltar la acepté por supuesto, y mañana que se vence será pagada. (...) El seguirá dandote, y ya en mi carta le digo que sean tres onzas mensuales y no dos. A Guerrico le doy orden para que le remita un pico como de 15 onzas más que ha de tener en su poder todavía para que no te falte, y le ruego que si sale de Cádiz te deje arreglada de modo que no te falte: que yo le iré supliendo desde aquí (Pueyrredón, 1857b).

Guerrico y Baltar son algunos de los nombres de los intermediarios económicos entre Alejandra y Prilidiano. Estos sujetos eran los eslabones que sostenían la cadena que cubría el secreto del amor entre Prilidiano y Alejandra. Pero, a la distancia espacial se sumaba la generada por el paso del tiempo. Los envíos de dinero se prolongaban. En junio de ese 1857 escribió: “Yo desde aquí trabajo por mí y por tí, Alejandra mí, y por Urbana, incesantemente; no las olvido ni un instante, y llegado el día, tú verás que se acabará esta larguísima ausencia” (Pueyrredón, 1857c).

Él se preocupaba por explicarle cómo administrar su negocio y cómo manejarse para conseguir el dinero enviado desde América, instruyéndola en asuntos de orden público que, quizás, la mayoría de las mujeres de la condición de Alejandra desconocían. También se ocupó de marcar el destino de sus gastos argumentando la necesidad de ser austera. Alejandra tenía una estrecha relación con su madre y su hermana Pepa como así también con una mujer llamada María, quien colaboraba en la crianza de Urbana. El vínculo no solo era afectivo, ella las ayudaba en términos económicos, incluso su hermana trabaja en su proyecto comercial. Gestos que Prilidiano observó con cierta preocupación: “A la pobre Pepa harás bien de seguir socorriéndola en lo que puedas; pero no te vayas a figurar que tenes la obligación de darle todo lo necesario á costa de lo tuyo. Piensa en tu hija” (Pueyrredón, 1856a). Él era consciente de que Alejandra superaba a las mujeres de su familia en solvencia económica y capacidad intelectual gracias a la relación sentimental que los unía. Por lo cual, la alertó en varias cartas sobre el riesgo de convertirse en el sostén material de la familia, descuidando así el futuro de su hija. Él enviaba sistemáticamente dinero

para que ambas vivan dignamente y no quería que esa situación cambie por causa de la generosidad de su amada. Asimismo, ponía especial énfasis en observar los gastos que la madre hacía para satisfacer las necesidades de la niña:

Me dices en tus cartas que le has mandado a hacer una cama á Urbana, porque se caía de la cuna. No desapruero por cierto ese gasto, con tal que no sea una cama demasiado pomposa para sus actuales recursos; pero sí deseo que se haga de modo que le dure unos cuantos años, porque no quiero que á cada paso tenga esa señora que andar cambiando de muebles (Pueyrredón, 1856b)

El fragmento deja en claro el lugar de autoridad de Prilidiano en la pareja. En este caso, no desaprobó la inversión, pero tampoco se privó de esbozar un consejo propio del pensamiento ilustrado para con las mujeres: la sencillez y austeridad como condición de la belleza femenina. Una mujer debía ser silenciosa, abnegada, laboriosa, cuidadosa, atenta, sencilla, simple, austera y muy precavida. Él no quería que su hija fuese una despilfarradora vanidosa, sino una dama sencilla y correcta. El entrenamiento en consumos excesivos desde la tierna infancia conducía a la formación de una mujer presumida y caprichosa. Para Prilidiano la belleza femenina consistía en la inteligencia, la independencia, la austeridad y la sencillez. Los consejos de Prilidiano se inscribieron en los lineamientos de la razón ilustrada. Dirá: “Es menester que la razón ilustrada guie todos nuestros pasos: no te fíes nunca en los solos impulsos del corazón: son buenos en el tuyo porque tu alma es recta y noble pero suelen ser indiscretos” (Pueyrredón, 1856a).

Este es el punto, Alejandra como mujer que vivía sola y educaba en esa condición a su niña debía renunciar a los arrebatos de pasión y, por ende, debía guiarse por la racionalidad ilustrada (Mó Romero y Rodríguez García, 2005). Entendemos que, con su arenga, compuso un proyecto familiar en la distancia ordenado por lo que, Lourdes Peruchena (2010), llamó la ternura ilustrada producto de la asociación complementaria entre madres y padres para la formación de los futuros ciudadanos. En este reparto de intervenciones, las madres operaban como agentes clave en el paso del espacio privado al público. Justamente, él dedica largos pasajes de sus cartas para explicar cuáles eran las acciones que una madre debía evitar en la crianza. Recuperando la idea de que la rectitud en el trato cotidiano redundaría en niños respetuosos y sumisos que no escandalizan el orden público con sus caprichos y así lograrían ser aceptados y queridos.

Entre los bastidores de las cartas se advierte que, por su condición de varón intelectual y adinerado, él se ungió autoridad en la vida de sus mujeres. Varias veces definió a Alejandra como su discípula: “Tu carta de ayer está todavía mejor puesta que

la anterior; te confieso que estoy sorprendido de lo que haces, y que no lo esperaba, sin embargo de que yo soy quien mejor debía presentirlo, pues alfin eres mi dicipula (Pueyrredón, 1854b).

Más que linda y bella, prefería que Alejandra fuese independiente e inteligente. Entonces, se ocupó de alfabetizarla e instruirla en temas de negocios, pero también culturales. Pondrá especial énfasis en enseñarle a escribir y a leer, corrigiendo su escritura y armándole listas de lecturas. Recordemos que, si bien al promediar el siglo XIX la sociedad española reconoció legalmente la coeducación en las escuelas de primeras letras, el proceso de incorporación de las mujeres a este sistema fue paulatina. Por lo cual, los índices femeninos de alfabetización fueron superiores a los de escolarización. Las mujeres se educaban en los hogares, al calor de la necesidad de la vida cotidiana y en función de los entornos familiares que las abrazaban (Mó Romero, y Rodríguez García, 2005).

Sin dudas, Prilidiano se proyectó como el armador y artífice de la pareja. Su presencia o ausencia siempre fue leída en función de la construcción del vínculo y en su rol de sostén. Su regreso a Buenos Aires se fundamentó como un hito necesario para reunir los bienes materiales que la pareja requería para sobrevivir. En este punto, él sujeto estimó con pesar no estar al frente de la supervisión de la educación de su hija, Urbana, pero entendía que el rol de cuidado en los primeros años de vida recaía sobre la figura materna. Entonces, apelando al mismo impulso que lo sitúa en el lugar de mentor de Alejandra, se posiciona como el supervisor omnisciente con capacidad de veto sobre las prácticas de crianza que la mujer describe en sus cartas. Dirá: “espero que te acordarás de mis consejos, y que obrarás con juicio. Ya ves que todo sacrificio trae consigo dos bienes, que son la propia conciencia, y la estimación de los demás, que son los dos mayores bienes de este mundo” (Pueyrredón, 1854b).

### **Prilidiano, el amigo enamorado**

Como quedó demostrado en el apartado anterior, a través de sus cartas Prilidiano se presentaba como el sostén material y cultural de Alejandra. Pero, esa postura potente y de autoridad era fagocitada por las pasiones que la joven muchacha despertaba en él. Las cartas están repletas de figuraciones amorosas. Prilidiano imagina el cuerpo, los besos, las caricias y los favores sexuales de su amada. Su pluma se detiene en los detalles, quizás para recrearlos en la ausencia, quizás para que ella sepa que él la recordaba con exactitud. Esas imágenes lo llevaron a afirmar que un varón enamorado de su mujer, siento por ella un deseo tan ardiente que no se equipará al amor que puedan despertarle todos los hijos que ella pueda darle.

Él dirá: “Alejandra, es tanto lo que estoy viendo que te quiero” (Pueyrredón,

1854c). En estos pasajes, la escritura adquiere la lentitud y la repetición propia del discurso amoroso. Amada mía, negra mía, morena mía, una y otra vez vuelven a la prosa junto a la afirmación de que su único placer es escribirle. Roland Barthes afirmó: “el discurso amoroso, por lo general es una envoltura lisa que se ciñe a la imagen, un guante muy suave en torno al ser amado. Es un discurso devoto, bien pensante” (1982: 36). En este sentido, Prilidiano dirá:

No tengo otro placer que el de escribirte. No debe sorprenderte esto porque en la inmensa soledad del Oceano, y de mi corazón ¿qué otra cosa más grata puede haber para mí que conversar un rato con mi divina amada morena? Poca prueba de amor seria esta en efecto, si durante mi permanencia en Sevilla, donde abundaban las diversiones, no te hubiera probado también por mis cartas, que tú ocupas constantemente mi imaginación [...] Si, Alejandra, tú eres y serás la única mujer que posea este corazón: te quiero como á una mujer cuyo contacto es para mi delicioso, y te quiero también porque eres, por decir así, mía, y porque se ha hecho para mi alma una necesidad verte feliz. Te quiero enfin, Alejandra, y bajo este punto de vista es más que querer lo que te tengo, es una fé pura, es un sentimiento profundo de respeto (Pueyrredón, 1854h).

El sujeto enamorado insiste en reconocer la exclusividad de su amada en el orden de sus sentimientos y de su deseo. Ese amor que irrumpe físico y mundano es consumido en el fuego de una pasión que lo purifica y cubre de respeto. Él cree en ella y en esa clave asume la fidelidad y la espera mutua. Sin embargo, para nombrar el vínculo que los une acude a la expresión, amistad. Dirá: “piensa que esa chiquilla constituye la mitad de mi existencia, y el lazo más tierno que te une á tu mejor amigo\* al amigo que nunca te ha de faltar, que solo desea tu felicidad” (Pueyrredón, 1854f).

Sabemos que el significado de la expresión amistad fue variando con el tiempo (Pizzolato, 1996). Al promediar el siglo XIX, que un varón nombrara amiga a una mujer de otra procedencia social con la que, además, tenía una hija, era un signo que remarcaba la masculinidad del sujeto y su rango social, al tiempo que limitaba la proyección de la mujer. Alejandra era su amiga, una querida amiga. Con ella se permitía hablar de diversos temas: su trabajo, la situación política tanto española como argentina, sus ex novias, la salud, el vínculo con su madre, su deseo sexual, sus apremios económicos. Esa horizontalidad en el trato de amigos contrastaba con los propios de la sociedad conyugal, donde la dama era un respetado y atento complemento, cuya asimetría era compensada con los cuidados propios de los mandatos y presentaciones del orden público y social.

Yo no tengo ni novia ni querida; las mujeres no existen para mí: tú eras la única que me ocupa, y me ocupas todo entero [...]. Para ¿qué quiero más? No tengas esas ideas, y si las tienes, y no bastan mis palabras y mis hechos á convencerte de lo contrario, si crees que yo te engaño y no soy digno del cariño completo de una mujer, no pierdas tu tiempo conmigo, déjate amar por otro y hazlo feliz. Yo me consolaré pensando que ha sido tu gusto y que vives contenta.

Me dices que una mujer joven como tú necesita de un hombre que la satisfaga: es cierto y lo sé muy bien; pero te responderé que un hombre que no es viejo también necesita de una mujer, y que se priva de la única que quiere porque así es preciso; y tiene paciencia y espera á poder juntarse definitivamente y de modo á no tener de nuevo que nuevas separaciones (Pueyrredón, 1857c).

Ante el recuerdo de la amiga lejana, las mujeres perdían agencia. Ella ocupó toda su imaginación y sus pensamientos. Él, experto en el arte de la representación, sabía marcar la diferencia entre imagen y semántica. En este sentido, él la veía y la sabía su elegida y, por ende, única entre tantas muchachas de su clase social que le presentaban. Sin embargo, el fragmento citado está extractado de una misiva enviada a casi tres años de la separación. En el tono general de la carta, se advierte que él respondía a reclamos de Alejandra. Entonces, insistía con las garantías de exclusividad. Pero también la deja librada a que decida si deseaba esperarlo o no, afirmando que su amor no cambiaría con el veredicto. En esta lógica ese yo enamorado, seguro, deseante, exclusivo se perdía en beneficio de una tercera figura que describimos a continuación.

### **Prilidiano agobiado, solitario y celoso**

Alejandra: sí, me contrista, porque la idea de verte desagradecida á mis desvelos, la de tener que renunciar á tantas esperanzas como tengo fundadas sobre tí, a tantas ilusiones (las últimas de mi vida), que tengo concentradas en tu noble corazón, seria para mí como cerrar y doblar la última pájima de mi juventud, y empezaría ya la vejez, árida, solitaria y tristísima (Pueyrredón, 1854c).

Cuando Prilidiano se instaló en Buenos Aires y comenzó a pasar el tiempo dejando cada vez más lejano el reencuentro, Alejandra lo interpeló con una serie de reclamos. Entonces, él optó por responder desde la melancolía y la soledad de su situación, inmerso en una espera que se dilataba al punto de volverse condición (Starobinski, 2016). En esa espera el sujeto se desgarraba y desesperaba, victimizándose

ante la demanda femenina. La ausencia de su amada lo lastimaba en cuerpo y alma: “¡Dios mío, Alejandra mía! como estoy al escribirte estas líneas; se me salta los botones de pantalón: esto es un sufrimiento enorme: deseo estar contigo más que la vida” (Pueyrredón, 1854c). Como final de sus cartas varias veces él afirmó “dejar aquí” porque el deseo lo consumía impidiéndole continuar. Escenas de lectura femeninas, ensimismadas, de cartas fue una imagen que el arte del siglo XVII tomará con un registro ambivalente. En tanto, el deseo amoroso envolvía a esas personas y, si bien los varones estaban ausentes, se fomentaba el gesto mirón que daba indicios de masturbación. Prilidiano y Alejandra pintan escenas en sus cartas para leerse y verse y, en esos intercambios, él enunciaba el padecimiento del sexo solitario (Laqueur, 2007). El discurso patriarcal ubica al varón como poseedor y con una real necesidad de penetrar y eyacular, en tanto el carácter frío y pasivo de las mujeres las libera de esas urgencias físicas (Laqueur, 1994). Por el contrario, ella desde la comodidad de su condición femenina, reclamaba al tiempo que disfrutaba de su maternidad lograda. Él expresó: “Pobre de mí, que estoy solo y nada tengo que me indemnice, mientras que tú tienes a tu hija, con cuyas gracias y caricias, poco á nada estrañarás á los ausentes” (Pueyrredón, 1854g). En este punto, adquiere sentido las afirmaciones de Prilidiano en relación a que un varón quiere más a su mujer que a sus hijos, una mujer no. A la inversa, ellas alcanzan la plenitud de su ser con la maternidad.

Me cuesta muchísimo seguir mi viaje sin llevar noticias tuyas. Pero te perdono esta falta, porque como tantas veces te lo he dicho, lo que no tiene más consecuencia que hacerme sufrir á mí solo, me importa poco; otra cosa es ya lo sabes cuando tú recibes daño, porque entonces me desespero (Pueyrredón, 1854g).

La ausencia se prolongaba y las cartas se convirtieron en una arena de reclamos. Ella demandaba la presencia de su amado tanto en su vida como en la crianza de la niña. En tanto, él contaba los días y las horas que su amada demora en escribirle, se sentía dejado, solo, agobiado, no reconocido al borde del olvido. La llama ingrata: “Todo esto está muy bien, pero no obstante, no estoy enteramente contento de tí, porque si recibiste el 11 la mía del 10 ¿porqué no me has contestado hasta el 13?” (Pueyrredón, 1854c).

El discurso se volvió ambivalente. Él quería que ella desde la libertad propia de la amistad lo elija eternamente como amante. Sin embargo, repetidas veces afirmaba: “porque mi corazón sufriría mucho si llegase a saber que te descuidas en cumplir conmigo, que tanto te amo. Eres libre, puedes hacer lo que quieras, y yo no te pido amor por amor; da tu corazón y tu cuerpo á otro hombre” (Pueyrredón, 1854c). Él es consciente de que sólo le ofrecía amistad, por eso escribió la posibilidad de que

ella forme pareja con otro varón. Sin embargo, no se privó de nombrar el dolor que esa decisión le provocaría.

Cuando nos veamos, no habrá más diferencias [...] todos tendremos algunos meses más; esto al menos por mi parte: en cuanto a ti, tal vez te encuentre casada con un hombre de tu gusto, lo que me causaría dolor con tal que hubieses de ser feliz con él, que es todo mi [...] Digo esto, y sin embargo oigo una voz interior que me dice que tú no haz de hacer, y que ni aún has de abrigar un momento tal idea; y que asegura que tú has de conocer que ninguno te ha de hacer tan dichosa como yo. Si esta voz secreta no me engaña, si te resuelves á consagrar tu á tu hija y al amigo tan conocido y experimentado que tienes, este sabrá agradecerte y recompensarte. Tú has sido para mi siempre una excelente amiga, y por mi parte no deseo otra cosa más que morir al lado tuyo y qué, viejo o joven, tu hija me cierre los ojos (Pueyrredón, 1854g).

La espera se prolonga y en una última carta que conocemos del intercambio afirmó:

Dos años hace que no tomo la pluma ¿Quién lo creyera, sabiendo que tú y tu hija están siempre presentes en mi corazón? [...] Va corriendo el sexto año desde que nos separamos, vieras, tal vez no me conocerías; mis padecimientos grandes, y han dejado profundos rasgos en mi pobre fisonomía. Blanco de canas, arrugado, represento cincuenta años. Se acabó la juventud; pero no lo siento, porque no tengo nada que perderle ya, pues mi única ambición es cuidar á Urbana, y tenerla a mi lado con su madre, para que me acompañen en mis últimos años (Pueyrredón, 1859).

### **Prilidiano, el padre**

El sujeto melancólico y solitario, sin embargo, no deja de anhelar descendencia. En los varones de fortuna dejar herederos implicaba la continuidad de su patrimonio. Prilidiano confesó amar a Urbana, pero también expresó que quería tener más hijos, con preferencia de sexo masculino. Dirá:

Como no me dices si han aparecido ya la reglas, supongo que seguirás sin ellas, y que cada día te se irá haciendo más probable el nuevo embarazo. Tampoco me hablas de tu estómago ni del pecho, que son señales ciertas. No sé como te olvidas de hablarme de esto, que debería ser lo principal. Ya en mi anterior te dije que me alegraría infinito que

estuvieras otra vez ocupada y ahora te lo repito. Desearía también que no fuese el solo, pues gracias a Dios, tengo los bastantes recursos para educar una docena, si preciso fuese, y te quiero á tí tanto que no me espantaría de que tuvieses la ocurrencia de darme 100. Solo lo sentiría en tal caso por lo que tendrías tú que padecer [...] creo que es porque eres joven y tener hijos es una necesidad de tus pocos años; y pobre de la mujer que tiene hombre, y pobre del hombre que tiene mujer, que no tienen hijos; porque eso es como si Dios maldijera sus amores, y no pueden ser felices (Pueyrredón, 1854c).

Prilidiano, educado en el siglo XIX, entendía que los varones deseaban tener hijos, pero las mujeres los necesitan para encontrar su fin en la sociedad. En este punto, a ellas les bastaba con tener hijos, sean mujeres o varones, en cambio ellos necesitaban descendencia masculina. El mundo de la política, el campo intelectual y los negocios eran asuntos de varones, de allí la preocupación por aquella sospecha de embarazo que finalmente no fue.

Alejandra mía, no dejes de hablarme de tus sospechas de embarazo, á las cuales yo doy mucho crédito, porque te sentí el útero, como te acuerdas, muy dilatado, la última vez que te toqué. Lo mismo que te decía desde Sevilla, te repito ahora, que me alegraré infinito que me des otra prueba de tu fecundidad, que es la bendición visible de Dios. Desearía sobre todo que tuvieras un niño, á quien pondríamos el nombre de Alejandro, que suena tan dulcemente á mis oídos, y que repito á cada instante en mi soledad. Si ahora estas embarazada, no abortarás como ahora dos meses, por culpa mía, y llevarás probablemente un embarazo poco penoso. A mí me dice el corazón que lo estás y que es un varón ¡Dios lo quiera! y así tendrás una garantía más para el porvenir (Pueyrredón, 1854g).

El pasaje es interesante porque deja en claro que después de Urbana vinieron otros hijos que por descuido se perdieron. Llevar adelante un embarazo y parir en el siglo XIX eran asuntos de orden privado, doméstico y de riesgo. La familiaridad con que el sujeto habla del cuerpo de Alejandra lo hace cómplice en un deseo que parece mancomunarlos.

Siento mucho que hayas tenido la Regla, porque no me contento con Urbana sola, y yo me había figurado que, á mi vuelta, me iba á encontrar con otro lloroncito mas, al cual le había destinado ya buena parte de mi corazón (Pueyrredón, 1854i).

Podemos hipotetizar que la ausencia de embarazo corta la posibilidad de ser padre de un niño y, quizás, eso mitigó el deseo de volver. La mujer estaba satisfecha con su hija, en cambio él necesitaba un heredero.

## A modo de cierre

Las veinticinco cartas de Prilidiano nos muestran cuatro fases de un sujeto enamorado: la autoridad, la pasión, la soledad y el deseo de descendencia. En la intersección de esas voces ordena el control afectivo de la mujer receptora que parece responder obedeciendo, pero también reclamando. Ellos se separaron en julio de 1854 y no volvieron a verse. Las promesas de reencuentro se plasmaron en el papel sin trasuntar al orden de la realidad. El amor de ella fue consumido al calor de la ambivalencia sufriente del sujeto enamorado que murió soltero y sin hijos reconocidos, tal como había prometido a su madre.

La riqueza de estas cartas lejos de residir en lo que dicen sobre Prilidiano, lo hace en la posibilidad que brindan de asomarnos a las relaciones de pareja en el siglo XIX, en su capítulo masculino. Sin pudor, el emisor escribe a la mujer amada, y en ese acto alude tanto a lo que siente, piensa, desea y presupone sobre ella. En la conjunción de esos sentimientos articula las cuatro figuraciones de su yo: potente, enamorado, celoso y proveedor.

## Bibliografía

- Allemandi, C. (2017). *Sirvientes, criados y nodrizas. Una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires* (fines del siglo XIX y principios del XX). Buenos Aires: Teseo.
- Amigo, R., Luna, F. y Giunta, P. (1999). *Prilidiano Pueyrredón*. Buenos Aires: Banco Velox.
- Barrera, B. y Sierra M. (2020). Historia de las emociones ¿Qué cuentan los afectos del pasado? Historia y Memoria, número especial.
- Barthes, R. (1982). *Fragmentos de un discurso amoroso*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bouvet, N. (2006). *La escritura epistolar*. Buenos Aires: Eudeba.
- Burke, P. (2006). *Formas de historia cultural*. Madrid: Alianza.
- Caldo, P. y Sguigna L. (2024). Alejandra a través de las cartas de Prilidiano. Una aproximación al contenido y a la forma de la escritura epistolar, 1853-1859. *Descentrada* (en prensa).
- Cantatore de Frank, N. (2012). *Prilidiano Pueyrredón. Su época, su vida, su obra*. Buenos Aires: Orientación Gráfica Editora.
- Chartier, R. (1996). *La escritura de las prácticas*. Foucault, de Certeau, Marin. Buenos Aires: Manantial.

- Crespo, N. (2016). Señor y amigo: Persuasión y política en nueve cartas inéditas de Eduarda Mansilla. *Decimonónica* 149. Recuperado: <https://digitalcommons.usu.edu/decimononica/149>
- Elissalde, R. (2022). *Prilidiano íntimo*. Buenos Aires: Sammartino.
- Espigado, G. (2006). Las mujeres en el nuevo marco político. En Morant, I. (dir.) *Historia de las mujeres en España y en América Latina III*. Madrid: Cátedra.
- Fugardo, M. y Caldo, P. (2020). *La cocinera argentina*. Un recetario del siglo XIX de enigmática autoría. Martínez: Maizal.
- Gunn, S. (2011). *Historia y teoría cultural*. Valencia: PUV.
- Laqueur, T. (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Crítica.
- Laqueur, T. (2007). *Sexo solitario. Una historia cultural de la masturbación*. Buenos Aires: FCE.
- Lyons, M. (2016). *La cultura escrita de la gente común en Europa c. 1860-1920*. Buenos Aires: Ampersand.
- Marin, L. (2023). *El arte del retrato*. Buenos Aires: SB.
- Masán, A. (2023). *Estrellas y amapolas*. Las pinturas rurales en Prilidano Pueyrredón y las sensibilidades en la Buenos Aires de 1860. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Milanich, N. (2023). *¿Quién es el padre? La pregunta por la identidad paterna a lo largo de la historia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Morant, I. y Bolufer, M. (1998). *Amor, matrimonio y familia*. Madrid: Síntesis.
- Mó Romero, E. y Rodríguez García, M. (2005). ¿Deberes que generan derechos?: la patria y las mujeres en el pensamiento ilustrado. En P. Pérez, Cantó, y S. Bandiri (Coord.), *Educación, género y ciudadanía. Las mujeres argentinas: 1700-1943*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Pallares-Burke, M.L. (2005). *La nueva historia. Nueve entrevistas*. Valencia: PUV.
- Peruchena, L. (2010). *Buena Madre y virtuosa ciudadana*. Montevideo: Rebecka Linke editora.
- Pluet-Despatin, J. (1992). "Contribución a la Historia de los Intelectuales. Las revistas", en *AméricaLee. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX*. Disponible en: <https://americalee.cedinci.org/>
- Pizzolato, L. (1996). *La idea de la amistad*. Barcelona: Muchnik.
- Reddy, W. (2008). *The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.

Sarlo, B. (1992). "Intelectuales y revistas: razones de una práctica", en Cahiers du CRICCAL, nº 9-10.

Segato, R. (2018). *La guerra contra las mujeres*. Buenos Aires: Prometeo.

Serna, J. y Pons, A. (2005). *La historia cultural*. Autores, obras, lugares. Madrid: Akal.

Simonnet, D. (2004). *La más bella historia del amor*. Buenos Aires: FCE.

Starobinski, J (2016). *La tinta de la melancolía*. Buenos Aires: FCE.

Vicens, M. (2020). *Escritoras de entresiglos: un mapa transatlántico. Autorías y redes literarias en la prensa argentina (1870-1910)*. Bernal: EUNQ.

Viveros Vigoya, M. (2016). "La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación". *Debate feminista*, 52: 1-17.

### Corpus documental

Expediente Sucesorio N 7489. (1875-1882). Recuperado de Ciudad de Buenos Aires, Argentina registros, imágenes, FamilySearch: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:3QHQ-1QW1-8Q26:15denoviembre>

Pueyrredón, P. (4 de abril de 1854a). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (6 de abril de 1854b). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (14 de abril de 1854c). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (20 de julio de 1854d). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (1 de noviembre de 1854e). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (7 de julio de 1854f). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (12 de julio de 1854g). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (22 de julio de 1854h). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (23 de septiembre de 1854i). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (25 de mayo de 1855a). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (1 de diciembre de 1856a). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (29 de enero de 1856b). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (2 de julio de 1856c). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (1 de septiembre de 1857a). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (14 de enero de 1857b). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (1 de junio de 1857c). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

Pueyrredón, P. (26 de noviembre de 1859). [Carta a Alejandra Heredia]. Expediente Sucesorios (Reg. 7490), Archivo General de la Nación.

## La historia, la literatura. La historia cultural: apuntes para unas prácticas en torno a la narratología historiográfica

### History, literature. Cultural history: notes for practices around historiographic narratology

Jaime Peire

Universidad Nacional Tres de Febrero

*Cita sugerida: Peire, Jaime. (2024) La historia, la literatura. La historia cultural: apuntes para unas prácticas en torno a la narratología historiográfica; Hablemos de Historia, Año 2, N° 3, Universidad Autónoma de Entre Ríos: Paraná.*

---

#### Resumen

Este trabajo se propone reflexionar sobre algunos aspectos de la relación entre Historia y Literatura enfatizando el enfoque de Hayden White sobre esa relación, considerando algunas de sus afirmaciones sobre ella y haciendo una apreciación crítica de algunas de sus aristas. Estas reflexiones nacieron de un encuentro, realizado en la Universidad Nacional de Tres de Febrero en 2011, en el que el propio White estuvo presente y que fue editado poco más tarde (Tozzi y Lavagnino, 2012). En la misma línea se propone explicitar un intercambio de impresiones por mail que siguió a este encuentro entre el historiador norteamericano y el autor del presente artículo. Finalmente se integrarán –aunque de forma breve– algunos aspectos de la evolución de la relación entre Literatura e Historia, desde el llamado “giro lingüístico” y desde el construccionismo social, hasta la historia de las emociones.

En este estudio se encuentra el cruce de lo historiográfico con lo testimonial; no sólo por la mención a una conversación personal con Hayden White (a partir de ahora H.W.) y la exposición y respuesta a este autor, sino porque se ha preferido para discurrir y hacer discurrir (del latín, correr de un lado a otro) un tono personal del que me disculpo de antemano y ruego la empatía del lector. He preferido en esta especie de cavilación o reflexión personal usar la primera persona del singular porque esta consideración sobre la relación entre Historia y Literatura interpela a mi carrera como un todo (1984-2024); me interpela a mí y esto quizás no sólo me sirve a mí mismo: puede que sirva a alguien que lea estas (realmente) modestas líneas.

**Palabras claves:** Historia cultural-giro lingüístico-Hayden White.

## Abstract

This paper aims to reflect on some aspects of the relationship between History and Literature emphasizing Hayden White's approach to this relationship, considering some of his statements about it and making a critical appreciation of some of its edges. These reflections were born from a meeting, held at the Universidad Nacional de Tres de Febrero in 2011, in which White himself was present and which was published shortly after (Tozzi & Lavagnino, 2012). In the same perspective, it is proposed to make explicit an exchange of impressions via email that followed this meeting between the American historian and the author of this article. Finally, some aspects of the evolution of the relationship between Literature and History will be integrated, albeit briefly, from the so-called "linguistic turn" and from social constructionism, to the history of emotions.

In this study we find the intersection between the historiographical and the testimonial; not only because of the mention of a personal conversation with Hayden White (H.W.) and the exposition and response to this author, but also because it has been preferred to think and make flow (from Latin, run from one side to the other) a personal tone for which I apologize in advance and ask for the reader's empathy. I have preferred in this kind of personal thought or reflection to use the first person singular because this consideration of the relationship between History and Literature challenges my career as a whole (1984-2024); It challenges me and this perhaps does not only serves myself: it may serve someone who reads these (really) modest lines.

**Keywords:** Cultural history-linguistic turn-Hayden White.

## Historia de los dinosaurios

Hace ya mucho tiempo, cuando era un estudiante de historia, entendía que la única forma de hacerla “científicamente” era la teoría del ascensor. En el piso de abajo estaban los aspectos económicos. Tomar para arriba el ascensor era ir de las causas hacia los efectos y viceversa. Conocer los condicionamientos económicos era lo que hacía posible un discurso histórico sólido pues era el piso causal de todo discurso histórico científico. También aprendí que para expresarlo correctamente debía utilizar la estadística y los cuadros. Ese era el hecho y la evacuación de la evidencia en que descansaba la demostración.

Con el paso del tiempo y de la producción historiográfica, este presupuesto de trabajo devino en la historia social. Hay un diálogo, profundo entre la sociedad y sus clases sociales (porque en ese momento la expresión “clases sociales” era incontestable y vertebraba el discurso histórico); o entre la sociedad consigo misma que genera la dinámica social. Siempre se necesita un espejo donde mirarse; y esta dinámica (de la conversación, en espejo o no) puede ser confrontativa o no: esa ha sido la pragmática con que he tratado de hacer historia social. Todo era certeza de que si uno hacía los deberes, el mundo mejoraría porque habría una explicación razonable y eficiente de las cosas y eso posicionaría a los actores y agentes hacia un mejoramiento del mundo. Al mismo tiempo yo tenía una misión y un compromiso con la sociedad como historiador que era leer el pasado correctamente –con esas coordenadas- y comunicarlo en el registro que me tocara.

Más tarde descubrí otras ciencias de la ciencia (Epistemologías) Otras formas admitidas de construir ciencia: la hermenéutica –heredera de la fenomenología- que había producido un giro, el giro *hermenéutico*. Yo debía aprender que estaba en un círculo hermenéutico y de esa forma darme cuenta que no era posible tener el “ojo de Dios” (aunque podía intentarlo) sino más bien medir la incidencia de mi punto de vista en mi producción historiográfica.

El mundo había entrado en la crisis del petróleo y las ciencias de la cultura dejaron de creer en la economía como *factotum* de la vida y de las ciencias históricas, porque la fe en la economía como el *deus ex machina* de las explicaciones y de las narraciones se había perdido. Y la fe en las grandes narraciones le siguió. George Duby y Michel Vovelle –dos historiadores emblemáticos en los años setenta y ochenta del siglo XX- se volvieron menos economicistas y más culturales porque –según ellos mismos- no habían podido demostrar en sus investigaciones que la economía podía articular una historia total.

El descubrimiento de la hermenéutica pronto se mezcló con otras corrientes que me cambiaron para siempre. La primer consecuencia fue darme cuenta que el len-

guaje era fundamental para validar mi construcción historiográfica, porque era una construcción social por un lado, y porque muchas veces producía lo que significaba. En ese sentido la evidencia estaba en el lenguaje en su responsividad, es decir en su capacidad de contener el mundo social. Pero además, para poder valerme de esta responsividad debía aprender a realizar una semántica histórica pues esta no era tan transparente como lo había pensado: no reflejaba las cosas como en un espejo. Ya para ese entonces admitía implícitamente algo que me llegó de pleno más tarde: el construccionismo. Todo el mundo de la vida era de alguna manera una construcción, aunque esta fuera en definitiva una fabricación con materiales recibidos: o precisamente por ello.

Mi relato equivale a decir que cuando estaba estudiando el *giro hermenéutico* me impactó de lleno el giro lingüístico. Si bien venía ensayándolo desde un tiempo, hubo un momento en que advertí que “todo” estaba en el lenguaje: después tomé un poco de distancia, claro. Pero ese impacto se produjo por otras lecturas más allá de las lecturas de los historiadores que lo practicaban de manera más o menos plena. La primera versión me llegó por vía de la *Begriffsgeschichte* (historia de los conceptos) vía Reinhart Koselleck (1997). Después otros muchos historiadores: Roger Chartier, Peter Burke, Francois Dosse, Pierre Rosenvallon, y la historia cultural. Más tarde y en el ámbito nacional, directamente del estudio de los dispositivos discursivos y los juegos del lenguaje: Noemí Goldman, Elías Palti, Jorge Myers, y tantos otros. De pronto el *giro lingüístico* estaba en todas partes.

Pero hubo un costado más sutil y profundo que me había preparado para esta recepción gozosa en ese momento: las lecturas filosóficas que desde siempre había hecho aunque de manera desordenada como corresponde a un modesto historiador: fue un salto del *giro hermeneútico* (Ricoeur, 2004) hacia el lenguaje en la versión de Hans George Gadamer. (Gadamer 1993). A partir de allí, leer a la Escuela de Cambridge y su versión del giro lingüístico (texto en el contexto) y los historiadores que seguían sus lineamientos, era cuestión de tiempo.

Comenzar a incorporarlo en la práctica historiográfica fue relativamente sencillo: todo texto no puede no captar responsivamente un contexto de manera más o menos inclusiva. La cuestión era registrarlo y ponderar esa relación correctamente por medio de una metodología responsable. Esa metodología reponsable fue la *semántica histórica* de Koselleck. En la semántica están los (sutiles muchas veces) desplazamientos del lenguaje y sus significados que remitían a tramas de significados expresados (o que expresaban, según se guste) a través de determinados sistemas simbólicos (Geertz) o una “acumulación de sentidos” (Ludmer).

Una palabra sobre Clifford Geertz: la profundidad y el impacto de su lectura en las

ciencias humanas y sociales fue enorme. Más aún después de la publicación del libro de Roger Chartier *El mundo como representación* que pretendía tomar la posta del Programa de Annales, pero esta vez basado en la representación. Chartier toma el concepto de mundo y de cultura geertziano diríase que inevitablemente. (Godoy y Laboranti, 2005, p. 13). Sus disputas con Peter Burke no hicieron sino entusiasmar al lector y ponerlo a pensar en la historia cultural en paralelo con el *giro lingüístico*.

Si la palabra mágica en las ponencias de los congresos de los '80 fue "estrategias"; en los noventa resultó ser "representación" o "representaciones" aludiendo a un fenómeno inscripto en algo colectivo o social que inventaba mundos: y esa fábrica de mundos –construcción de significados a través de los sistemas simbólicos– fue la columna vertebral de la historia cultural que se desplegó en los noventa (Geertz, 2002, p. 187).

### **Giro lingüístico e imaginarios**

En consonancia comencé a sentir el pactado de corrientes filosóficas que quitaban importancia a "la" verdad como yo inocentemente la conocía: buscaba "la verdad histórica", al menos era lo que me habían enseñado desde niño. Pero la verdad también era algo construido y en construcción, y construido socialmente. Me refiero al *construccionismo* social en pleno, tal como lo habían definido paradigmáticamente Luckmann y Berger (1979) y que contrastaba con las enseñanzas aprendidas. En particular fue profunda la influencia de Hayden White, aunque probablemente no en todos los términos que sus escritos expresaban. Pero el historiador –en verdad– de alguna manera ficcionaba: jugaba con la ficción y "la" verdad metafísica en el orden teórico la verdad abstracta, en fin, no entraba allí. En mi práctica ya lo venía haciendo en el estudio de los imaginarios a principios de la década del 80.

De hecho debo haber sido uno de los primeros en Argentina en dirigir un Seminario sobre "El imaginario" (1988). Poco más tarde otro seminario mío se titulaba: *La historia del imaginario y el imaginario en la historia*. El subtítulo de un libro que yo había escrito también hacía referencia al "imaginario". Muchas evidencias que allí recogía –en realidad las que considero más importantes– eran metáforas y juegos del lenguaje que nos conducen –pensaba– hacia las representaciones colectivas. De allí no tuve más remedio que deslizarme hacia "los" imaginarios. (Castoriadis 1975, Baczko, 1991, Wunenburguer 2008).<sup>1</sup> Los imaginarios permitían un juego más plástico sobre las acciones que las (viejas) representaciones durkheimianas según las entendía yo en mi propio taller historiográfico.

En síntesis me parece que lo importante era que me estaba deslizando epistemológicamente hacia un plano donde "la" verdad no era tan importante como *lo veraz*,

1 Cito esta vez según orden de lectura deliberadamente.

*lo verosímil y lo posible*. Las cosas no se dividían en verdaderas y falsas, ni interesaba tampoco ésa perspectiva: ni en la ciencia humanística ni en la historia. Paralelamente recibía influencias desde la filosofía que alentaban esos puntos de vista, desde la crítica a una ciencia construida desde una razón presuntamente plena, que había fallado en explicar las “razones” del mundo y las “causas” de la historia.

La influencia de H.W. sobre mi producción historiográfica se produjo en dos planos: por un lado en el plano de cómo era producida y debía ser producida la narración historiográfica: es decir, entender definitivamente que toda historia es una producción narrativa -o dentro de algún aspecto narrativo- que se construye. Y que debía entrenarme en esa construcción. Porque no era lo mismo -en mi interpretación- decir que la historia era una construcción que decir que la historia se ajusta a un relativismo sin responsabilidad. Mi compromiso con la sociedad seguía siendo éticamente fuerte. Pero este había cambiado de naturaleza.

Por otro lado, en el objeto mismo de estudio: los imaginarios sociales. La “verdad” a estudiar se tornaba plástica. No importaba tanto lo fáctico como lo posible. Entendería mi objeto de estudio no tanto cuando entendiera “hechos” -esto ya era muy viejo- como cuando entendiera lo que era posible en determinado momento y el sentido que esa posibilidad tenía en el mundo de la vida. Eso *también* era un hecho, un acontecimiento, aunque esto siempre fuera apoyado y avalado por fuentes.

De esta manera mi producción se desplazó hacia el estudio de los sentimientos, (los sentimientos patrióticos) con un *corpus* documental central basado fundamentalmente -aunque no sólo- en piezas de lírica y teatro, infiltrando esquemas psicoanalíticos como el narcisismo, una visión que ya se había insinuado en el libro anterior. Los sentimientos están, son producto de, y al mismo tiempo construyen imaginarios que son el “lugar” donde están plantados los actos poéticos primarios de construcción de sentido: he ahí una declaración plenamente radicada en el centro de la historia cultural.

## **Historia, literatura: Hayden White**

### **Una crítica de Hayden White**

Pienso en definitiva que la influencia de Hayden White ha sido decisiva en el curso de mi producción, aunque esta no fuera importante ni especialmente representativa pero sí común a muchos historiadores de mi generación. Sin embargo tengo que enfatizar que esa influencia no ha sido de ninguna manera acrítica. Para expresar sólo algunas de mis objeciones, diré que no me parecen adecuadas las polarizaciones que White va planteando a lo largo de sus trabajos. En algunos aspectos me resultan reductivas de la tarea del historiador. Destacaré algunos aspectos que considero importantes.

En primer lugar, no encuentro ni útil ni verosímil la separación tan tajante que hace H.W. entre “los hechos” o “acontecimientos”, y el estilo narrativo, o la organización de tropos o prefiguraciones y sus combinaciones, originadas en impulsos emotivos. No niego que H.W. tiene su parte de verdad: aunque el archivo también lo construye, el hecho ya es una construcción en sí. Pero tan sólo el lugar que ocupa un documento en un archivo puede influir decisivamente en su constitución como un hecho -y no un mero acontecimiento- en el discurso historiográfico.

Respecto a la emotividad fundante del relato, no estoy de acuerdo con H.W. en que la forma del relato tiene una fundamentación emotiva, sin dejar de reconocer que hay una parte importante de verdad. Hay un nexo emotivo entre los hechos y el relato que se construye, sin embargo a mayor capacidad crítica de los historiadores, mejor calidad de la historia. Tomemos un ejemplo: algunos historiadores dicen refiriéndose a la “nación” argentina que es un concepto no esencial, olvidando la existencia de un consenso hegemónico previo. Paradoja que condena al olvido y casi a la comicidad por falta de pertinencia las declaraciones, del terrorista de estado Gral. Menéndez sobre las intervenciones de la Junta militar: sus actuaciones fueron producidas para defender “el ser nacional” (¿cuál ser nacional?; ¿cómo se recortan los actores que lo “defendían”? Son algunas de las muchas preguntas que podrían hacerse).

Ahí se ve la distancia que hay entre alguien incapaz de establecer una diferencia entre su vida interior y los hechos exteriores. Es análogo a la distancia crítica que el historiador lucha por mantener con sus fuentes, como el psicoanalista con sus pacientes. En esto me parece bastante oportuno citar el análisis de Dominick LaCapra (2006) sobre el Holocausto. La misma situación puede decirse del patriotismo argentino. No tiene nada que ver el patriotismo del siglo XIX que estudio, con el actual. Y no lo estudio para verterlo directa y linealmente de un modo narrativo sobre el patriotismo actual. No es así como funciona la explicación histórica.

Otro ejemplo con el que estoy parcialmente en acuerdo y desacuerdo (porque a veces H.W. parece vacilar o contradecirse) es con la basculación que muestra acerca de la percepción de los hechos pasados: ¿son una narrativa coherente o parcial y analítica? Yo diría que hoy por hoy, el historiador que predomina es el analítico-problemático. Lo que se observa -como me pasa a mí con el tránsito de la razón barroca a la ilustrada que desemboca en la Revolución- son sistemas simbólicos que se cargan y descargan de sentido sin una linealidad, ni un “progreso”.

Los revolucionarios franceses pensaban que estaban haciendo la revolución que los ingleses hicieron un siglo antes, y los rusos pensaban que lo hacían después de los franceses aunque en realidad esos hechos pasados tenían una autonomía que los

excedía. Creo que ya nadie plantea una linealidad revolucionaria, por el contrario una línea no demasiado coherente, apenas inteligible, pero importante; crucial de alguna manera (Chartier, 2003).

Un tema que habría que visitar desde el ángulo de las emociones es el de los símbolos: no es que el pensamiento sea o no, siempre simbólico en su origen y expresión: es que esta proposición olvida la carga emotiva que puede connotar el símbolo. Que -de todas maneras- puede ir cambiando según su recepción... Me parece que es más cierto que el símbolo es plástico a una realidad que le excede que la afirmación contraria. Hay una carga de significado que se ve en la semántica.

Cuando se alude a la patria barroca rioplatense, no es la misma carga de significado, que cuando se alude a la patria ilustrada: la primera es vertical, viene de arriba, es dada, es venerada de manera religiosa e integra verticalmente los aspectos materiales a los espirituales aunque puede hacer también en sentido contrario con el mismo resultado. No hay una especificidad para cada uno de estos aspectos. La patria ilustrada en cambio arranca de abajo, se construye; es material, horizontal, “querida” de manera sentimental. Son dos sensibilidades opuestas. La patria de la independencia también será distinta.

La del gaucho también será diferente:

*“Yo conozco a esos puebleros/  
que mueven el entrevero/  
son unos hijos de puta/  
ladrones que meten miedo”.*

“Cielito del Blandengue retirado” Anónimo

La poesía política introducción de Angel Rama (:261)

Y es musical: exige una competencia para la danza (del cielito) y tiene una *performance*, provoca reacciones en los oyentes. Tiene una llegada fácil y un amplio alcance. Eso no quiere decir que la fuente sea la Biblia. Está claro que aquellos h.d.p. a los que se refiere la composición, nada tienen que ver con los h.d.p. que muchos ven ahora. Hay que ver el panorama completo con miles de fuentes más. La narración historiográfica final es el resultado de una compulsión de fuentes. No le creemos a las fuentes. Más bien las extorsionamos entre sí para que nos den un resultado más confiable.

Pero para todo esto hay que tomar distancia de ellas. La que se pueda, la que la experiencia del historiador, finalmente arrojado a esa situación y con esas habilidades y conocimientos, le permita. Pero el resultado es mucho más confuso de lo que

cualquier narrativista sostiene – ya sea concebido al modo de Paul Ricoeur, o al de David Carr o al de Hayden White, ya sea optimista o no-. Por eso me parece que lo que Hayden White llama “narración modernista”, es en el discurso historiográfico el único camino, en realidad de un discurso historiográfico responsable.<sup>2</sup>

Esta distancia que el historiador debe realizar en su praxis frente a las fuentes, hace que otras épocas que no sean modernas estén más cerca de una explicación “modernista” de lo que Hayden White piensa, en mi opinión. Es decir que, si bien es verdad que no es lo mismo narrar la shoah, o el terrorismo de Estado en Argentina que los patriotismos “argentinos” entre 1810 y 1820, en todos los casos hay que ser capaz de tomar una distancia crítica que evite que la fuente se nos imponga de manera emotiva, o por el contrario utilizar esa emoción para obtener una empatía con la fuente, pero evitando que ella maneje la situación. Esta distancia lleva a una crítica profunda que hace que las explicaciones narrativas lineales parezcan hoy impracticables.

Claro que esto es una empresa imposible en última instancia: pero no imposible en su totalidad. Tenemos herramientas para ello. De hecho el historiador –si tiene un mínimo de sensibilidad y un de experiencia en el manejo de las fuentes- cambia de opinión muchas veces: no sólo es envuelto y se desenvuelve mediante tropos es decir figuras o formas literarias de las que ninguna narrativa escapa como afirma H.W.: tiene también referencias externas (los documentos) que lo hacen cambiar los argumentos, aún sabiendo que el referente no es la verdad: ya que sólo se le atribuye un significado, un lugar en la trama del discurso. Pero muchas veces éstos nos hacen cambiar los argumentos y también, las posiciones. En el discurso del historiador responsable las fuentes constituyen un factor epistemológicamente relevante y singular dentro de las ciencias sociales. Aún así es inevitable como señala H.W. pensar y hablar desde un lugar, es decir no es posible –como afirma Geertz- hacer una descripción de la realidad no evaluativa.<sup>3</sup> Es imposible no tener una ideología en el sentido laxo de la expresión.

Es una opinión, pero estoy de acuerdo con los que dicen que no hubo “una” revolución de la Independencia, sino *revoluciones*, que no hay “una” historia, sino historias. Y que el único modo de contarlas no es por medio de una narrativa con un discurso lineal y progresivo, en torno a una idea de progreso, regreso, génesis y despliegue sino enfatizando los cambios, no siempre coherentes. Me parece que más bien hay que explicar cambios de sentido o de significado, de percepción, y que un buen modo de intentarlo es acudir a la literatura, como lo señala H.W. buceando en ella los cambios semánticos, estudiando al mismo tiempo el contexto. En los textos

2 Es decir, una narración exclusivamente lineal como la que leemos por ejemplo en un best-seller.

3 Es decir, toda descripción o narración es un resumen que exige una selección y evaluación anterior que se hace desde un lugar.

literarios, como han señalado coincidentemente H.W. y Dominick LaCapra, el contexto no es algo externo sino inscripto en ellos de una manera muy particular y fértil para el historiador.

De aquí parte una historia que no siempre se atiene a una argumentación coherente que busca no sólo una historia objetiva, ni caprichosamente subjetiva tampoco, sino percepciones donde los usos de los objetos simbólicos muestran significados inscriptos en una pluralidad de grupos que son el sujeto de una acción que a veces tienen tiempos y espacios diferentes. En este sentido el mundo y el discurso historiográfico se ha hecho para mí, más complicado de lo que H.W. piensa. Hay un trabajo de contenido (diré parafraseando a Michel De Certeau pero cambiándolo) que está inventando formas de narración nuevas, o reconociendo narración en donde antes no la había.

Hay diversos modos de narrar, como nos dice H.W. La poesía, por ejemplo, es uno de ellos. Una receta de cocina puede ser una buena narrativa si se la utiliza adecuadamente. Pero personalmente desconfío, y entiendo que H.W. también, cuando critica a Ricoeur, y a las grandes narrativas aunque yo desconfío más. En eso consiste mi compromiso profesional –no personal- con la política.

Al contrario de H.W, me parece que se puede distinguir entre una narrativa mejor o peor de un pasado. No hay “un tipo” de narración genérica mejor que la otra. Sólo hay narraciones más o menos adecuadas al tipo de objeto particular que se narra y al empleo correcto de las fuentes. Pero para eso hay que bajar a embarrarse con ellas. Hay que conocerlas, escucharlas, ponderarlas. Volver a escuchar a otras fuentes y nuevamente ponderarlas. Sólo así se construye el objeto, casi siempre distinto del que se fue a buscar: y formulándose lo que se ha transformado dentro de uno. Un proceso que no es exclusivo de la soledad del gabinete del historiador: son los colegas, las discusiones, e incluso los alumnos con sus intervenciones a veces lúcidas, a veces no tanto, las que operan estas transformaciones.

Por otra parte, y en buena medida gracias a H.W., lo que hoy interesa ya no es la “verdad”. Los historiadores sabemos que la verdad sobre el pasado no es un dato dado, Solo tenemos sus representaciones. Aunque hubiera existido ya no podemos recuperarla. En cambio nuestra tarea es construir esa verdad y hoy –me parece- el mejor modo de hacerlo es comprender la inteligibilidad –en realidad “inteligibilidades”- del mundo que los actores tenían.

Quiero destacar cuál era el sentido de las cosas y cómo ese sentido fue cambiando. No sólo la inteligibilidad que antes diríamos “subjetiva”, sino la que llamamos “objetiva”. Que por supuesto flota en el aire: en el lenguaje que flota y va cambiando. Hay que tener un oído fino para escuchar su semántica y su tono, el mismo que es

objeto de luchas y que se va desplazando muchas veces aparentemente sin razón. Pero casi siempre con sentido.

Se entiende entonces porque en los libros el nombre de H.W. suele estar cerca, tanto de “giro lingüístico”, como de “historia cultural”. Lo que es inteligible es lo que tiene sentido, y eso no es un hecho al modo clásico historiográfico. Su régimen de verdad “histórico” se parece al de ficción. Es plástico. Stendhal, Flaubert, Balzac, France, o Zola o Dickens (pero también Auster, Coetzee, Saramago o Borges, Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, etc.) -para nombrar algunos casos paradigmáticos- entendían muy bien los problemas psicológicos y sociales que generaban el adulterio en el momento, la comprensión del burgués acerca del mundo, o el deseo de poder de determinada persona y su incidencia en la dinámica social; o la injusticia social, el conflicto entre sectores sociales, los problemas de la religiosidad popular y de las élites.

Pero nuevamente los historiadores tenemos algo más que papeles. Ellos no tenían ni la distancia, ni la artillería teórica, ni el entrenamiento en una compulsión de fuentes a veces contradictoria a la que asistimos los historiadores. Ellos creían a sus fuentes: estudiaban y les creían; mientras que nosotros, no. Ellos se acercaban a sus fuentes y se dejaban empapar por ellas, nosotros no. Manejamos la transferencia que ellas nos hacen con una contratransferencia adecuada. Ellos creían que decían la verdad (aunque lo importante fuera lo estético). Nosotros sabemos que no. Ellos al construir su trama se amparaban en la ficción y en la estética para decir las verdades que consideraban que era necesario declarar. Ese era su compromiso con la sociedad, nosotros no podemos simplemente fabricar una trama totalmente ficcional sin múltiples referentes, sin perder el compromiso con la comunidad, y aún quedarnos sin nuestro almuerzo.

Ellos, finalmente, tenían una artillería teórica que si bien probablemente tenía que ver con la “verdad”, no era una “verdad” *histórica*: no estaba en el pasado, en general. Ellos no tenían el problema de preguntarse si las representaciones que tenían eran verdad o no; nosotros nos interrogamos todo el tiempo. Las fuentes nos lo ponen delante de las narices tan a menudo como las consultemos, aunque esto no nos deba conducir a la “enfermedad de archivo”. A ellos no les importaba demasiado la perspectiva del cambio histórico. Para nosotros es central. Para el escritor de ficción no es tan esencial penetrar en los procesos por los que se llegó hasta allí. Para el historiador puede ser crucial, o a veces, el centro de su pesquisa.

Para ellos la evidencia era la sociedad que tenían delante, y su sensibilidad privilegiada. Nosotros tenemos miles de evidencias que, aunque seleccionadas según determinados criterios más bien pragmáticos pero siempre buscando la compulsión,

nos llevan a una experiencia, ya no tan prefigurada. A una experiencia en la que interviene tanto la experiencia que tenemos como historiadores frente a las fuentes, como las representaciones encaminadas hacia el tema que investigamos. Claro que nada de lo que decimos es apodíctico. Pero, con todo, después de realizar una operación historiográfica clausurada y clausurable, es probable que sepamos más y no menos del tema que antes, y abramos el juego para otras investigaciones, pues nada en la historia está clausurado ni es clausurable.

Pero que historia y ficción están cerca -sin embargo- es hoy, evidente. Que el régimen de verdad de la historia se acerque al de ficción, no implica -a pesar de ello- que la historia pierda su estatuto epistemológico propio. No hay sólo dos paradigmas de la verdad, el de la correspondencia y el de la coherencia. De hecho creo que la revolución de H.W. -a partir de la cual ya no se puede volver atrás- ha provocado que los historiadores avancen en la búsqueda de un estatuto propio, dentro de ciertas zonas compartidas con la literatura. Y ése avance debe perfeccionar la narratología histórica o narratologías históricas que apunten a concepciones de lo que es una narración histórica, en parte compartidas con la literatura, en parte autónomas de ella.

## Post-dictum

Posteriormente al Encuentro de 2011 Hayden White y yo seguimos en contacto un tiempo. Le envié mi ponencia y él la leyó atentamente: respondió a ciertas observaciones mías, reflexionó sobre otras y abrió varios interrogantes. Lo que sigue es el fruto de la conversación con este Autor y una respuesta que nunca pude darle hasta que falleciera -lamentablemente- hace un tiempo. Vaya pues un homenaje póstumo a él (aunque estuviéramos en desacuerdo en algunas cosas) en esta respuesta a nuestro (amable) intercambio y la especificidad del presente artículo.

Claramente la respuesta de H.W. estuvo dividida en tres segmentos:<sup>4</sup>

Primer segmento:

Después de agradecer mi intervención y mis ideas H.W. dice que no tiene nada que decir de ellas ni de cómo están dichas. Pero me recuerda -de una manera modesta- que *Metahistoria* había sido escrita hace cuarenta años (ahora cincuenta). Y que especialmente “algunos tópicos como el constructivismo, la distinción evento-hecho la naturaleza de la representación del pasado y así siguiendo han sido modificados” por el paso del tiempo y los estudios como es lógico. *Metahistoria* -afirma- fue escrito a fines de los sesenta y principio de los setenta en el seno de un estructuralismo presuntuoso en el que nadie cree ya. Y que casi ninguno de los pocos historiadores que “se molestaron” en leerlo en su momento estuvo de acuerdo con él.

---

4 Cuando cite entre comillas la traducción es mía.

A lo que respondo que coincido pero que ese estructuralismo sigue siendo sostenido por algunos académicos en Argentina de una manera u otra. Y que el constructivismo lo es desde luego por muchos historiadores que no han salido de ese paradigma todavía y no saben –además– que lo están sosteniendo o no tienen o no conocen alternativas u opciones. De manera que algunas cosas de *Metahistoria* –y de esos tópicos que nombra– todavía son apropiadas y circulan en ámbitos académicos en Argentina y en otros países también. Sin embargo yo no lo condenaría en bloque porque algunas de sus propuestas señeras cambiaron el rumbo de la narratología historiográfica para siempre.

Segundo segmento:

El segundo segmento defiende dos puntos: que yo arguyo que sus afirmaciones son reductivas de la tarea del historiador porque “polarizan”. En definitiva –expresa– “Yo quería escribir una historia de la escritura histórica (historiografía) del siglo XIX, para lo cual, necesitaba por encima de todo una teoría de la escritura, y usé como fuentes primarias lo que los historiadores del siglo XIX habían escrito (subrayado en el original), y que había planeado elegir para tratar la historiografía como un discurso más que como una disciplina científica. Es preciso –afirma– ser reductivo para construir modelos manejables de las cosas y poder argumentar. A lo que respondo: que me parece bien lo que quiso hacer pero que no respondió a mis objeciones específicas en el texto.”<sup>5</sup>

Tercer segmento:

El tercer segmento es propositivo. H.W. encuentra algunas de mis afirmaciones interesantes y pregunta especialmente acerca de una. Luego de discutir y concordar conmigo en que no hay “un” modelo más adecuado para la narración (histórica) expresa: “No estoy seguro de lo que usted entiende por standard de ‘inteligibilidad’”, en relación con la narrativa del pasado. Ahí es donde el intercambio se detuvo ya que en el correo de respuesta le dije que lo pensaría porque no sabía con precisión qué era semejante cosa... y sigo sin saberlo en realidad. Pero la provocación de H.W. me obligó a pensar y es lo que expongo en el tercer segmento de una manera que –aunque modesta– trato de sistematizar.

En realidad habría que hablar de estándares de inteligibilidad y de inteligibilidades. Existen en el relato del historiador varias inteligibilidades o niveles de inteligibilidad. La primera es la del “hecho” en sí mismo. Por ejemplo en un expediente judicial se denuncia una agresión o un robo. El robo en sí mismo posee un estándar de inteligibilidad (Más adelante explicaré la noción de estándar). Establece una inteligibilidad:

<sup>5</sup> Para ver una crítica a Hayden White desde el punto de vista de la razón teórica –mis observaciones son desde el punto de vista de la razón práctica, Cfr. Rusen, 1995, pp. 213-214. El problema –adelanto– es polarizar tanto entre la factualidad y la ficción.

ya pasó y hay que tratar de comprenderlo según sus reglas. La fuente constituiría un segundo nivel de inteligibilidad: lo que un actor o varios actores dicen sobre lo que sucedió, por ejemplo, los testigos o los imputados, o el que acusa, etc. Los hechos no hablan por sí solos: alguien debe narrarlos: pero su inteligibilidad suele ser otra (por ejemplo, si el que habla lo hace veinte años después o ha memorizado su discurso).

Hay un tercer nivel que es el del narrador o del historiador: él mismo tiene su nivel de inteligibilidad, un tercero. A él le llegan los “hechos” y tiende a entenderlos según el imaginario en donde está sumergido. Pero si se trata de un profesional hay un tema: está entrenado para no fusionarse con el hecho de la misma manera que el psicoanalista recibe una transferencia pero está entrenado para realizar una contra-transferencia que le permita tomar distancia y ser todo lo neutral que sea posible. No constituye –ni mucho menos- un desafío a la pasión por la historia: el historiador se apasiona por los hechos pasado aunque trata de mantenerse lo más neutral posible. Totalmente neutral es imposible y un dilema también.

Estamos entonces ante un cuarto nivel de inteligibilidad: el de un profesional que, munido de una artillería teórica y metodológica, utiliza para comprender lo que sucedió. Salvo en el primer nivel en los demás se construye una narración; un relato sobre lo que sucedió en donde “realidad” y “ficción” se mezclan en diferentes medidas y con diferentes formas como he tratado de argumentar en este trabajo. Pero esos niveles responderían –atención al potencial- a estándares, esos estándares sirven para el taller del que escribe la narración. ¿Cómo se puede formalizar el imaginario de cada nivel de inteligibilidad, cómo se puede estandarizar? Aquí es donde tomo la propuesta de Jean Jacques Wunenburger que propone sistematizar estos cuatro elementos fundantes: actor, sujeto, espacio y tiempo.

Estos niveles o estándares de inteligibilidad tienen que ver también –y pienso que es pertinente decirlo- con estándares de verosimilitud.<sup>6</sup> Cada nivel tiene una inteligibilidad y se puede predicar de él una verosimilitud. El narrador tiene que tener este tema en cuenta para escribir un relato –por lo menos desde el punto de vista historiográfico- profesional. Pero la literatura tampoco está libre de estos estándares si instala su narración en el pasado y pretende seriedad. Tal los relatos –para dar un ejemplo paradigmático- de Marguerite Yourcenar. A veces para un historiador un buen relato literario, uno de esta calidad, es un auxilio del que –hoy por hoy- no puede prescindir en mi opinión.

## Finalmente, las emociones

Hay una parte de la respuesta a Hayden White que merece una breve digresión. La historia de las emociones –que desde hace unos años intento hacer- tiene dos aspectos

6 Peire (2020).

tos que interesan a este trabajo. En primer lugar sobre todo en la primera fase del *giro afectivo*, las ciencias sociales se alejaron -según este Giro- del constructivismo social: tal la propuesta -entre otros- de William Reddy para citar alguien del campo de la Historia que la practica. (Reddy, 2009; Peire 2020).

Las emociones y los sentimientos -que no resultan lo mismo (Rodríguez Valls 2015)- son autoteleológicos y -en buena medida- no representacionales: su estudio después del *giro afectivo* representa un cambio de paradigma sobre el conocimiento y su recuperación en cuanto que (aunque son modulados por la sociedad que les hace de contexto -eso está fuera de discusión- (Arregui, 2003): el circuito emocional impulso-reacción no se propone un fin colectivo, según las etapas más radicales de este giro; después vendrá una reconciliación pero el giro en sí mismo se aleja del construccionismo social. Quiero decir con esto que el saber disponible a la hora de hacer algo no es tanto -al menos tanto como creíamos- una cuestión de representaciones cuanto de emociones.

En el caso que me ocupa estudio las patrias configuradas por las emociones que existieron entre 1770 y 1830. Ahora bien ¿dónde puedo encontrar las emociones y los sentimientos que construyeron esas distintas patrias? (por ejemplo la ilustrada, la revolucionaria, la realista, la criollista rural de lo que después llamamos “gauchos”): en la lírica y la dramática culta y “popular”, lo pongo con comillas porque esta última era elaborada por letrados de la ciudad aunque quedara capturada -como dicen algunos de sus estudiosos (Ludmer 1988, Schvartzmann, 2013 -por esa voz a la que le da expresión.

La poesía y el teatro del período ha sido poco estudiado; ha quedado en parte sepultado por el movimiento romántico que fabricó la nación Argentina olvidando la patria que le precedía. Ese es el *corpus* documental principal del trabajo aunque ese corpus esté también sostenido por arbotantes como la prensa del período, correspondencia oficial y personal, secreta, y un amplio abanico de fuentes recolectadas en archivos nacionales e internacionales.

Tener como corpus central del estudio la lírica y dramática del período estudiado no significa volcar a la realidad histórica lo que dicen los personajes en esas obras, sino ponderarlo según la responsividad del discurso para señalar la captura, la percepción, de una realidad que delinea un círculo o contorno identitario -o varios- en esas obras y al mismo tiempo muestra verosímelmente haber sido capturada por el discurso supuestamente ficticio (Arfuch, 2002, pp. 64-68).

Hay un caso que es muy gráfico para mostrar lo cerca (y quizás hasta la copia) entre literatura e historia. Un ejemplo de la verosimilitud que podemos encontrar en la lírica y la dramática está en la pieza de Ambrosio Morante *Defensa y triunfo del*

*Tucumán*, de 1821, compuesta como elegía a la muerte de Manuel Belgrano. El autor pone en boca de Belgrano la respuesta a la intimación realista antes de la batalla:

Que si osado /  
 con la desventaja nuestra /  
 sus proyectos temerarios /  
 pretende formalizar, /  
 se prepare al resultado /  
 de los funestos consiguientes /  
 por la infracción al sagrado /  
 derecho que las naciones /  
 menos cultas, venerando /  
 están en todos los pueblos. (...) /  
 Sus flameantes estallos /  
 serán el terrible impulso /  
 para que mis esforzados /  
 campeones hagan cenizas /  
 a los siervos de Fernando. /  
 Y entonces serán sus ruinas /  
 el más indeleble fasto /  
 que de nuestra libertad /  
 el estandarte elevando /  
 patentizen [sic] la energía /  
 del miserable puñado /  
 que se llamarán /  
 sepulcros de los Tiranos.

(Morante, 1926, pp. 119-120).

Pero cuando uno revuelve en los archivos parece, sin embargo, que esa respuesta fue dada por Eustaquio Díaz Vélez a Pío Tristán en una carta que dice:

“(...) y sólo serán sus ruinas el cuadro en que se eleve el estandarte de nuestra libertad: puede V.S. incendiar como promete las casas del Pueblo; pero esta infracción de los más sagrados derechos de los Pueblos le será a V.S. eternamente sensible sin respeto a todos los que hasta aquí han venerado las naciones menos cultas.” (Carta de Eustaquio Díaz Vélez a Pío Tristán, Tucumán, 24 de septiembre de 1812, Archivo General de Indias, Diversos 2).

El parecido entre los dos textos es notable si no es que Morante lo copió, pero esto muestra cómo Literatura e Historia están cerca hoy pero también ayer: el Auditorio que escuchaba esta pieza dramática en el Teatro de Buenos Aires en el medio de la “Anarquía” -más allá de la exactitud histórica del término que es irrelevante aquí- se emocionaba con una patria. Y eso es un hecho que el historiador de las emociones no debiera dejar de estudiar.

## Conclusión

En definitiva, para concluir una de los méritos más remarcables de la narratología historiográfica reciente en la relación de la Literatura con la Historia ha sido desnudar la dimensión poética de la historia. Después de este avance -en el que H.W. ha tenido un papel importante- los historiadores estamos obligados a admitir (y pudimos comprender) que por más fuentes que tengamos no tenemos el pasado: sólo algunas representaciones de él... apenas. Y que por tanto lo construimos en alguna medida. No al pasado, sino la Historia, claro. Y que la dimensión poética de nuestra labor es más importante de lo que creíamos. Y que por lo tanto la relación entre Historia y Literatura como propone Ankersmit, es “quiástica”, es decir que “los componentes de la narrativa histórica son verdaderos, pero al mismo tiempo la historiografía contiene un elemento de ficción”, no sólo porque el historiador debe ficcionar, sino porque la relación entre lenguaje y realidad no se ajusta al modelo de correspondencia: ni del lenguaje, ni del pasado, con el que mantiene una relación cuyo estatuto sin duda está en tránsito -para expresarlo en palabras de LaCapra (2006), o al menos en discusión. Verdad y ficción están mezclados y el producto es un relato veraz/verosímil... en temas historiográficos aunque hay “hechos” traumáticos que -naturalmente- que no pueden (ni deben) ser negados ni soslayados pero no estoy hablando de ellos aquí.

Si cuando comencé, mis maestros me enseñaron que el camino de hacer la historia conducían a certezas que fácilmente podían ser volcadas -cuando la dictadura se terminara- al progreso social, hoy me parece que escribir historia, aún en el medio de la explosión del entusiasmo “post” -o precisamente a causa ,de él- se ha vuelto como caminar en la oscuridad: ya que no hay certeza, sino un mundo de sombras donde esta certeza -no hablemos ya de la verdad o hablemos de ella en términos pragmáticos- proviene del propio trabajo porque “la” verdad (y con ella el relato acerca de ella) ha estallado: y no está allí para buscarla, hay que producirla con esfuerzo.

Quizás la Historia de las emociones interpele ese problema -la felicidad de la gente, la vuelta a la narración que construya un sentido- y ayude a que los historiadores, los escritores -junto a otros actores de la producción de significado- vuelvan a poner sobre el tapete (también ante el gran público) la real importancia de la Historia y la

Literatura y a reeditar la alianza -fructífera a veces- de estos dos pilares junto a la antropología como lo fue en los años noventa. Mirando también otros campos. Algunos clásicos como la sociología y otros no tanto como la filosofía. Cualquiera fuera el escenario el historiador debe mirar una y otra vez a sus fuentes y reflexionar sobre ellas y después de hacer una compulsa de ellas para narrar historias que sirvan.

## Bibliografía

- Arfuch, L. (2002), "Dialogismo", en Altamirano, C. (ed.). *Términos críticos de la sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós, pp. 64-68.
- Arregui, J. V. (2003). "La configuración cultural de la afectividad", en Choza, J. (ed.), *Sentimientos y comportamiento*. Murcia: Universidad Católica de San Antonio, pp. 41-76.
- Baczko, B. (1991). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1979). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Castoriadis, C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- Gadamer, H. G. (1997). *Mito y razón*. Barcelona: Paidós.
- Geertz, C. (2002). *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*. Barcelona-Buenos Aires: Paidós.
- Godoy, C. y Laboranti, M. I. (2005). *Historia & Ficción*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario Editora.
- Koselleck, R. y Gadamer, H. G. (1997). *Historia y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.
- LaCapra, D. (2006). *Historia en tránsito. Experiencia, identidad y teoría crítica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ludmer, J. (1988). *El género gauchesco: un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Perfil.
- Peire, J. (2020), "Emociones y sentimientos patrióticos (1767-1828). Esbozo para un estudio de los patriotismos en el Río de la Plata", *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 20 (1).
- Reedy, W. (2009), "Historical Research on the Self and Emotions", *Emotion Review*, 1(4), pp. 302-315.
- Ricoeur, P. (2003). *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez Valls, F. (2015). *El sujeto emocional. La función de las emociones en la vida humana*. Sevilla: Thémata.
- Russen, J. (1995), "Debate on papers 1,2, and 3 of section 2", en Vázquez de Prada, V. e Olá-

barri, I. (eds.). *Understanding social change in the nineties, Theoretical approaches and historiographical perspectives.* Gran Bretaña: Biddles Ltd, Guildford and King's Lynn, p. 213.

Schvartzmann, J. (2013). *Letras gauchas.* Buenos Aires: Eterna cadencia.

Tozzi, V. y Lavagnino, N. (comps.). (2012). *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía.* Sáenz Peña: Eduntref.

## Entrevista a Silvia Tieffemberg

### “La literatura me interpela y me entusiasma: hablar de literatura latinoamericana colonial, es disputar el sentido por el origen”

Durante el mes de noviembre de 2024, la Dra. Silvia Tieffemberg (ST) aceptó responder a María Inés Laboranti<sup>1</sup> (ML) para la *Revista Hablemos de Historia* una serie de preguntas vinculadas a su extensa experiencia en el campo de la enseñanza de la literatura colonial latinoamericana. Tieffemberg es Profesora Adjunta a cargo de la cátedra Literatura Latinoamericana I (B) en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires e Investigadora Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Su área de investigación está centrada en textos coloniales del área andina y rioplatense de los siglos XVI, XVII y XVIII. Ha publicado *Pensar América desde sus colonias. Textos e imágenes de América colonial* (2019), *La fundación ausente. Discursos en torno al IV Centenario* (2016), *Romance de Luis de Miranda* (2014), Argentina. *Historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata por Ruy Díaz de Guzmán* (2012), *Romance de Luis de Miranda. Edición facsimilar* (2012), *Literatura latinoamericana colonial. Hacia las totalidades contradictorias* (2010), *El viaje a Nicaragua e Intermezzo Tropical de Rubén Darío* (2003), *Argentina y conquista del Río de la Plata de Martín del Barco Centenera* (1998). Actualmente está realizando la edición crítica de las *Relaciones a tierra de chiriguano* (1617-1618) de Ruy Díaz de Guzmán. Dirige el *Programa Interdisciplinario De Estudios Coloniales* (PIEC, 2020), en el que participan tres disciplinas —letras, historia e historia del arte— (Facultad de Filosofía y Letras de la UBA: el Instituto de las Culturas (IDECU), el Instituto de Teoría e Historia del Arte “Julio E. Payró” (ITHA) y el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” (IHAYA).

**ML: Es precisamente el campo vasto de la literatura colonial latinoamericana, es decir los proyectos literarios desarrollados antes de la conformación de los estados nacionales, los que suponen varias interpelaciones al recurso de la historia, incluso en la perspectiva de géneros reconocidos como literatura. ¿Cómo enseñabas Literatura Latinoamericana Colonial en tus comienzos como profesora universitaria y cómo lo haces hoy? ¿Podrías realizar un balance de tu extensa trayectoria? Si los hubiera ... ¿qué aspectos considerarás que aún deben renovarse?**

ST: Resulta difícil contestar porque —vos como docente lo sabés bien— no hay actividad más visceral que la docencia: la cátedra y la vida se imbrican de tal manera que hablar de la docencia, más aún cuando estás al frente de una cátedra, es hablar de tu vida. Cuando terminé la carrera de grado allá por el año 84, y decidí dedicarme a los

<sup>1</sup> María Inés Laboranti es investigadora y profesora titular de Literatura Argentina del siglo XIX en la Universidad Autónoma de Entre Ríos.

textos coloniales, no había quien pudiera (o quisiera) dirigir una tesis de doctorado sobre el tema. Dedicarme a la época colonial en un área considerada tan marginal como el Río de la Plata, fue un enfrentamiento, por momentos de gran intensidad, y un debate académico de muchos años que llevó a que, recién en el año 2009, se aprobara y comenzara a funcionar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires una cátedra enteramente dedicada a textos coloniales. Hablar de literatura latinoamericana colonial, en ese momento, era disputar el sentido por “el origen”. Cuando yo estudié no había mayores discusiones en cuanto a que la literatura argentina “comenzaba” en el siglo XIX. Llamar la atención sobre el hecho de que *La cautiva* de Echeverría, por ejemplo, no nace *ex nihilo*, sino de las lecturas previas de textos como el de Ruy Díaz de Guzmán (¡historiador, mestizo y paraguayo!), que nos había legado el relato más reescrito en toda la historia de la literatura argentina como el de Lucía Miranda, a comienzos del siglo XVII, era volver la mirada hacia un pasado que la propia cultura letrada de las universidades había ayudado a obturar. Y ese volver la mirada más allá del siglo XIX era repensar categorías livianamente aceptadas como civilización y barbarie. Otras categorías como la de otredad, por ejemplo, hoy aceptada y varias veces reversionada, aparecía casi como una amenaza a la teoría aceptada como válida. Al tomar conciencia crítica y pensante sobre el “otro” comenzaba a hacerse tangible que esta conceptualización no podía deslindarse de la violencia... y esto implicaba directa o indirectamente a la literatura.

¿Qué era, entonces, la “literatura”? Si pensamos en Alonso de Ercilla escribiendo algunos versos de *La Araucana* en trocitos de papel que podía rescatar en medio del enfrentamiento con los mapuches, la literatura se nos aparece –sin reducirla solo a eso– como una actividad de trinchera. Más allá del café parisino y la torre de marfil, hacer literatura podía perfilarse, también, pensada desde la colonia, como práctica de expansión, asociada a la muerte y la destrucción.

Sin embargo, la pregunta que más interpelaba era –y probablemente sigue siendo– ¿cómo incorporar al corpus de la literatura aquellos textos nacidos en los siglos coloniales, cuando la práctica literaria no había sido codificada como tal? A lo largo de los años no tengo una única respuesta, pero lo que le decía a mis estudiantes, y lo sigo pensando, es que, si la literatura es pura desobediencia, no está mal atreverse a incorporar al corpus de la literatura aquello que el canon no ha “canonizado”. Así, podremos acercarnos a textos reveladores como el del joven hidalgo Luis Ramírez, que llega con Gaboto al Río de la Plata en 1528 y le escribe a su padre para contarle –entre otras cosas– sobre el miedo a morir en medio del mar, que agujoneaba sus noches y la de sus compañeros de la armada, o el *Romance* de Luis de Miranda, escrito hacia 1540, donde la infortunada conquista rioplatense se personifica como una hembra devoradora que engulle a sus propios maridos.

Hoy la academia ha aceptado la categoría “literatura colonial”, no solamente en la currícula universitaria, sino también en cuanto a producción crítica, y esto lo vemos en la cantidad de presentaciones en reuniones científicas y publicaciones en revistas especializadas, pero en nuestro país la categoría “literatura colonial rioplatense” para referirse a la literatura argentina de los siglos XVI, XVII y XVIII es aún problemática. Yo creo que tiene que ver con no asumir la dimensión latinoamericana de nuestro país, porque es hablar de una época en la que no puede sostenerse la ficción de una Argentina (que va a construirse como) blanca y europea o europeizada, donde nuestro país –y Buenos Aires en particular– no es centro sino zona marginal de una estructura virreinal cuyo centro político-cultural –al menos hasta comienzos del siglo XVII– es Asunción del Paraguay.

Como toda práctica, y la docencia es una de ellas, el tiempo ayuda a perfeccionarla, a afianzar metodologías, a profundizar conocimientos, pero no puedo decirte si el tiempo me hizo “mejor” como docente, sí puedo decirte que ahora, como 30 años atrás, la literatura me interpela y me entusiasma: eso es lo que intenté transmitir a mis estudiantes y siento que, en algunos casos, lo logré.

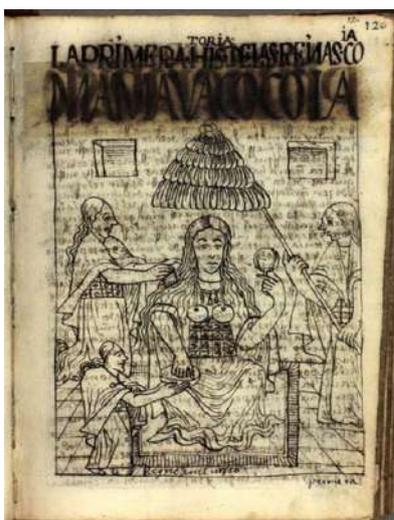
**ML: ¿Qué importancia han tenido para tu área de especialización los trabajos sobre la imagen ya sea a través de pinturas, fotografías, mapas y/o dibujos. ¿Cómo considerás los aportes de Serge Gruzinski al respecto?**

ST: Creo que la riqueza de las interacciones semióticas surgidas de los procesos de colonización y la complejidad de las transformaciones que se producen en el choque entre diferentes tradiciones culturales hace necesario un acercamiento interdisciplinario a todas las producciones coloniales. Por eso, la bibliografía que utilicé y sugerí desde el comienzo de la cátedra tuvo como objetivo el análisis textual, desde una mirada global que pudiera articular las distintas perspectivas de las ciencias sociales y humanas. Mi objetivo como docente fue enriquecer el análisis de los escritos coloniales con el apoyo de textos historiográficos, arqueológicos y antropológicos, en diálogo con manifestaciones icónicas (pinturas, dibujos, mapas) y restos de la cultura material de la época colonial americana.

Por ejemplo, si el análisis del primer texto escrito en y sobre América, *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, del fraile que llegó en el segundo viaje colombiano, fray Ramón Pané, se contextualiza con los aportes de la etnografía, la historia y la arqueología podemos enriquecer nuestra mirada sobre el entramado textual de una obra que sienta las bases de lo que será la construcción de la alteridad realizada por los occidentales en América. Pero, además, si nos detenemos en un texto fundante de la literatura y la cultura de este continente, la *Nueva corónica y buen gobierno*, finalizada por Guamán Poma de Ayala hacia 1616, podremos conjeturar la

importancia de la cultura visual en los pueblos amerindios. Rolena Adorno, analizando las tintas de la Nueva corónica, descubrió que Guamán había realizado primero los dibujos y después había escrito el texto. Es decir, los dibujos ordenaron el texto, no se trataba de meras ilustraciones. Entonces, la propuesta de Serge Gruzinsky sobre la expansión americana como “guerra de las imágenes” es magnífica, pero la *Nueva corónica* muestra que es mucho más compleja y rica que la teorización. Guamán dibuja para ordenar el mundo, dibuja porque sabe que muchos españoles no leían, pero podían entender parte de las imágenes, dibuja porque sabe que su pueblo puede decodificar los dibujos que transmiten mensajes que nunca podrían entender españoles, dibuja para denunciar, dibuja para reafirmar la identidad del que ha nacido en una cultura ágrafa y dibuja, también, porque entiende la importancia de la imagen para los españoles.

Yo solía mostrarles estas dos imágenes a mis estudiantes: la primera es Mama Huaco, primera coya del imperio inca, según la versión de Guamán Poma; la segunda, *Las Meninas* de Diego Velázquez. Dado que ambos fueron pintores o dibujantes del período que conocemos como barroco, yo instaba a los estudiantes a que encontrarán semejanzas entre las imágenes: se trataba de un retrato de la intimidad de dos princesas, a quienes ayudan con su tocado las meninas, jóvenes nobles en ambos casos que se ocupaban de asistir a las princesas cuando estaban alejadas de la mirada pública. Esto entusiasmaba a los estudiantes y empezaban a preguntarse cómo habría conocido Guamán Poma la pintura de Velázquez, ¿habría querido copiarla, tal vez? Pero, entonces, les preguntaba en qué año se había pintado *Las Meninas* y ahí llegaba el mayor asombro: el cuadro se pintó en 1656, 40 años después de que Guamán Poma finalizara la *Nueva corónica*.



Dibujo 39. La primera quya, Mama Uaco, Felipe Guamán Poma de Ayala <https://poma.kb.dk/permalink/2006/poma/120/es/text/>



*Las Meninas*, Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, <https://www.museodelprado.es/en/the-collection/art-work/las-meninas/9fdc7800-9ade-48b0-ab8b-edee94ea877f>

Después de observar las dos imágenes se impone otro tema estructural para la literatura colonial latinoamericana, el del mestizaje y toda la gama de resistencias, asimilaciones y reconvenciones culturales que ocurren con la irrupción del otro occidental en este continente, que aún no se llamaba América.

**ML: ¿Qué textos del período colonial deberían ser revisitados, o al menos merecen una relectura a partir de las herramientas y metodologías más recientes?**

ST: Retomando lo anterior, creo que todos los textos coloniales pueden ser revisitados desde la transdisciplinariedad. Y en ese sentido hay dos disciplinas que para mí son fundamentales: una indudablemente es la historia, la otra es la historia del arte. Si volvemos al Río de la Plata y a Echeverría, ya que lo utilicé como primer ejemplo, se hace evidente que *La cautiva* puede analizarse como texto independiente, tanto de la historiografía como de las manifestaciones icónicas de la época. Sin embargo, leído –en primer lugar– en relación con pintores como Rugendas o Blanes, el horizonte de producción y recepción se amplía y el análisis adquiere otras dimensiones.

A partir del siglo XIX, con la publicación que realiza Pedro de Angelis de los textos coloniales rioplatenses, el relato de Lucía Miranda, particularmente en Argentina y Uruguay, aparece en múltiples y variadas producciones iconográficas, que tienen como referente los llamados “pintores viajeros”. En 1845, Rugendas estuvo viviendo cuatro semanas en Montevideo: ahí se convirtió en habitué de salones y tertulias, y entabló relaciones con escritores y artistas exiliados por el gobierno rosista, entre los que se encontraba Esteban Echeverría. Varias de sus representaciones sobre mujeres cautivas fueron realizadas en Montevideo y estas llegaron a configurar en la época un imaginario de características propias sobre lo femenino, entre estas se encuentra

“El rapto de la cautiva”, al parecer inspirado en el relato de Echeverría.



*El rapto de la cautiva (1845), Mauricio Rugendas, Bonifacio del Carril, Mauricio Rugendas, Buenos Aires, Academia Nacional de Bellas Artes, 1966.*

Rugendas tuvo una relación cercana tanto con Humboldt como con Sarmiento: del primero, adoptó la concepción estética de paisajes y pueblos como vía de integración al discurso científico decimonónico y, por esto mismo, fue admirado por el segundo. Sus cuadros fueron ejemplares para Sarmiento porque podían “leerse” como verdaderos documentos, capaces de plasmar las diferentes clases sociales con sus vestimentas y utensilios propios, y el medio ambiente que las albergaba.

Este cuadro de Rugendas, demás está decir, ilustra la tesis de Sarmiento sobre el contraste entre civilización y barbarie, y sirvió de inspiración al pintor uruguayo Juan Manuel Blanes, quien, después de leer el relato de Ruy Díaz de Guzmán, había tratado infructuosamente de convertir en cuadro el relato de Lucía Miranda. Después de conocer a Rugendas, Blanes hizo varios cuadros con el tema de la cautiva, inspirado, además, en *La cautiva* de Echeverría, entre los que encontramos “El rapto de una blanca” (ca. 1875), pero a su vez, las pinturas sobre malones y cautivas de Blanes fueron el antecedente iconográfico más cercano a “La vuelta del malón”, que el argentino Ángel Della Valle realizara en 1892 para presentar en la exposición universal de Chicago.



Rapto de una blanca, Juan Manuel Blanes, <http://patrimonio3d.uy/artesdecorativas/>



La vuelta del malón (1892), Ángel Della Valle, <https://www.bellasartes.gob.ar/coleccion/obra/6297/>

Si recurrimos ahora a la historiografía, es ampliamente sabido que este cuadro fue pintado, más allá de la intención de que representara a nuestra incipiente nación en la exposición universal con que se celebraría en Chicago el cuarto centenario de la llegada de Colón a América, como síntesis de los tópicos que justificaban la “campaña al desierto” de Julio A. Roca, mostrando –implícitamente– la campaña de exterminio iniciada en 1879 como culminación de la conquista española en América. Pero tal vez, lo más interesante es que este cuadro –emblemático tanto para la literatura por el tema del cautiverio, como para la historiografía y la historia del arte–, es la consumación de una operación semiótica de largo alcance tendiente a producir una inversión simbólica de los términos de la conquista y el despojo, y que esa operación semiótica se inicia con el relato de Lucía Miranda en el siglo XVII. El relato de la cautiva blanca en la *Argentina* de Ruz Díaz de Guzmán es un relato que encubre la pérdida del fuerte de Sancti Spiritus, fundado por Gaboto en 1527: los testimonios indican que los soldados, dispersos por el alcohol y el juego de dados, fueron derrotados fácilmente por los indígenas de la región, cansados de sus atropellos. Sin embargo, el relato de Ruy Díaz convierte en víctimas a los blancos invasores y en victimarios a los indígenas, que habrían entrado y destruido el fuerte español en busca de una bella e inexistente Lucía Miranda. El relato de la cautiva blanca en el siglo XVII performa una

matriz narrativa colonial que se reescribe y revitaliza a través del tiempo y alcanza su culminación en el cuadro de Della Valle que sacraliza un cuerpo femenino, blanco y desnudo frente a la barbarie de otro, que, en realidad, fue arrasado por el proceso colonial. *La cautiva* de Echeverría se nos presenta desde esta perspectiva, entonces, como el eslabón de una cadena isotópica que responde a un imaginario que, si por un lado la entronca con el pasado, por otro la proyecta hacia un futuro que, necesariamente, debe borrar ese mismo pasado en aras de un proyecto nacional.

**ML: La categoría teórica de poscolonialidad y sus derivas, ¿han modificado de manera significativa el desarrollo de los estudios coloniales?**

ST: Sin dudas la teoría poscolonial marca un antes y un después en los estudios coloniales. A partir de los 90, cuando empiezan a conocerse y discutirse las teorizaciones de Walter Dignolo, Enrique Dussel, Aníbal Quijano, Homi Bhabha, Edward Said y Gayatri Chakravorty Spivak los debates sobre lo colonial se convierten en un caldero. Nociones como “semiosis colonial”, “orientalismo”, “subalternidad” y “colonialidad del poder”, que hoy hemos incorporado o han perdido el carácter revulsivo con el que habían nacido, cambiaron las perspectivas de abordaje de los textos coloniales y pusieron sobre la mesa hasta qué punto los propios investigadores éramos parte de los procesos coloniales, que no podían quedar relegados a un pasado relativamente lejano, sino que formaban parte aún de nuestras realidades presentes. Afortunadamente, la teoría poscolonial no fue una moda pasajera, sino que se consolidó como corriente de pensamiento que sigue pariendo conceptos, –como “epistemicidio”, “geopolítica” y “corpopolítica del conocimiento”, “pensamiento situado”–, que interpelan a los que investigamos y no permite que nuestras perspectivas de análisis terminen anquilosadas. Por otra parte, el poscolonialismo, nacido en particular en el ámbito de la academia norteamericana, fructificó en nuestro país con teóricos como Zulma Palermo, Laura Catelli, Karina Bidaseca, Alejandro de Oto, Mario Rufer... la lista es larga.

Creo, también, que la teoría poscolonial provocó un revuelo que amplió el campo de los estudios literarios al visibilizar la colonia y sus textos como objeto de estudio apetecible para los investigadores, e incentivó, como efecto secundario, la incorporación de literaturas en lenguas indígenas a un corpus que, por muchos años, había sido monolingüe.

**ML: Respecto a las editoriales y los procesos editoriales, ¿Cómo describirías su relación e interés por los textos del período colonial?**

ST: Los textos coloniales, si bien circulan en un ámbito que no va más allá de lo académico, tienen buena acogida en las editoriales vinculadas al ámbito de las universidades. El problema más importante con respecto a los textos coloniales, creo

yo, no tiene que ver específicamente con el ámbito editorial, sino con la disponibilidad de estos y la posibilidad de conseguir subsidios para hacerlos accesibles a los investigadores que se inician. Con esto quiero decir lo siguiente: la mayoría de los textos coloniales están en archivos de mayor o menor disponibilidad (no es lo mismo, por ejemplo, el archivo de la audiencia o de la catedral de alguna capital americana que el archivo parroquial de una pequeña población), y se conservan en manuscritos. Estos manuscritos pueden estar en buen estado de conservación y ser legibles o pueden ser legibles por partes; para poder leerlos, además, es necesaria una formación en filología –que no todos los organismos universitarios brindan–, por lo que el tiempo que hay que dedicar a la lectura y comprensión del texto previo al análisis suele ser excesivamente largo. Conseguir subsidios para una investigación tan dilatada en lo temporal –cuando el sistema presiona para producir y publicar en el menor tiempo posible–, es uno de los mayores impedimentos. Los textos coloniales necesitan ediciones críticas serias que conserven el manuscrito con la mayor fidelidad con respecto a cómo fue producido por su autor, pero al mismo tiempo es fundamental que ese texto pueda convertirse en objeto de estudio accesible al investigador, y es ahí donde entran en juego las editoriales. Las buenas ediciones críticas, tal vez porque son escasas, suelen encontrar una recepción favorable en el mundo editorial.

**ML: ¿Cómo concebís la relación con la historiografía en la enseñanza de los textos del período colonial?**

ST: La historiografía es, en mi opinión, imprescindible en la enseñanza de textos coloniales –que podemos considerar– literarios. Pero el vínculo literatura/historia tiene varias aristas. Por una parte, para analizar textos coloniales, en particular, es necesario conocer en profundidad el contexto de producción y circulación que los genera y eso lo aporta la historiografía. ¿Quién escribe?, ¿qué lugar ocupa en la sociedad colonial: es un clérigo, un soldado raso, un alto funcionario, un mestizo, un indígena ladino?, ¿en qué momento escribe: una guerra, un conflicto local, un problema familiar, una misión evangelizadora?, ¿a quién escribe: a sus padres en la Península, a las autoridades metropolitanas, a las élites locales, a sus viejos camaradas de armas?, ¿cuál es el objeto de la escritura: lograr mayor financiamiento para continuar el avance territorial, justificar haber desobedecido las órdenes del rey, legitimar su condición de noble indígena? Imposible describir con exhaustividad todas las variables del momento de la escritura en situaciones coloniales que la historiografía ayuda a dilucidar. Si pensamos en el *Romance* de Luis de Miranda, primer texto literario escrito en el Río de la Plata, debemos que recordar que se trata de una tirada de cuartetas octosílabas de pie quebrado que narran el hambre y los enfrentamientos políticos entre dos facciones: “leales” y “comuneros”. Miranda, ferviente partidario de los leales, describe en su poema el caos y el desgobierno de esa primera fase de la conquista

de la región en manos de los comuneros, y esa justamente, es la causa por la cual el manuscrito del *Romance* se conservó. Francisco Ortiz de Zárate lo mandó a copiar al final de un documento, dirigido al Consejo de Indias en 1560, donde daba cuenta del desorden imperante y de la necesidad, por lo tanto, de nuevas autoridades para la gobernación del Río de la Plata. Es decir, el documento recuperado por historiadores especializados en historia rioplatense temprano-colonial contiene un poema que, sin perder su valor historiográfico, es pieza fundante de la literatura rioplatense.

Por otra parte, literatura e historia en los siglos XVI y XVII no tienen una codificación inequívoca en cuanto a género discursivo. En la actualidad leemos *La Araucana* como un texto literario sin dudarle, sin embargo, muchas de las crónicas o historias de la época colonial citan pasajes de *La Araucana* con valor de documento; de la misma manera, leemos como literatura los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso y se trata de un texto historiográfico, que hasta la actualidad es utilizado como fuente por los historiadores.

Un ejemplo que tiene que ver con nuestra literatura nacional es el poema épico *Argentina y conquista del Río de la Plata*, publicado en 1602 por Martín del Barco Centenera. El poema fue utilizado como fuente por el historiador Ruy Díaz de Guzmán, y a su vez, Ruy Díaz incluyó en su historia sobre el Río de la Plata el relato ficcional de Lucía Miranda, que fue reproducido por todos los historiadores jesuitas del siglo XVIII sin dudar de su historicidad. Este mismo relato fue reescrito por la literatura durante cuatro siglos, en poemas, óperas, obras de teatro, cuentos y novelas, hasta la actualidad.

Por último, y aunque sería larguísimo desarrollar este punto en profundidad, cuando hablamos de “novela histórica” se despliega un campo sumamente atractivo, donde literatura e historia compiten por la escritura del pasado. Recordemos, por ejemplo, que tras la finalización de la dictadura cívico-militar comenzada en el año 76, se publicaron en nuestro país no poca cantidad de novelas históricas que volvían la mirada, justamente, a la época colonial.

Buenos Aires, noviembre de 2024.

# *Traducciones*



## Revista Trama. Cuadernos de historia y crítica, n° 4.

Dirección: Cristina Godoy y María Inés Laboranti.

El siguiente es un artículo seleccionado para circulación interna en el Seminario General de la Carrera de Historia (Facultad Humanidades y Artes- UNR), *Entrecruzamientos narrativos en la historiografía de la posmodernidad*, dictado por las profesoras Cristina Godoy y María Inés Laboranti, Rosario, 1998.

### La historia y la novela<sup>1</sup>

Dominick LaCapra

Cornell University

*It is not exactly a matter of free choice whether of not a cultural historian shall be a literary critic, nor is it open to him to let his virtuous political and social opinions do duty for percipience.*

Lionel Trilling, *The Liberal Imagination*

Uno podría comenzar preguntándose ¿por qué un profesional de la historia debería molestarse en leer novelas? Lo más triste es que, en el presente, de hecho, una cantidad de historiadores lo tomarían como un interrogante real. Bien puede gustarles leer novelas en su tiempo “libre” o en su tiempo de ocio, pero se sentirían fuertemente presionados si vieran a la novela jugando parte en su vida profesional. Aún los historiadores intelectuales que no han redefinido totalmente su actividad como una función de la historia social podrían excluir o desvalorizar la significación de la novela, tanto en su investigación como en su enseñanza. Si este es el caso, es necesario trabajar sobre lo que tendría que ser obvio antes de plantear la cuestión más significativa: ¿cómo se deberían leer las novelas en la historia?

Georg Lukács argumentó que la novela era el género de la época burguesa. Contemplaba un héroe problemático cuyos ideales eran, más o menos, sistemáticamente contrariados por la realidad social; y los grandes críticos realistas, como Balzac o Tolstoi, pudieron exponer, en sus novelas, dimensiones de historia contemporánea que desafiaban sus ideologías, propias y explícitas. Desde una perspectiva más bien diferente, Mijail Bajtin vio a la novela como un epítome de la cultura moderna y la forma más pronunciada de lenguaje “dialógico” utilizado habitualmente. En el caso de Dostoievsky, se refirió a la novela polifónica en la que la voz del autor es una

1 LaCapra, D. (1985), “History and the Novel”, en LaCapra, D., *History & Criticism*, Ithaca y Londres: Cornell University Press. [Permiso de traducción: Dr. D. LaCapra. Traducción: Cristina Godoy].

constante dentro de un más amplio terreno de fuerzas; y discutiendo a Rabelais desarrolló, más allá aún, su idea del realismo grotesco en la novela como un medio para carnavalizar los usos del lenguaje. De manera más general, para Bajtin la novela fue un género que ponía a prueba los límites de la clasificación genérica, renovándose constantemente mediante la incorporación de otros géneros y usos sociales en un intercambio activo de perspectivas y voces. En vena semejante, Lionel Trilling ha argumentado:

Para nuestro tiempo, el agente más efectivo de la imaginación moral ha sido la novela de los últimos doscientos años. Nunca fue, ya sea estética o moralmente, una forma perfecta y sus carencias y fracasos pueden ser rápidamente enumerados. Pero su grandiosidad y su falta de práctica descansan en su trabajo de envolver sin piedad al lector en una vida moral, invitándolo a someter sus propios motivos a examen, sugiriendo que la realidad no es como su educación convencional lo ha llevado a percibirla. Nos enseñó, como ningún género alguna vez lo hizo, la extensión de la variedad humana y el valor de esta variedad. Consistió en la forma literaria en que las emociones de comprensión y perdón fueron innatas, como definición de su propia forma.<sup>2</sup>

Aunque uno fuera a caracterizar las evaluaciones de estos teóricos como motivaciones retóricas efectivas en su propio trabajo, observar la novela como un modo muy importante de escribir en el período moderno está lejos de lo hiperbólico. En este caso, hay cierta desconfianza en cuanto a un acercamiento a la historia -particularmente a la historia intelectual- que no aborda a la novela, ni en su carácter de objeto de estudio, y reflexivamente personal, ni como una forma de alcanzar voces problemáticas en la misma historia moderna. Por supuesto, estas consideraciones plantean la cuestión de la narrativa tanto en la novela como en la historiografía.

Desde fines del siglo diecinueve, los historiadores han sido atraídos por un modelo de investigación científico por momentos hasta positivista. A menudo, este modelo implica préstamos de las ciencias sociales. Los historiadores, remarcando la importancia de relaciones cercanas de trabajo con las ciencias sociales pueden ver terrenos, el de la crítica literaria y el filosófico, como campos un tanto ajenos. La literatura misma deviene en poco más que una evidencia "literaria" cuestionable; y un interés en literatura (o filosofía), que va más allá de los límites estrechos del documento, es un signo de relato- contado, de que uno no está realmente haciendo historia. (La aseveración de que algo no es historia frecuentemente oculta una premisa y una conclusión mayores: Soy un historiador. Por lo tanto, es algo que no me concierne).

---

2 Trilling, L. (1950). *The Liberal Imagination*. Nueva York: The Viking Press, p. 222.

Hasta hace poco, los historiadores, en búsqueda de una guía en las ciencias sociales, bien pudieron ennegrecer el rol de la narrativa en la historia y enfatizar la necesidad de someter el “dato” al análisis, a la hipótesis-formación y a la construcción modélica, en el interés de elaborar explicaciones válidas de los fenómenos históricos. Si el lado “artístico” de la historia entraba en escena, sería a través del portal muy estrecho de una idea más bien aparente de “buen estilo” en escribir, que era accesible a lo proverbial de “persona, en general, educada”. “El buen estilo”, cuando simplemente no ocultaba el problema de la “voz”, circunscribía al historiador a una descripción y análisis de hechos “objetivos”. La objetividad implicaba la dominación de una voz impersonal o “sin voz”, y las intervenciones “subjetivas” (marcadas por la utilización del pronombre de primera persona) deberían ser confinadas con jactancia a un prefacio o a una conclusión. Intervenciones más ocasionales de tendencias “no-objetivas” en el cuerpo del texto histórico amenazaban con desbaratar reglas de decoro establecidas y cualquier cosa que se aproximara a un “diálogo” más complejo entre el pasado y el presente (o el historiador y la evidencia “documental”) parecía estar excluida ab initio.

Por supuesto, los historiadores sociales han sido exponentes particularmente notables de una idea científica y al mismo tiempo positivista de la historia. Hasta hace poco, la influyente escuela de *Annales* tendió a ver a la narrativa como superficial, para acentuar una concepción socio-científica de la historia “seria” con énfasis en las series estadísticas y exhaustivas investigaciones de archivos mostrando el ideal de una “historia total” en la que la historia social tenía la posición privilegiada de ser tierra firme o indicador esencial de una realidad fundamental. A menudo, uno escuchaba -y todavía ocasionalmente lo hace- frases tales como “la necesidad de enraizar los problemas en la realidad social”. La historia total en sí podría servir como caballo de Troya para una metafísica social en la comprensión del pasado y en la pretensión de preeminencia presentes en la organización de la profesión historiadora.

En un pasado más inmediato, la escuela de *Annales* ha devenido en menos dogmática y evangélica en sus supuestos, por lo menos entre sus afiliados más conscientes y autocríticos.<sup>3</sup> La idea de una historia total ha sido girada en dirección a una historia general más problemática o radicalmente combatida en nombre de una historia “entablillada” o descentrada. Tal vez aquí, uno no tenga alternativas sino indicaciones de la necesidad de los historiadores de tender a la interacción entre el orden y los desafíos, tanto en el pasado como en su propio discurso al dirigirse al pasado. De

3 Ver, por ejemplo, la apreciación en: Chartier, R. (1982), “Intellectual History or Sociocultural History. The French Trajectories”, en LaCapra, D. y Kaplan, S. L. (eds.). *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*. Ithaca: Cornell University Press, pp. 13-46. Ver también los trabajos de Michel de Certeau, especialmente significativos para los historiadores, cuando son leídos como revisiones de tendencias predominantes de la escuela de *Annales*. (Por supuesto, tomaría un estudio separado tratar la generosidad ondulante del pensamiento de Fernand Braudel).

cualquier forma, la creencia metafísica, frecuentemente oculta, de que la sociedad es el terreno esencial a toda investigación histórica se ha vuelto por lo menos más flexible en la comprensión del rol de los sistemas simbólicos y de las prácticas significativas en la formación de la sociedad misma. Y la narrativa ha sido rehabilitada como un medio de representar el pasado.

Sin embargo, el regreso parcial a la narrativa y la insistencia en el problema del “significado simbólico” pueden indicar ciertas relaciones, en las que concepciones más antiguas de la historia (empírico-analítica) como ciencia y como arte (narrativa), estaban tan separadas respecto a supuestos básicos y puede que expongan, simultáneamente, las limitaciones de desarrollos más nuevos en la historia social en general. Abordajes científicos y narrativos más antiguos fueron formas coordinadas de codificar y organizar los hechos en sí, y puede que compartan un número de rasgos significativos: básicamente, una concepción documental de la literatura como parte del registro histórico; desconfianza de la crítica auto-reflexiva como injuriosa al oficio del historiador; una idea desproblematizada del uso del lenguaje por parte del historiador, que evita o reprime aspectos relevantes en un intercambio con el pasado, incluyendo el rol de estilos “internamente dialogados” en historia que implican auto-cuestionamiento, humor, estilización, ironía, parodia, y auto-parodia. Por ejemplo, el giro reciente hacia el problema del “significado simbólico” en sí, a menudo descansa en una idea muy simplificada del uso del lenguaje -por ejemplo, el término “social” es entendido no como un calificador problemático, pero como definidor esencial y constitutivo del “significado”. Un resultado práctico es la eliminación o la homogeneización de los usos del lenguaje en historia, frecuentemente excepcionales, contestatarios y hasta misteriosos como la tendencia a una marginación del enfoque de la historia intelectual que sea sensible a estos usos. Y la “narrativa”, hacia la que se ha hecho un regreso parcial, es ella misma más bien de naturaleza tradicional.

Tomemos, por ejemplo, un estudio como el de Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montaillou* (1975) -aclamado tanto por profesionales de la historia como por el público en general. Es una narrativa bellamente compuesta pero convencional en alto grado. Resulta efectiva porque combina ostentosamente una investigación bien documentada y una forma de relato tradicional (por momentos, un romance) de manera que aparece altamente plausible y semejante a la vida. A pesar de la manera en que utiliza un registro inquisitivo como simple recurso de hechos, se podría calificar de pre-crítica más que como texto complejo que establece relaciones problemáticas respecto a otros procesos socioculturales. Fuera de la órbita de la escuela de *Annales*, *The Armada* (1959) de Garrett Mattingly es frecuentemente considerado un paradigma de la historia narrativa moderna. En su acercamiento básico al relato-contado pertenece al mundo desproblematizado compartido por *Montaillou* ya que es, al viejo estilo,

un cuento encantador. Casi logra que usted crea que Inglaterra todavía controla los mares de la narrativa tradicional y que diariamente vence las armadas invasoras que sitian el relato-contado tradicional en otras aguas, como las navegadas por la novela moderna.

Ciertos profesionales de la historia y científicos sociales, tratando de revisar la tendencia de la narrativa tradicional de novelar acontecimientos (una tendencia que puede ser una consecuencia inevitable de la reconstrucción imaginativa de la “experiencia vivida” sobre la base de documentación limitada) construyen la narrativa tan objetiva y similar a la documentación como sea posible. En su forma más extrema, esta clase de historia provee las series familiares y aburridas de oraciones declarativas, secas y perpetuas en tercera persona y en tiempo pasado. Pero puede alcanzar extremos desconcertantes de voces impersonales que se convierten en una imitación, no auto-consciente de técnicas utilizadas en forma de parodia por novelistas como Flaubert. Ofrezco, por su interés estilístico, un párrafo del primer capítulo de un trabajo de Durkheim, capítulo titulado lo suficientemente apropiado, “Niñez”. (Entre paréntesis incluyo las notas a pie de página del autor).

David Émile Durkheim nació el 15 de Abril de 1858 en Épinal, ciudad capital del departamento de los Vosgos, en Lorena. Su padre, Moïses Durkheim había sido el rabino de Epinal desde los '30 y era el Rabino Principal de los Vosgos y de Hute-Marne; su abuelo, Israël David Durkheim, había sido rabino en Mutzig (Alsacia), como también su bisabuelo Simon Simon, designado en 1784. Su madre, Méline née Isidor, era la hija de un comerciante de cerveza (o de caballos). Creció entre los límites de la apretada trama de una familia judía, ortodoxa y tradicional, parte de la comunidad judía de Alsacia-Lorena, establecida desde hacía mucho, notable por proveer a Francia, al final del siglo diecinueve, de muchos oficiales de ejército y servidores civiles. [1. Ver Aubéry, P., *Milieus juifs de la France contemporaine* (2nd ed, Paris, 1962), p. 61, y Anchel, R., *Les juifs en France* (Paris, 1946), p. 18. Ver Appendix G en Lukes, 1968b, para una reproducción del árbol genealógico de la familia Durkheim, que, por ejemplo, brinda un cuadro impactante de la movilidad social, hacia arriba, de esta comunidad a lo largo de seis generaciones.] De todas formas, Durkheim estaba destinado a ser rabino y su educación temprana fue dirigida a este fin: estudió por un tiempo en la escuela rabínica. [2. M. Étienne Halphen, comunicación personal.] Sin embargo, pronto decidió, siendo todavía alumno, no seguir la tradición familiar. [3. M. Georges Davy, comunicación personal].<sup>4</sup>

4 Lukes, S. (1973). *Emile Durkheim: his life and work*. Londres: Penguin Books, p. 1.

Todos hemos escrito alguna vez una página semejante, pero ésta parece ser una visita curiosamente desalojada de las páginas de *Bouvard et Pécuchet*. Incluye muchos momentos preciosos: las series desconcertantes de “begats” formando un cortège atrás del nombre de Durkheim; la referencia digresiva a los oficiales del ejército: el uso de dos puntos para introducir la tautología anticlimática; la invocación de “comunicaciones personales” a hechos auténticos apenas conocidos y disponibles en fuentes éditas. (Entre paréntesis, la intrigante equivalencia entre la cerveza y los caballos no es nunca explicada y crea en el texto un fantástico resplandor crepuscular de indeterminación.)

Por lo menos, como efecto de la sacudida, uno podría yuxtaponer el párrafo más arriba citado a un registro marcadamente diferente. Aquí está la última entrada en el diario de Virginia Woolf:

Apenas regresando de la charla de L en Brighton. Como una ciudad extranjera: el primer día de primavera. Las mujeres sentadas en asientos. ¡Un sombrero bonito en una tienda de té -de qué forma revive el ojo! Y las mujeres viejas, incrustadas en su caparazón, pintadas, engalanadas, cadavéricas en la tienda. No: no intento introspección alguna. Marco la oración de Henry James: observar perpetuamente. Observar el advenimiento de la edad. Observar la codicia. Observar mi propia melancolía. Por esos medios se convierte en servicial. O así lo espero. Insisto en gastar el tiempo en la mejor de las ventajas. Iré hacia abajo con mis colores volando. Supongamos que comprar una entrada al Museo; bicicleteando en la historia diaria y leída. Supongamos que elijo una figura dominante en cada edad y escribo en torno y sobre. La ocupación es esencial. Y ahora con cierto placer me doy cuenta que son las siete; y debo cocinar la cena. Merluza y salchicha. Pienso que es verdad que una gana un cierto dominio sobre la salchicha y la merluza mediante su escritura.<sup>5</sup>

Este pasaje produce una sensación muy diferente respecto al que cité anteriormente, especialmente si uno conoce su secuela existencial. Pero entre los efectos de impacto creados por el diario de Virginia Woolf está el hecho de que realmente no parece brindar la perspectiva documental en la vida de la autora que lectores con inclinaciones tradicionales podrían esperar. Parece pintar una “realidad vivida” y la forma de transcribirla es incómodamente cercana a lo que uno encuentra en las novelas de Virginia Woolf. En estas novelas, el lenguaje hace cosas que a menudo parecen terriblemente diferentes a los usos del lenguaje en la historiografía contemporánea.

5 Woolf, V. (1953). *A Writer's Diary*, edición con introducción de Leonard Woolf. Nueva York y Londres: The Hogarth Press, p. 351.

Un punto aquí es particularmente significativo. En el siglo diecinueve, la novela y la historia narrativa frecuentemente exhibían paralelos notables. Maestros de la narrativa podían ser encontrados en ambas áreas de la prosa discursiva. Historiadores tales como Michelet, Carlyle, y Macaulay fueron grandes narradores y pudieron hasta competir con novelistas para el público. Por momentos, en el caso de Carlyle, por ejemplo, los historiadores bien podían hasta emplear formas más bien “experimentales”. (Estoy pensando especialmente en la bulliciosa historia intelectual que uno encuentra cum la autobiografía espiritual en Sartor Resartus). En contraste, hacia el final del siglo diecinueve, se produce una separación de los modos de la narrativa histórica y novelesca. La narrativa en historia tiende, con algunas excepciones, a permanecer afincada en sus modos decimonónicos. Desarrollos en historia narrativa tienden a estar en un nivel “científico” de la mejor colección de documentación y datos y Ranke, alineado con estos desarrollos, es probablemente el historiador narrativo más ampliamente emulado. Existe relativamente poca auto-consciencia sobre el problema de la voz o punto de vista; el narrador tiende a ser omnisciente y descansar en la convención de unidad no sólo de la voz narrativa sino entre la voz narrativa y la autoral; y el relato es típicamente organizado de acuerdo a un arreglo cronológico, una estructura de comienzo-medio-fin.

Para ilustrar el último punto, uno podría referirse a los procedimientos de H. Stuart Hughes en *Consciousness and Society* (1958). Hughes define su período de estudio entre 1890 y 1930 en términos de un racimo generacional de genio -grupo de intelectuales que compartían una crítica neo-idealista al positivismo. Es bastante cierto que la vuelta del siglo fue testigo de una respuesta crítica a la aplicación de métodos de estudio estrechamente científicos del ser humano y un número de figuras acentuó la importancia del significado, interpretación, y valores en las ciencias humanas. Pero una crítica al positivismo, en este sentido, ya había sido emprendida, de manera poderosa, antes de 1890, por ejemplo, por figuras tales como Nietzsche y Kierkegaard, permaneciendo esta crítica como un punto de referencia notable después de 1890. En el período entre 1890 y 1930, como el mismo Hughes sabe, las corrientes positivistas continuaron siendo pronunciadas en trabajos de figuras tales como Durkheim y Freud. Y las relaciones problemáticas entre positivismo e idealismo todavía concernían a pensadores después de 1930. Tal vez más significativo: algunos de los pensadores más importantes del período moderno cuestionaron la fuerza lógica de ciertas oposiciones binarias -oposiciones tales como la de positivismo e idealismo, en la que el propio Hughes confía. Aquí el nombre de Heidegger es de relevancia obvia. El aspecto más general es que Hughes, dirigiéndose a lo que toma como el pensamiento auto-reflexivo más crítico del período moderno, permanece más bien acrítico respecto a conceptos y supuestos habituales, especialmente un método de periodización que provee un marco cronológico para una narrativa convencional,

transparente. Y en lugar de justificar la periodización en terrenos pragmáticos inobjetables, trata de invertirla con la clase de peso teórico que no puede realmente sostener. Lo que tiende a permanecer oscuro en el proceso es el rol de algo que Hughes mismo reconoce como crucial: el modo en que el conocimiento objetivo del pasado, vestido con procedimientos tales como periodización, es complementado por lo que Freud habría denominado una relación de transferencia hacia el objeto de estudio -con lo cual, encontramos el desplazamiento de los problemas que investigamos en nuestro registro de ellos.

En contraste, uno ha sido testigo en la novela desde Flaubert de una tremenda explosión de abordajes exploratorios de la narrativa. Puede que no sea posible, o hasta deseable, tener mutaciones estilísticas y formales comparables en historiografía. (El trabajo de Foucault, especialmente su intento obligado en imprimir, en *Folie et déraison: histoire de la folie à l'âge classique*, cierta desazón por la ruptura del diálogo entre razón y sinrazón indica algunas de las posibilidades y peligros de una narrativa histórica ciertamente experimental.) Pero ciertas modificaciones e iniciativas pueden resultar más bien posibles y deseables de lo que uno podría inferir de las tendencias prevalecientes, si no dominantes, en la historiografía profesional y en la ciencia social. El punto de vista o la narrativa histórica, por ejemplo, pueden devenir en parte importante de una cuestión cuando uno trata de alcanzar relaciones mutuas de transferencia con el pasado. El peligro obvio es que un registro experimental, al extremo de ser inventivo en sus interpretaciones, puede transformarse en “proyectivo” (en el sentido corriente del término). Pero la transferencia es algo más y, en aspectos cruciales, algo más que ser demasiado inventivo o construir el objeto en los términos de intereses personales. La transferencia acrítica ciertamente puede comprometer imputar los “otros” rasgos que uno niega reconocer en uno mismo. Pero, en este sentido más preciso, un registro convencional puede ser bastante “proyectivo”. Y lo que es más proyectivo es evitar argumentos dirigiendo el costo de proyección en contra de una interpretación o una orientación enteramente interpretativa, con las que uno no está de acuerdo por razones que permanecen sin plantear ni examinar. La cuestión no está en si la transferencia tiene lugar; está en cómo tiene lugar y cuáles es, o debería ser, la naturaleza del intercambio perdurable con el “objeto”. Las posturas puramente objetivistas o positivistas implican desmentir o negar la transferencia y pueden funcionar para ocultar el mecanismo utilizado cuando una hace de chivo expiatorio de la otra -mecanismo que puede, por lo menos, ser impedido a través de un intercambio más crítico y auto-crítico.

Un aspecto de la relación transferencial y dialógica con el pasado vuelve a nosotros en la cuestión de cómo uno está dispuesto a leer las novelas en historia. Y desplaza nuestro foco desde las analogías entre la novela y la historia, hacia el tema de la rela-

ción entre la historiografía y la crítica literaria. En esta coyuntura, un asunto crucial es el de las alternativas respecto al hábito documental y positivista de usar los textos literarios. Ciertamente, el tratamiento puro y simple de cualquier documento, como recurso de hechos sobre el pasado, puede presentar tantas dificultades más que en calidad de texto, que también suplementa o retrabaja lo que “representa”.

Si la novela es leída en historia es porque, desde un punto de vista típico, puede ser utilizada como un recurso que nos dice algo fáctico sobre el pasado. Su valor está en sus funciones referenciales -la manera en que sirve como ventana a la vida o a desarrollos del pasado. En concordancia, el foco del historiador está en el contenido de la novela -su representación de la vida social, sus personajes, sus temas, y así de seguido. En una palabra, la novela es pertinente a la investigación histórica al extremo que puede ser convertida en conocimiento o información útiles. Por ejemplo, *The Red and the Black* nos informa tanto sobre las tensiones sociales y políticas, en el siglo diecinueve temprano en Francia, como sobre los problemas de un dinámico y ascendente joven de provincias. *Madame Bovary* nos habla de tendencias de más larga duración en la sociedad de provincias y de las frustraciones de una mujer que no se adapta a sus demandas. Por supuesto que Balzac es, desde una perspectiva documental, el novelista favorito porque trató de manera manifiesta de proveer una vista panorámica de la vida contemporánea y, explícitamente, comparó la novela con la ciencia social. (Por supuesto, el problema es el alcance de su práctica novelística, muchas veces cubriendo una inflación hiperbólica y contestataria de “realidades” sociales, de acuerdo a su auto-interpretación, -ciertamente, de un modo u otro, su famoso argumento en el prefacio de *La comédie humaine* tuvo un significado de estrecha representación. Balzac afirmó que deseaba competir con la sociedad civil -*faire concurrence à l'état civil*- no sólo “representarla”).

Resulta cada vez más evidente, que un uso documental restrictivo de las novelas, como lo realizado por ejemplo por Louis Chevalier encierra problemas serios.<sup>6</sup> Genera una narrativa típica que es menos auto-crítica y probatoria que las narrativas literarias que se trata de examinar. Y provee una respuesta demasiado simple a la cuestión de la relación entre el uso del lenguaje en literatura y las prácticas signi-

6 Ver *Classes laborieuses et classes dangereuses* (Paris, 1958). Lo que Chevalier escribe sobre *Les mystères de Paris* de Eugène Sue es lo típico de su enfoque de leer novelas en general. “La importancia social de esta novela, como la de otras grandes novelas de la época, está en el hecho de que sus autores describen una sociedad y una época a las que pertenecen... La autenticidad extraordinaria de *Les mystères de Paris* como la de *Les misérables*, proviene del hecho de que estos trabajos registran pasivamente las evoluciones demográficas y económicas que hemos evocado. Pertenecen a su tiempo y no pueden hacer otra cosa que atribuir a la sociedad, que ellos describen, las características que sus autores conocen, en la misma manera en que ellos eran conocidos, por los habitantes menos cultivados (incultos) de la ciudad”) pp. 514-515 [N. del T. Dominick LaCapra anota que la traducción es suya]. Resulta impactante notar que la noción de “autenticidad” del historiador social es exactamente la opuesta a la desarrollada por Heidegger en *Being and Time*. Su aplicación descalificante respecto a las clases no instruidas o populares está, por otra parte, abierta a la discusión, porque parece implicar que, entre los “incultos”, las lecturas críticas de los textos son imposibles.

ficativas en el resto de la sociedad y la cultura. En el proceso, hace literatura ya sea redundante o puramente sugestiva (por tanto, no “seria”).

La literatura deviene redundante cuando nos dice lo que puede ser recogido de otras fuentes documentales. En este sentido, la literatura es paradójicamente mucho más superflua cuando parece proveernos la información más “útil” y “reputada” ya que debe simplemente replicar o confirmar lo que puede ser encontrado en documentos más literales, tales los informes policiales. (Pongo entre paréntesis, momentáneamente, la pregunta sobre si los informes de policía requerirían una “lectura” textual, por ejemplo, en términos de fantasías sobre conspiraciones contra el orden y deseos públicos para un control administrativo comprensivo de la sociedad.) La literatura es apenas sugestiva produciéndonos, por ejemplo, una sensación de la vida en el pasado cuando su información no puede ser probada a través del contraste con otras fuentes. Por lo tanto, debe dársele un segundo rango en el saber historiador, a pesar de que lo que no puede ser comprobado puede dominar los procesos más significativos y sutiles de la vida.

Parece que hemos llegado a un atolladero que señala la necesidad de un abordaje alternativo a la literatura. Aquí se puede notar que la idea formal de un texto, como un cosmos cerrado en sí mismo que hace uso de los recursos puramente literarios, no es una alternativa, tampoco se trata de una simple combinación de métodos documentales y formales. De hecho, las reducciones documentales y formales de los textos son gestos complementarios entre el contenido y la forma de un texto y dividen los problemas interpretativos en esferas discretas de usos externos y análisis internos. El intento formal de constituir el texto como una entidad responsable de su existencia-devenir y restringir la historia a una información de antecedentes es el frère ennemi del intento historiográfico de construir textos como documentos estrechamente informativos y de distanciar a la historia de la crítica literaria interna, formal. Ambos intentos surgen juntos y secretamente uno refuerza al otro.

¿Cuál es entonces la alternativa que avizora tanto una comprensión de los textos literarios como una relación diferente entre la historiografía y la crítica literaria? Aquí uno busca un proceso de interrogación que, mientras no pretende ser una síntesis “totalizante” de los opuestos definidos analíticamente nos permite situar los aspectos válidos de métodos más documentales y formales. Pienso que un movimiento en la dirección deseada está dado cuando los textos son comprendidos como usos variables del lenguaje que vienen a convenir -o “inscriben” contextos en diferentes maneras- formas que comprometen al intérprete como historiador y crítico en un intercambio con el pasado, a través de la lectura de los textos.

Los contextos de interpretación son por lo menos tres, los de escritura, recepción

y lectura crítica.

Los contextos de escritura incluyen tanto las intenciones del autor como las situaciones más inmediatas biográficas, socioculturales y políticas con sus ideologías y discursos. También incluyen instituciones discursivas tales como las tradiciones y los géneros. Ya he señalado que la novela, proverbial “monstruo hinchado”, es un género particularmente abierto e interpelado en relación al cual el formalismo fue una empresa prescriptiva -un modo de decir a los novelistas que limpiaran sus actos. (El estímulo de la prescripción es suficientemente evidente en *The Craft of Fiction* de Percy Lubbock.) Por supuesto resulta significativo que el formalismo, tanto en Rusia como en occidente, surgió en mayor medida con la poesía como su marco de referencia primario, y la poesía, más que la novela, ha sido tema para una historia de acuerdos “internos”. Hasta Harold Bloom, que aplica modelos psicoanalíticos a la historia de la poesía, presenta esta historia mayormente como un *affaire* entre poètes. Pero en el trabajo de Bloom, como más extensivamente, se trata de una cuestión de grado porque la poesía por supuesto ha intercambiado con discursos religiosos y otros, y la novela, a su vez, sí se relaciona con otras novelas. Una consideración de significación general es la de que todos los contextos se registran a través de la “mediación” de textos o prácticas específicas, y deben ser reconstituidos sobre la base de evidencia textual. Ya que el pasado llega en la forma de textos y recordatorios textualizados -memorias, informes, escritos publicados, archivos, monumentos, etc. Las dificultades en el proceso de reconstrucción de contextos a manera de inferencia sobre la base de textos (en el sentido más amplio) están a menudo oscurecidas o reprimidas, especialmente cuando uno está convencido de que un contexto o un juego de contextos debe ser una fuerza determinante con un poder explicativo completo. El punto suplementario es que los textos interactúan entre ellos y con los contextos en modos complejos, y la cuestión específica para la interpretación es precisamente cómo un texto establece vínculos con sus contextos putativos. Este interrogante es clausurado prematuramente cuando el texto es entendido en una manera estrechamente documental o puramente formal.

La novela tiene una característica que la distingue de la historiografía que es obvia pero importante. Puede tomar prestado de un repertorio documental, aún poniendo en juego este proceso, el traslado de un efecto que invalida una concepción de la novela en términos de pura ficción o una suspensión total de la referencia a una realidad “externa”. Por ejemplo, el hecho de que Charles Bovary sea un *officier de santé* es significativo y el conocimiento contextual de la naturaleza y del status social relativamente bajo de esta ocupación es necesario para que ciertos aspectos de la novela resulten efectivos. Cuando el padre de Emma reprime el gesto carnavalesco de un pariente pescador, que chorrea agua a través de la cerradura de la recámara nupcial,

sobre la base de que esto impide sostener la dignidad de su yerno, el acto del padre es una situación irónica y absurda pero el lector no lo vería así sin el conocimiento contextual. La descontextualización misma, que ha sido un movimiento fuerte en la literatura moderna, depende para su efecto de las expectativas contextuales. Pero la novela, al contrario de la historiografía, puede inventar personajes y hechos y construir configuraciones que no están disponibles en la escritura de la historia. Cuando esta distinción elemental entre historia y novela se desbarata, aparece el mito. Es en otros niveles de interpretación, de composición y de estilo que las relaciones entre la novela y la historiografía devienen más comprometidas y controvertidas. Al respecto, uno bien puede comparar las modulaciones de la ironía en Tocqueville, Stendhal, y Flaubert o argumentar que la lectura de los tiempos en *The Old Regime and the Revolution* es, en cierta forma, comparable a la presente en Rojo y Negro (por ejemplo, desnudar la atomización de los individuos y de los grupos en sociedad) mientras que en recorridos diferentes, otras se estrechan a las de *Madame Bovary* (por ejemplo, en el uso profundo de la ironía).

Los contextos de recepción presentan el problema de cómo los textos son leídos, utilizados y abusados por los diferentes grupos sociales, instituciones, y medios circundantes. Pueden ser instituciones o espacios, tanto juicios, escuelas, y estudios como formaciones sociales tales como disciplinas, partidos, movimientos, y regímenes políticos. Lectores profesionales, por ejemplo, los críticos literarios, constituyen un grupo significativo en la recepción de la literatura ya que colaboran en dar forma al juicio y enseñan a otros cómo leer (o, ciertamente, cómo escribir). En referencia a las disciplinas, las críticas bibliográficas resultan índices especialmente valiosos de la estructura operacional en la lectura de las reseñas en su carácter de reflexiones tanto de sus escritores como de los objetos de crítica.

En la historiografía, la clase de crítica lector-respuesta (o estética de la recepción), que está ganando difusión, es la variante analítica más restrictiva, empírica y analítica. El estudio de la recepción puede hasta amenazar desplazar completamente el estudio de los textos, especialmente en cuanto a la recepción como medida de “mentalidad” colectiva y sujeta a técnicas convencionales de análisis estadísticos y de contenido.<sup>7</sup> Incluso, uno puede contemplar la ostentación bizarra de los “críticos” que abandonan la crítica, limitándose a informar cómo otros lectores leen, y tratan de dejar para la posteridad una indicación tan escasa como sea posible de su propia “respuesta” como lectores de textos. Aquí uno debe insistir en la importancia de una lectura crítica en calidad de contexto de recepción -lectura crítica tanto de los textos como de las maneras en que son leídos, usados o abusados. Sólo a través de una

---

7 Ver, por ejemplo, Smith Allen, J. (1983), “History and the Novel: Mentalité in Modern Popular Fiction”, *History and Theory* 22, pp. 233-52. Allen aplica a artefactos, en el nivel de la recepción (por ejemplo, cartas al autor), el mismo método de lectura que Louis Chevalier aplica a los textos en sí.

lectura crítica tentativa uno puede adquirir alguna perspectiva de lo que ocurre en la “recepción” de los textos en contextos dados. Y simultáneamente uno confronta el problema de la localización de la propia lectura en la escena crítica contemporánea.

La restricción de un estudio de la recepción, en un registro empírico y analítico de lecturas pasadas o usos de textos, es un intento neopositivista drástico para abreviar nuestro propio intercambio con el pasado y, por otra parte, trascender el conflicto contemporáneo de las interpretaciones. También es un regreso vocinglero a un modelo de conocimiento documental estrecho -que amenaza identificar toda interpretación como anacrónica. Una contrapartida reciente, en un nivel más formal, es el énfasis “semiótico” o estructural exclusivo sobre el rol de las convenciones, paradigmas, o códigos en prefigurar una gama de lecturas. Ciertamente, la convención o código puede ser vista en el modelo denominado *covering law* que presenta un uso del lenguaje o del texto en forma de instantánea o de ilustración directa de la estructura o de la ideología discursivas. (Por ejemplo, *Madame Bovary* puede ser interpretada como una ilustración de la ideología de arte puro que tiene implicaciones escapistas o impotentes en el mundo real.)<sup>8</sup> Por supuesto, hasta cierto punto, todos los usos del lenguaje están codificados. Pero la relación de cualquier código o juego de códigos con el uso actual puede llegar a ser intrincado, y la naturaleza de la interacción de un texto con códigos o contextos ideológicos no es una conclusión predeterminada. Los textos altamente estereotipados, tales como las novelas populares, los comerciales, y la propaganda política tienden a ser altamente codificados e ideológicamente saturados porque son presupuestos en el deseo de lograr un mensaje acotado, de principio a fin, al lector o al escucha. Textos más complejos como las novelas significativas tienen una relación más confusa con los códigos. Una consideración obligada es que la ideología o el código ejercen coacción sobre el discurso especialmente cuando comprometen deseos o prejuicios más profundos; y ningún texto, aunque excepcional, es enteramente inmune a este proceso, o diáfano en su operación. Como Louis Althusser ha argumentado, la ideología “interpela” o se

8 Por lo tanto, Jerrold Seigel escribe: “Hasta las visiones más frenéticas y orgiásticas estaban ligadas en su mente con (en palabras de Victor Brombert) ‘un sentido no medicable (sic) de tristeza y futilidad.’ Esto no es lo consciente de una revolución ideológica...Para Flaubert, lo carnavalesco sirvió al proyecto del arte puro a través de la demostración de que ningún ideal puede ser realizado en la vida actual. Fue un recordatorio constante de que el arte solo -incluso con todas sus participaciones en las desilusiones de la vida- recordaba el terreno único en el que el ideal podría ser buscado. ...El escritor, para quien las aspiraciones más altas del arte eran *faire rever*, puede hacerlo disponible para enlistarnos en los proyectos ideológicos que concebimos, pero, por lo tanto, tomarlo a nuestro servicio es proyectar nuestros rasgos en él, no para clarificar los suyos” (*Journal of Modern History* 52 [1984], p. 160). Seigel no sólo considera el arte puro como un significado esencial del texto; descarta interpretaciones más complejas proyectiva e ideológicamente motivadas. De esta manera, identifica su propio punto de vista con la simple verdad histórica que, meramente, clarifica los propios proyectos de Flaubert -como si la interpretación de Flaubert, como impotente y escapista no calificado, no tuviera implicancias ideológicas, especialmente para el liberal académico desencantado con tendencias radicales más tempranas. Para un punto de vista de Flaubert, ver LaCapra, D. (1982). *Madame Bovary on trial*. Ithaca: Cornell University Press. El pasaje citado más arriba está tomado de la reseña de Seigel sobre este libro.

dirige al sujeto. A través de “escenas de reconocimiento” políticamente interesadas, juega un rol en constituir nuestro sentido precrítico de identidad.

Por lo tanto, debería ser obvio que un asunto crucial para la interpretación es la relación entre tendencias sintomáticas (o reforzadas ideológicamente), críticas y transformadoras de la manera en que un texto suministra sus códigos y contextos pertinentes. Algunos textos son especialmente significativos, por sí mismos, en la manera en que establecen los términos con esta cuestión, y dentro de ciertos límites, pueden servir como “modelo” para el lector que está alerta a ciertas consideraciones. Ningún nivel de la cultura o género tiene un privilegio absoluto al respecto, pero la novela ha sido particularmente rica en textos en los que la relación para con la ideología es complicada por efectos forzosamente críticos y hasta potencialmente transformadores. No sólo ha sido un género obstinado que ha asimilado otros géneros y ha puesto a prueba los límites de su propia definición genérica. Su historia ha sido puntualizada por textos excepcionales, que parecen reescribir el género, y comprometen, en relaciones muy sonoras, novelas más antiguas y otras prácticas significativas, desde la periodística hasta la filosófica o religiosa. De hecho, el interrogante más elocuente dirigido por la novela a la historiografía puede ser si la escritura histórica contemporánea está en condiciones de aprender algo de la naturaleza autocrítica de un modo de discurso que a menudo ha intentado utilizar o explicar de manera más bien reductiva. Una forma diferente de leer novelas, bien puede alertarnos no sólo respecto a las voces contestatarias y contradiscursos del pasado, sino de las maneras en que la historiografía en sí puede devenir en una voz más crítica en las “ciencias humanas”.

En ausencia de una preocupación para con la lectura crítica y sensitiva, en una relación problemática entre textos y contextos, la gran tentación de la historiografía es virar en dirección de la sobrecontextualización. Los historiadores se sienten completamente en casa con la idea de que un registro puede resultar corto al no proveer un contexto suficiente, pero somos propensos a desbaratar la noción de sobrecontextualización o hasta verla como no esencial. ¿Cómo puede ser que uno cuente con demasiado contexto especialmente si la “realidad” es identificada con el “contexto” y la comprensión histórica es definida como una función de contextualización? Aún así la sobrecontextualización no sólo es posible, frecuentemente, es un peligro claro y presente en la escritura de la historia. Sucede cuando uno sumerge un texto en las particularidades de su propio tiempo y espacio, impidiendo una comprensión acorde y restringiendo excesivamente la interacción entre el pasado y el presente. La sobrecontextualización, que efectivamente sustrae a la historia de una respuesta crítica ligando el pasado con el presente, es un servicio ideológico suministrado a la sociedad por enfoques positivistas y antiguos semejantes. A veces se trata del defecto dentro

de la virtud de la erudición masiva cuando la erudición reemplaza al pensamiento. No existe un criterio abstracto que uno pueda invocar para distinguir la contextualización necesaria de la superflua, pero el juicio y el tacto requeridos para decidir cuándo la búsqueda por el contexto ha ido demasiado lejos, resultan complicaciones necesarias en la investigación, especialmente en historia intelectual.

Me gustaría concluir volviendo brevemente a un asunto de espesor muy debatido en el presente: el rol de un canon en la selección de textos “significativos”. Tanto la crítica feminista como la marxista han puesto de manifiesto lo intelectual y sociopolíticamente tendencioso de la idea de que hay un único canon de textos y artefactos, especialmente uno construido sobre una lista exclusiva de asuntos de alta-cultura tales como las “grandes” novelas. La crítica de un canon conlleva un peso obvio y forzoso en la historia intelectual que no me atrevería a negar. Pero rechazaría la creencia cuasi ritual de que un texto está contaminado, sin esperanzas, por sus funciones en un canon y que la estrategia alternativa debería ser enfocar, más o menos exclusivamente, a artefactos más “representativos”, tales como cuestiones de la cultura popular que han sido tradicionalmente omitidos del canon de los monumentos de élite. He tratado de argumentar que este tipo de populismo profesional funciona a menudo como un modo metodológico de hacer de la cultura alta o de sus seguidores el chivo expiatorio; y por lo menos, en historiografía, genera la viciosa paradoja por la cual una cierta clase de intelectuales establecen su propia hegemonía disciplinaria a través de una simpatía vicaria a lo oprimido del pasado.

También he indicado que el marco más amplio, en que la cuestión del “canon” debería ser situada, es el de las relaciones actuales y deseables entre la cultura popular y alta -relaciones complejas por el impacto de la cultura de consumo. Los efectos de un sistema de consumo sobre la cultura son mistificados tanto por una fijación en la apropiación formalista o puramente hermenéutica de los monumentos de la élite como por un sello misional purista o por un impulso ojialegre en defender el estudio de la cultura popular. El problema obvio es cómo relacionar una lectura no canónica o contestataria de los artefactos de alta-cultura, como las “grandes” novelas, y la investigación de artefactos, como las novelas “populares”, que tradicionalmente han sido excluidas de los cánones de la élite. Mi pretensión ha sido que los estudiosos de la cultura, especialmente en el período moderno altamente modificado, tienen menos oportunidades de ser críticos y auto-críticos si no han desarrollado ciertas habilidades en un intercambio con artefactos culturales, los mismos que tienen relaciones críticas y hasta transformadoras con la cultura de consumo. Estos artefactos pueden ser encontrados tanto en ambas culturas, popular y alta, y el problema crucial puede que no sea si un artefacto dado es parte de un canon establecido (enfoques anti-canónicos están en proceso de crear sus propios cánones) sino si ha sido sujeto a

interpretaciones y usos canónicos abiertos a la interrogación. El punto puede ser no simplemente rechazar un Bildungsideal sino darle una forma nueva, poniéndolo en contacto con cuestiones intelectuales y sociopolíticas a las que a menudo ha servido de refugio.

# *Miscelaneas*



## Arce, F., Martiniano Leguizamón, en *El sol de Concordia*, domingo 7 de mayo de 1972.<sup>1</sup>

Vive en el recuerdo agradecido de la progenie entrerriana, don Martiniano Leguizamón, hijo ilustre del solar montielero que supo en sus días realizar empresas fecundas, cuyos frutos perduran a través del libro, del folleto, del artículo, originales y conceptuosos y bellos por su estilo literario.

El sentido histórico y el hondo cariño por su tierra nativa, signaron el quehacer de Don Martiniano. Sus obras literarias e históricas y su acción periodística, señalan una constante superior: la del aporte novedoso, producto de búsquedas pacientes en los repositorios documentales o de meditaciones que le permitieron alcanzar una justa valoración de los hechos y de los personajes. Su espíritu crítico y ecuánime supo tamizar también el caudal tradicional, que le llegó directamente de los actores de sucesos vinculados a las etapas epopéyicas, cumplidas por nuestro esforzado pueblo, en sus bregas libertarias y civilizadoras. Todo lo cual comporta una preciosa entrega a la provincia, que justificaría por sí, el que su nombre no se extinguiera en la bruma del tiempo que pasa inexorablemente. Pero hay más, en el haber del prohombre y es el precioso reservorio museológico que reuniera en su larga existencia, para dejarlo como un homenaje a su pueblo. Y hoy decimos como un ejemplo, único, en nuestros anales culturales.

---

Don Martiniano, como se lo llamaba en vida y se lo sigue llamando, con admiración y afecto, fue un retoño de un modesto hogar patricio, de raigambre criolla. Su padre el coronel Martiniano Leguizamón fue un valeroso soldado que alcanzó su prestigio guerreando a las órdenes de Urquiza, su madre, doña Paula Rodríguez una mujer llena de virtudes, era parienta del Supremo Entrerriano. El vástago nacido hace hoy 114 años en la estancia del Rincón de Calá, departamento Uruguay, honró su estirpe. El no empuñaría la lanza como su progenitor, para hacer valer razones y consagrar derechos: se armaría caballero de la pluma, para bregar por las ideas y la justicia, por el camino de la paz. No pudo ser de otra manera, su tiempo fue el que advino después de los años turbulentos, en los que con sacrificios los fundadores de la nacionalidad aseguraron la libertad y labraron las instituciones fundadoras de nuestra grandeza. Y precisamente como ocurre después del huracán, en que hay que ordenar y reconstruir comprendió Don Martiniano que era menester realizar con sereno y levantado ánimo una tarea de búsqueda y ordenamiento, de conservación de testimonios y recopilación de tradiciones, de análisis y búsqueda de los verdadero

<sup>1</sup> Recuperado y reeditado por Griselda de Paoli (Universidad Autónoma de Entre Ríos).

para reconstruir el panorama de un pasado de luchas que destruyeron y crearon, encendieron y desarrollaron pasiones. Don Martiniano tuvo clara intuición acerca de la trascendente participación que cupo a Entre Ríos en la forja de la grandeza nacional. Y también apreció la falta de conocimiento histórico en torno de nuestro inmediato pasado, que era la causa de juicios erróneos sobre la trayectoria de nuestro pueblo y de sus egregios conductores Ramírez y Urquiza. Esa convicción le significó un deber: estudiar, indagar y esclarecer. Al cumplirlo cabalmente, prestó un relevante servicio a su Provincia y a la nación.

---

Con el mismo encanto con que escuchara en la estancia paterna del Rincón del Calá, y en la casita de su infancia de Rosario del Tala, los relatos de veteranos que pelearon junto a Ramírez y junto a Urquiza, escucho Don Martiniano a sus maestros del Colegio Histórico. El saber dio luces a su poderosa inteligencia y fue entonces que se manifestó tempranamente su naturaleza creadora en el campo de las letras. Efectivamente, era aún estudiante en Concepción del Uruguay, cuando despertó su astro y ganó su primer lauro con la poesía “La Bandera de los Andes” (1877).

Mereció por ello el elogio de Benigno Teijeiro Martínez de Andrade, e incluso de la prensa oriental.

Se hicieron entonces vaticinios optimistas en torno al futuro literario del joven Leguizamón, vaticinios que él se encargaría de confirmar con obras a través del tiempo.

En la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, cursó Don Martiniano sus estudios superiores. Alcanzó allí el título de doctor en Jurisprudencia, que le dio sin duda relevancia pero sin disminuir, felizmente las nobles inquietudes de quien esgrimiera con más frecuencia la pluma que los repertorios jurídicos.

### **La obra intelectual**

Variada, numerosa y valiosa, es la producción literaria de D. Martiniano Leguizamón. Al caso es oportuno citar algunos de los títulos de obras que cimentaron su prestigio en el ámbito de las letras rioPlatenses y lo colocaron en los primeros planos como escritor vernáculo. Una de ellas Recuerdos de la Tierra, aparecida en 1896, es un libro precioso que a pesar de sus 76 años, se conserva fresco y resulta muy interesante para quienes deseen recrearse con relatos del tiempo viejo y con felices descripciones del típico paisaje montielero, donde transcurriera la infancia y

juventud del autor. Debería ser libro de lectura en nuestros establecimientos educacionales. Sigue a esta obra, Calandria: editada en 1898 verdadero hito demarcatorio en la historia de la producción teatral argentina.

Existen de ella varias ediciones, incluso una en idioma inglés. La primera edición constituye una rareza bibliográfica y se halla ilustrada por Antonio del Nido. En orden cronológico se registran luego la aparición de Montaráz, de 1900, libro de extraordinaria fuerza telúrica y evocativa.

Fue el que más apreció el autor. Para ubicarse en los tiempos de la gesta de Ramírez en Entre Ríos. Montaráz es fuente indispensable. A este libro siguen La Selva de Montiel, Alma nativa, De Cepa Criolla, La cinta colorada, El Primer Poeta Criollo del Río de la Plata, del que hay dos ediciones ya agotadas, la primera de 1917 y la segunda hecha en Paraná en 1944, con el sello del Museo de Entre Ríos y de la comisión municipal de cultura.

Dentro de la bibliografía histórica, algunos de los títulos más importantes son Urquiza y la Casa del Acuerdo, La Iconografía de Juan de Garay, La Casa Natal de San Martín, Rasgos de la Vida de Urquiza, La Restauración del Himno Argentino, Hombres y Cosas que pasaron, Papeles de Rosas y la Cuna del Gaucho.

Don Martiniano Leguizamón dirigió también la impresión de valiosísimas publicaciones que hoy constituyen fuentes inestimables para los estudiosos e investigadores de la historia provincial y nacional. Entre otras publicaciones queremos citar las siguientes: *Las Leyes de la guerra continental* (Buenos Aires, 1881); *Registro Oficial (Nacional) de la República Argentina*, T. II, IV, V y VI; *Urquiza 1801-18 de Octubre de 1901* (Buenos Aires); *Concolocorvo, El Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires a Lima, 1773*; *Araujo, Guía de forasteros del Virreinato de Buenos Aires, 1803* (Biblioteca de la Junta de Historia y Numismática Americana, IV, Buenos Aires, 1908); *“Colegio del Uruguay, fiestas del LVIII aniversario, 1849 29 de julio-1907”* (Buenos Aires, 1908); *Comisión Nacional de Homenaje, Urquiza, el juicio de la posteridad* (Buenos Aires, 1921, 2 vols.); *El Coronel Martiniano Leguizamón 1814-1881* (Buenos Aires, 1923), etc.

Como periodista, fue colaborador, redactor y director de importantes diarios y revistas. Se vinculó así con los más destacados órganos de la prensa de su tiempo. Hace al caso señalar que *La Acción* y *El Diario* de Paraná, publicaron en sus páginas artículos de Leguizamón. Las revistas *Caras y Caretas*, *Nativas*, *P.B.T.*, *Fray Mocho*, *Renacimiento*, *Nueva Revista*, *ERI Fogón de Montevideo* y *El Investigador* fundado por Benigno Teijeiro Martínez lo contaron entre sus conspicuos colaboradores.

Acreditadas instituciones científicas del país y del exterior, distinguieron al Dr. Le-

guizamón, incorporándolo como miembro y brindándole sus prestigiosas tribunas.

## Ramírez y Urquiza

A todo lo expuesto suma Don Martiniano un mérito más que mucho lo honra ante su pueblo. El haber contribuido singularmente a la exaltación de las figuras próceres de Ramírez y de Urquiza, gracias a su labor constante de historiador, publicista y maestro.

Sobre Ramírez escribió diversos trabajos que enriquecieron la aún escasa bibliografía histórica sobre el caudillo. A su inquietud de coleccionista también le debemos el poder exhibir en el Museo Histórico de Entre Ríos “Martiniano Leguizamón”, la espada del Supremo y otros testimonios de su época. En cuanto a su aporte urquiziano, es valiosísimo, no solo desde el punto de vista historiográfico sino también museográfico. Basta hacer una visita a nuestro Museo, para hallar la más amplia justificación de cuando queda hecho.

Antes de finalizar, queremos señalar que Don Martiniano no solo **dio prestigio** a las letras argentinas, con sus obras de esencia entrerriana, sino que dedicó mucho de su tiempo a reunir con fervor y constancia benedictinas todo aquello que de alguna manera constituía un testimonio del pasado que no hay que olvidar si como argentinos aspiramos a mantener el sello propio en un mundo cambiante de estrechas relaciones, y donde lo auténticamente argentino, es preciso no se diluya en el torbellino cosmopolita.

Todo lo que en vida reunieron Don Martiniano Leguizamón, **formando su Museo** con sacrificio propio y de los suyos, es hoy patrimonio de la provincia de Entre Ríos, merced a interpretar el deseo paterno de que todo, colecciones museológicas, libros y documentos fuera llevados al solar nativo como el último homenaje a su amada provincia. El gobierno ha erigido con otros aportes y el tesoro legado por el hijo ilustre, una de las instituciones que son honra de nuestra cultura: el Museo Histórico de Entre Ríos “Martiniano Leguizamón”, con sede en esta ciudad de Paraná, que cuenta con el más amplio, decidido y generoso apoyo del Pueblo y Gobierno. Don Martiniano Leguizamón murió en el amanecer del 26 de marzo de 1935, lejos de los pagos montieleros, a los que inmortalizó en sus más bellas creaciones literarias.

Por circunstancias del destino le tocó vivir fuera de su tierra querida, pero quizá ese mismo hizo que ello fuera por siempre el principal motivo de su existencia.

De don Martiniano podemos decir con justicia que fue una personalidad vigorosa: una conducta sin renuncios, un espíritu amplio y generoso, un saber auténtico que se dio sin medida a los demás.

Una presencia hidalga y un trato amable que ganó amigos, admiradores y sobre todo discípulos.

Paraná, 28 de abril de 1972

## **Bibliografía**

Consulta bibliográfica de Martiniano Leguizamón, Archivo del Dr. Martiniano Leguizamón en Museo Histórico de Entre Ríos “Martiniano Leguizamón”; *Bibliografía de Martiniano Leguizamón* por Juan Canter; Hemeroteca del Museo Histórico de Entre Ríos “Martiniano Leguizamón”.

# *Recensiones*



**Reseña de “Periódico El Mocoví (1908-1909), fundado por Alcides Greca. Edición facsimilar y transcripción”. Compilación y estudio preliminar: María Florencia Antequera. Mendoza, Biblioteca Digital UNCUIYO, 2024.**

Ariel Alberto Eiris<sup>1</sup>

Conicet/Universidad Católica Argentina/Universidad del Salvador

## Resumen

La prensa como objeto de estudio interdisciplinar ha crecido en las últimas décadas. En ese marco, la presente producción constituye una recopilación y transcripción facsimilar del periódico santafesino *El Mocoví*, de Alcides Greca, con un prólogo analítico de María Florencia Antequera

**Palabras claves:** El Mocoví - Alcides Greca – Prensa

## Abstract

The press as an object of interdisciplinary study has grown in recent decades. In this framework, the present production constitutes a compilation and facsimile transcription of the Santa Fe newspaper *El Mocoví*, by Alcides Greca, with an analytical prologue by María Florencia Antequera.

**Keywords:** El Mocoví - Alcides Greca - Press

---

1 eirisariel@gmail.com

La presente obra constituye un aporte documental y analítico valioso, resultado parcial del proyecto de investigación 2022-2024 "Archivos documentales regionales", financiado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (Res. N° 574/2022), dirigido por la doctora Marta E. Castellino y codirigido por la doctora María Florencia Antequera. El mismo, recoge debates e intercambios generados en el seno del Grupo de Estudio Escrituras y Representaciones del Pasado (Instituto de Historia-IDEHESI CONICET), que coordina la doctora Liliana M. Brezzo.

Por ello, el libro es la expresión de un trabajo en equipo, que tiene en María Florencia Antequera la responsabilidad de prologar la edición facsimilar y transcripción coordinada por ella. La investigadora es adjunta del Conicet y docente de la Universidad Nacional de Rosario y de la Universidad Católica Argentina de Rosario.

El aporte documental se centra en la transcripción de todo el periódico *El Mocoví* (1908-1909) editado por Alcides Greca (San Javier 1889- Rosario, 1956) en San Javier, provincia de Santa Fe. Debe considerarse que Greca fue una figura multifacética que se inscribía dentro de las características del "letrado", en cuanto erudito de amplia formación cuyo saber no se circunscribía solo al área del derecho y tenía a su vez relevante vinculación con la política y el gobierno. Así, tras recibirse de abogado en la Universidad Nacional de La Plata se vinculó con la política radical y socialista, al tiempo que participó activamente de la redacción de periódicos vinculados con su provincia natal. *El Mocoví* fue el primero de ellos, fundado por él mismo, al que luego le seguirían otras publicaciones, entre ellas *La Palabra* (antecedente del actual *El Litoral*) y fue colaborador entre otros medios de *La Capital*, de Rosario. Su versatilidad lo llevó a escribir literatura, ser docente universitario y director de la película *El último malón* (1917). Fue a su vez senador, y diputado constituyente para la reforma de la Constitución provincial de Santa Fe. Su actividad política fue signada por su arresto ante el golpe de 1930.

Por ello, en el libro reseñado la compiladora señala cómo *El Mocoví* es parte de un repertorio más amplio y exhaustivo de fuentes sobre su persona, conformado por el archivo del escritor que es objeto de trabajo por parte del equipo que integra. La reproducción del material documental se reduce solo a ese medio, pero como parte del trabajo de recuperación de texto no reeditados conservados en aquel repositorio.

La obra no solo consiste en la reproducción de la documentación de difícil acceso, sino que posee un prólogo enriquecedor y de erudición académica que facilita el análisis de la obra. Allí, Antequera introduce los debates filosóficos y literarios sobre este tipo de escritos y las particularidades que presenta el periódico. Un medio fundado por un santafesino hijo de inmigrantes, que revalorizaba la cultura indígena de

la región en el marco de su formación intelectual y participación política. La autora contextualiza debidamente a su producción intelectual, al indicar la primacía del interés político de Greca y su consecuente expresión literaria. Sus escritos, quedan así inmersos en un marco enriquecedor que facilita su análisis interpretativo, carente de anacronismo y teleologismos que la autora procura evitar.

La publicación constituye no solo un aporte a la historia de la prensa, sino también a la historia regional y a la particularidad de Greca como escritor. El trabajo es una articulación entre lo histórico y lo literario, dada la característica del análisis que hace Antequera y las singularidades del objeto de estudio. Los escritos presentan una amplia connotación cultural en el marco de la intelectualidad de la época, donde lo literario permanecía asociado a lo político.

Se observa en Greca a un erudito preocupado por cuestiones sociales y con la intención de influir en su medio a partir de la obra transcrita. El presente libro es relevante para investigadores interesados en la prensa cultural de la época, en las relaciones entre lo intelectual y la política, la producción literaria en sí misma y la historia santafesina, donde se inscribió la obra reproducida.

**Pérez Campos Ana Bella: “Abel Bazán y Bustos”. Un hombre visionario con mirada profética. Paraná: Arzobispado de Paraná (2023), 186 páginas.**

Prof. Ignacio Neto  
FHAyCS- UADER

## Resumen

La presente reseña analiza el libro “Abel Bazán y Bustos, un hombre visionario con mirada profética” de la Magister Ana Bella Pérez Campos publicado por la editorial del Arzobispado de Paraná. En él, la autora hace un recorrido por la vida del obispo, su pensamiento, sus obras, los debates con la iglesia católica y el gobierno de la provincia de Entre Ríos, su postura frente a la cuestión social y el rol de la mujer en la Argentina de la primera posguerra.

**Palabras clave:** Obispo-cuestión social-sindicatos-iglesia católica

## Abstract

This review analyzes the book “Abel Bazan y Bustos”. A Visionary Man with a Prophetic Gaze by Magister Ana Bella Perez Campos, published by the publishing house of the Archbishopric of Paraná. In it, the author takes a journey through the life of the bishop, his thoughts, his works, the debates with the Catholic Church and the government of the province of Entre Ríos, and his position on the social issue and the role of women in Argentina in the first post-war period.

**Keywords:** Bishop-social issues-trade unions-Catholic Church

En el año 2023 se publica la obra “Abel Bazán y Bustos, un hombre visionario con mirada profética” de la Magister Ana Bella Pérez Campos. En ella la autora hace un recorrido por la vida del obispo riojano para comprender el ¿por qué hoy dos escuelas públicas y laicas llevan su nombre? Una curiosa interrogante que le permite ahondar en la vida del obispo en una argentina cuya identidad se está forjando.

El prólogo es firmado por el Pbro. Dr. Mario Alberto Haller donde celebra el rescate que hace la autora de Mons. Abel Bazán y Bustos y su propuesta para comprender la trascendencia que tuvo para la ciudad, la provincia y el país. “¿Por qué escribir sobre Monseñor Dr. Abel Bazán y Bustos?” es la pregunta que la autora utiliza para abrir el prólogo y que reconoce como aquella que la lleva a indagar en la obra del obispo junto a la sorpresa del hecho de que dos escuelas públicas de la ciudad de Paraná lleven su nombre. Es justamente esta interrogante la que guiará a la autora en un viaje de reconocimiento desde La Rioja (cuna del obispo), la Provincia de Entre Ríos y la Argentina. Descubriendo un actor al que no le eran ajenas las problemáticas de una sociedad, en vías de modernización, como la argentina en las primeras décadas del siglo pasado, la realidad que visualizó y sobre la cual intentó actuar desde su formación sacerdotal y sus principios, una de las conclusiones a la que arriba Pérez Campos.

El libro cuenta también con una introducción donde la autora reafirma su admiración por el Obispo a la vez que se explaya sobre el aporte historiográfico nos introduce en la vida de Abel Bazán y Bustos desde sus orígenes, su nombramiento como obispo y su postura frente a la cuestión social.

El primer capítulo titulado “Los primeros años de Abel Bazán y Bustos” indaga en los orígenes del obispo en Tama (La Rioja), su familia (descendientes de conquistadores españoles), su formación como intelectual y como sacerdote.

“Su tiempo en La Rioja. El templo de la Iglesia Matriz y la devoción a San Nicolás de Bari”, es el nombre del segundo capítulo donde la autora hace un recorrido por la vida de Bazán y Bustos a partir de su ordenación como sacerdote y su influencia en la sociedad riojana.

“Su trabajo de Vicario” marca el inicio del siguiente capítulo donde rescata su trabajo como Vicario y su creciente influencia en los círculos católicos del Noroeste Argentino.

El cuarto capítulo titulado “La idea de Patria en Bazán” Pérez Campos expone los debates acerca de la formación de la identidad nacional a comienzos del siglo XX. Introduce la variable religiosa (católica) ámbito en el que también se dan los mismos debates y donde la Iglesia busca reafirmar su rol ¿fundante? de la nacionalidad argen-

tina, algo presente en el discurso de Bazán y Bustos que la autora analiza.

“El problema social en la Argentina” es el capítulo que continúa donde analiza la “cuestión social” en el país a partir de los discursos de Juan Bialet Massé. En el sexto capítulo: “La iglesia y los Círculos católicos” continúa con la contextualización de la argentina centrado en la iglesia católica y su influencia en los Círculos Obreros donde hace un aporte interesante al reconocimiento de los Círculos Obreros que se fundaron en la provincia de Entre Ríos.

El séptimo capítulo “Bazán y Bustos de la Diócesis de Paraná” comienza con la designación como obispo de Paraná y un análisis de su postura respecto de varios temas tales como la familia, la relación patrón-trabajador. Propone formar sacerdotes con conciencia social y sindical.

El siguiente capítulo titulado “Las asociaciones obreras en Argentina. Los conflictos sociales en la posguerra”. La autora contextualiza la lucha de los trabajadores en nuestro país y su relación con la iglesia católica. Lo analiza a través de los debates y disputas que surgieron hacia dentro (y fuera de la iglesia católica) como consecuencia de “La gran colecta Nacional” y “La Unión Popular Argentina”.

La cuestión del trabajo y su relación con la iglesia se profundiza en el siguiente capítulo denominado “La acción de la Iglesia en el conflicto social” donde Pérez Campos expone los conflictos dentro de la Iglesia católica acerca de la forma en cómo se debía “resolver” la cuestión social frente a los intentos individuales.

Los debates presentados por la autora se condensan en una de las muchas problemáticas que los trabajadores buscan históricamente solucionar y es el título del siguiente capítulo: “El problema de la vivienda” donde se nos plantea esta cuestión y la forma en que los trabajadores se acomodan, siendo una suerte de introductor del siguiente capítulo “Bazán y bustos y las viviendas para sectores menos favorecidos” donde analiza los intentos del obispo para solucionar esta problemática, estudiando el caso de la ciudad de Paraná.

El capítulo doce da cuenta de las posturas de la institución eclesiástica frente “soluciones” individuales a esta problemática. Mientras que en el siguiente se pregunta acerca de cómo impactó la *Rerum Novarum* en el empresariado argentino a través del análisis de un caso en el noroeste argentino.

En el capítulo décimo cuarto se concentra en un análisis del pensamiento del obispo en un primer momento acerca de la cuestión social y en un segundo en las críticas que este le hace tanto al pensamiento liberal como a la corriente comunista.

El décimo quinto capítulo denominado “Cruzada a favor de los niños. Carta Pas-

toral septiembre de 1916” analiza la postura respecto de los problemas que enfrenta el país respecto de la niñez.

Uno de los capítulos más interesantes es el decimo sexto donde analiza otra carta pastoral, acerca del servicio doméstico (1920) y considero que es el capítulo que mejor representa el título del libro ya que expone el pensamiento de Bazán y Bustos respecto del empleo doméstico, su remuneración y sindicalización. El siguiente capítulo profundiza en su pensamiento respecto de “La mujer y los nuevos roles que tiene que asumir” donde expone la postura del obispo respecto de la formación de las mujeres.

Los siguientes dos capítulos se centran en dos polémicas que enfrentó el obispo: en el capítulo expone los conflictos que tuvo con el ejecutivo provincial en las primeras décadas del siglo XX y el siguiente con la escuela Normal de Paraná.

Los últimos tres capítulos Pérez Campos los dedica a explorar la figura del obispo, en primer lugar, su trabajo a lo largo de la Diócesis de Paraná y su extraordinario legado de fundaciones y sus logros con reconocimiento nacional. El anteúltimo capítulo nos introduce en su afición a las artes y en el último rescata a “Bazán en la memoria de la Iglesia” donde analiza las honras fúnebres en honor al Obispo.

La conclusión es una maravillosa síntesis del trabajo que implicó la recopilación y análisis de la vida del Obispo nacido en La Rioja y sus logros que llevaron al reconocimiento estatal con dos escuelas públicas que hoy llevan su nombre.

A lo largo de esta reseña me encontré releendo el libro, reconociendo el aporte historiográfico a la iglesia de Entre Ríos y a la disciplina, unido a una narrativa que da cuenta de un profundo trabajo de archivo.

# Sobre los autores

## *Biodatas*



## Sobre los autores de este número (en orden alfabético)

**PAULA CALDO** es Doctora en Humanidades y Artes con mención en Historia como así también Profesora y Licenciada en Historia y en Ciencias de la Educación por la Universidad Nacional de Rosario. Actualmente se desempeña como Profesora Adjunta Ordinaria en la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR y como Investigadora Independiente de CONICET. Investiga en la línea de historia con mujeres en perspectiva de género y desde un registro cultural. Sus principales libros son *Mujeres cocineras* (Prohistoria, 2009) y *Un cachito de cocinera* (Casagrande, 2017).

**MARIA INES LABORANTI** es Licenciada en Letras Universidad Nacional Rosario, docente de Crítica Literaria en UNR y de Literatura Argentina del siglo XIX en UADER. Su campo de especialización son las relaciones entre historia y literatura. Profesora Seminario Interdisciplinario Historia/Ficción (1995-2002). Investigadora Categoría II Programa de Incentivos. Ha investigado “Mapas, territorios, y fronteras: la construcción imaginaria de la identidad en la literatura argentina del siglo XIX” (2014),. Libros *Moral y Enfermedad un sociograma de época (1890-1916)*, (2004); *Historia & Ficción con Cristina Godoy* (2005); *Actas 1ª Jornadas Cultura Escrita en la Argentina del siglo XIX* (2008); *El folletín y sus destinos. Migraciones y trasposiciones culturales* (2012).

**DOMINIK LACAPRA** es un historiador norteamericano especializado en historia intelectual europea, y re conocido por su trabajo en historia intelectual y estudios sobre el trauma. Fue profesor de Estudios Humanísticos Bryce y Edith M. Bowmar en la Universidad de Cornell. Comenzó a enseñar en su Departamento de Historia en 1969 y actualmente es profesor emérito de la misma universidad. Libros: *Repensando la historia intelectual: textos, contextos, lenguaje* (1983), *Historia y crítica* (1985), *Historia, política y novela* (1987), *Representando el Holocausto: Historia, teoría, trauma* (1994), *Historia y memoria después de Auschwitz* (1998), *Historia y lectura: Tocqueville, Foucault, Estudios franceses* (2000), *Escribir la historia, escribir el trauma* (2001), *Historia, literatura y teoría crítica* (2013), *Comprender a los demás: pueblos, animales y pasados* (2018)

**ARIEL MAMANI** es historiador egresado de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario (UNR), donde se desempeña actualmente como profesor de Historia de América I en la carrera de Historia. También cumple funciones como docente e investigador en la Universidad Autónoma de Entre Ríos (UADER), donde dicta las asignaturas de Historia Americana II y III en la carrera de Historia (Sede Paraná). También se desempeña como docente en el Instituto Superior del Profesorado de Música “Carlos Guastavino” de la ciudad de Rosario. Como investigador ha concentrado su trabajo en el estudio de los vínculos entre ámbito cultural y militancia política en la 2ª mitad del siglo XX, realizando tareas de investigación

sobre temas específicos de Chile y Argentina. Mucho de este trabajo puede verse reflejado en artículos divulgados en diversas publicaciones de carácter científico, tanto de Argentina como del extranjero. Asimismo, la historiografía, en un sentido amplio, ha sido uno de los campos de estudio y desarrollo, específicamente a través del análisis de la producción de artefactos culturales que constituyen relatos sobre el pasado y que conforman discursos historiográficos no tradicionales (música, literatura, cine, divulgación histórica, teatro, etc.).

■ **JAIME PEIRE** es Doctor en Filosofía y Letras, especialidad en Historia (Universidad de Navarra). Profesor de Historia (Universidad Nacional de La Plata). Antecedentes en actividades docentes: Universidad Nacional de Luján, Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Investigador Categoría I del Programa de Incentivos. Asignaturas: Seminario de Investigación II, Seminario de Investigación III. Profesor titular ordinario de Historia cultural e historiografía, Universidad Nacional de Tres de Febrero. Director del Instituto de Estudios Históricos. (UnTref). Director de la Colección de Estudios de Historia cultural de la Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Emociones y sentimientos patrióticos (1767-1828): Artículos: “Esbozo para un estudio de los patriotismos en el Río de la Plata” (2020), “Políticamente incorrectos: sentimientos identitarios en la literatura rural gauchesca 1770-1828 (2016)”, “Deconstrucción histórica del Facundo de Domingo Faustino Sarmiento: América Latina en la Encrucijada” (2017)

■ **SILVIA TIEFFEMBERG** es Profesora Adjunta a cargo de la cátedra Literatura Latinoamericana I (B) en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires e Investigadora Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Su área de investigación está centrada en textos coloniales del área andina y rioplatense de los siglos XVI, XVII y XVIII. Ha publicado *Pensar América desde sus colonias. Textos e imágenes de América colonial* (2019), *La fundación ausente. Discursos en torno al IV Centenario* (2016), *Romance de Luis de Miranda* (2014), *Argentina. Historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata por Ruy Díaz de Guzmán* (2012), *Romance de Luis de Miranda. Edición facsimilar* (2012), *Literatura latinoamericana colonial. Hacia las totalidades contradictorias* (2010), *El viaje a Nicaragua e Intermezzo Tropical de Rubén Darío* (2003), *Argentina y conquista del Río de la Plata de Martín del Barco Centenera* (1998). Actualmente está realizando la edición crítica de las *Relaciones a tierra de chiriguano* (1617-1618) de Ruy Díaz de Guzmán. Dirige el Programa Interdisciplinario De Estudios Coloniales (PIEC, 2020), en el que participan tres disciplinas —letras, historia e historia del arte— (Facultad de Filosofía y Letras de la UBA: el Instituto de las Culturas (IDECU), el Instituto de Teoría e Historia del Arte “Julio E. Payró” (ITHA) y el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” (IHAYA).

UADER

Universidad Autónoma  
de Entre Ríos

FHAyCS

Facultad de Humanidades,  
Artes y Ciencias Sociales

